

COLECCIÓN

7



Somos la alegría y la vida / LIVIA GOUVERNEUR

Anónimos de la Guerrilla

Nelson Rodríguez A.

Testimonios

a la memoria del comandante "Carache"

Argimiro Gabaldón

Rafael Montes de Oca Martínez / Luisa Martí de
Gabaldón / José Felipe Alvarado / Bernabé Quintero
(El Cosaco) / Fruto Vivas / María Teresa Álvarez /
Gil Pérez / María Lourdes Goyo / Sótero Villegas /
Jonás Castellanos / Juan Carlos Parisca /
José "cheo" Rodríguez / Cristina Camacho /
Raúl Zurita Daza / Edgar Rodríguez Larralde.

 Fondo
Editorial
Ipasme



Argimiro Gabaldón



Nelson Rodríguez A.

Testimonios:

Anónimos de la Guerrilla

Montes de Oca Martínez / Luisa Martí de Gabaldón /
Bernabé Quintero (El Cosaco) / José Felipe Alvarado /
María Teresa Álvarez / Gil Pérez / María Lourdes
Goyo / Raúl Zurita Daza / Cheo Rodríguez / Sótero
Villegas / Cristina Camacho / Jonás Castellanos / Juan
Carlos Parisca / Fruto Vivas / Edgar Rodríguez
Larralde.

↑
Sur del Lago
de Maracaibo

Carabobo

Toma de Humocaro
april 1962
Inicio de la lucha
armada

Paraná
jabón

Humocaro
Alto

Cerro
El Diab

Carache

Emboscada
de El Ceppo
1966
Quinto

Edo Trujillo

Llanos de
monay

Agua Viva

Conte

Hacienda San
del

Chigbasque
Bibacuy

Trujillo

Valera

Bocono

Estado
Trujillo

de los

Cordillera
Estado Barinas

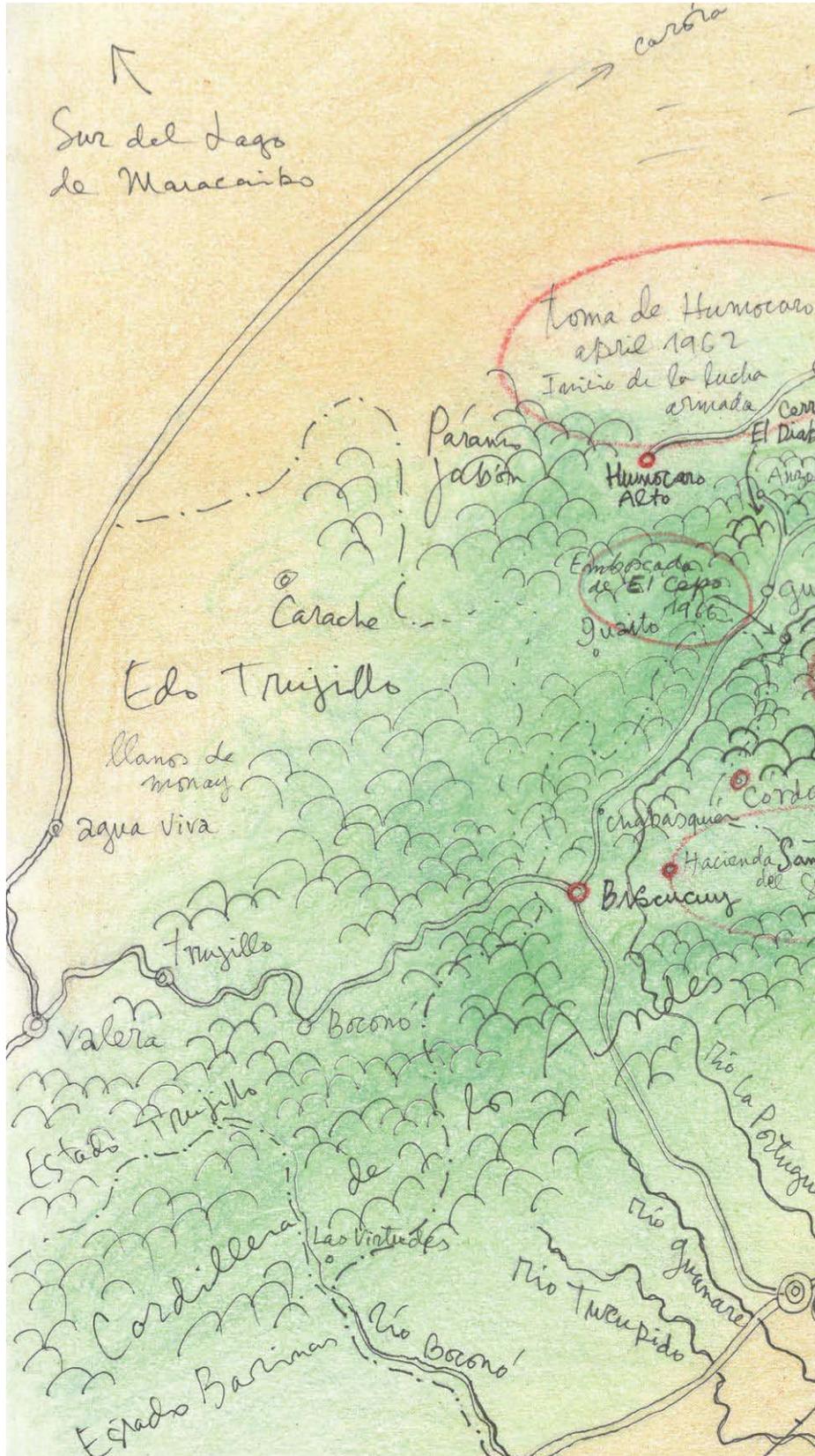
Las Virtudes

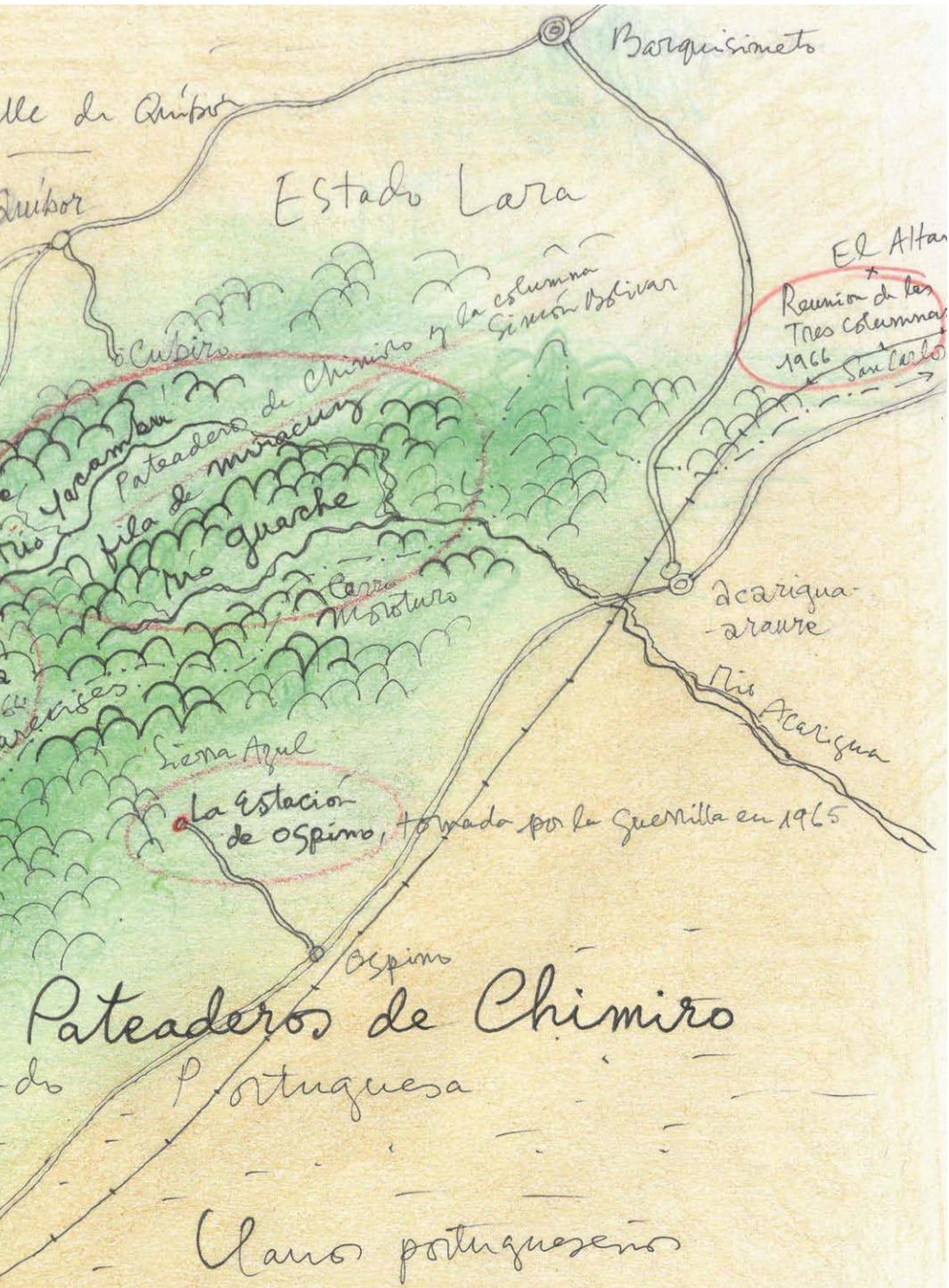
Río Bocono

Río la Portuguesa

Río Guanare

Río Tucupido





Barquisimeto

Ulle de Quibor
Quibor

Estado Lara

El Altar

Reunión de las
Tres Columnas
1966
San Carlos

Cubiro
Pateaderos de Chimiro y la columna
Simón Bolívar

Yacambaro
Fila de Miracurus
Rio Guache
Cerro Mestizo

Acarigua-
Araure

Rio Acarigua

Sierra Azul

La Estación
de Ospino, tomada por la Guemilla en 1965

Ospino

Pateaderos de Chimiro

Portuguesa

Llanos portugueses



Compilado y editado por:

Diseño: Gerardo A. Escalona / Javier A. Leong

Encuadernación artesanal: Taller Casa de Papel. Caracas - Venezuela.

Fotografías: Alejandro Gabaldón / Gerardo Escalona / Archivo Familia Gabaldón.

Primera Edición.

Fondo Editorial IPASME

Para la reproducción total o parcial contenida en este trabajo se agradece solicitar autorización a los editores.

**Sanare, Estado Lara. Venezuela. América del Sur
Febrero 2009**



Nos adentramos en la montaña ahora acogedora y exótica, otrora lúgubre y peligrosa. ¡Qué tiempos aquéllos! Las primeras incursiones, cuatro décadas atrás, las hicimos llenos de ilusiones e imbuidos en esos bríos de una juventud en flor: fusil terciado en la espalda, manos asidas a una cuerda para no perderse en la oscuridad de la noche y algunos libros de cabecera que hacían más pesados los morrales.

Esta vez, parte de ese mismo trayecto lo recorreremos en autos rústicos confortables de doble tracción por una vía asfaltada, armados de cámaras fotográficas, grabadores y filmadoras. Los combatientes guerrilleros, ahora con más de cincuenta años a cuestas, con igual mística, con muchas ideas nobles y hermosos sueños en la cabeza, siempre persistentes, van al reencuentro de viejos camaradas campesinos con quienes hace cuarenta años se habían jugado la vida por una causa común: el socialismo.

Ese compromiso por lograr un mundo diferente, mejor, era para ellos una causa, su norte. Ilusiones que se alimentaban con los acontecimientos de ese 23 de enero glorioso de 1958, que vio partir al dictador Marcos Pérez Jiménez. También los ilusionaban y motivaban los éxitos que alcanzaba la isla de Cuba (1959), donde se abría un universo esplendoroso de conquistas revolucionarias.

Los pueblos de este Continente observaban, además, con especial atención y solidaridad las conquistas heroicas de los vietnamitas (1958-1975) que le hacían frente, con imaginación y valentía, a los ataques del ejército norteamericano en la más larga guerra de la historia del imperialismo, y en la cual éste invertía cifras multimillonarias de dólares (750 mil millones) mediante el uso de sofisticados avances armamentistas jamás conocidos por el planeta tierra como el *napalm*, sustancia gelatinizada inflamable que no se apaga con nada hasta que terminaba con la existencia de cualquier ser humano y cuando tiene contacto con la tierra la convierte en vidrio. Los venezolanos sensibles, patriotas, revolucionarios se inspiraban en el ingenio con que un pueblo campesino de ínfimos recursos pero con extraordinaria sagacidad e inteligencia derrotaba al Goliath del Norte.

Inspiraban también a estos jóvenes y les daban fortaleza en sus incursiones revolucionarias armadas los alcances obtenidos por la Unión Soviética en materia de desarrollo social y científico-técnico determinados por la instauración del marxismo leninismo y los demás países socialistas de Europa como Alemania (RDA), Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumania, Yugoslavia...cuya solidaridad y simpatía, no se hizo esperar para con esa semilla guerrillera que germinaba a este lado de América del Sur en la patria de Simón Bolívar.

Un muchacho campesino cuya madre había sido aliada de aquel puñado de jóvenes rebeldes que se identificaba con las iniciales FALN (Fuerzas Armadas de Liberación Nacional) nos acompaña en el viaje; ahora con cincuenta años de edad se desempeña como Alcalde del lugar . Recuerda trochas y vericuetos por donde se desplazaba la guerrilla y da instrucciones sobre la comida que él obsequiará en su condición de anfitrión. En sus conversaciones durante el recorrido de dos horas, rememora acontecimientos y se refiere con familiaridad a campesinos, que se aliaron a las actividades subversivas, que en varias oportunidades burlaban las pesquisas del ejército, obligándolo a recular y replegarse, abandonando sus estrategias de combate.

Varios de los integrantes del grupo de aquellos combatientes guerrilleros, ahora profesionales universitarios, han desempeñado cargos importantes en el escenario político internacional, mientras que otros que habían dejado tronchas sus carreras universitarias para luchar en las montañas, después retornaron al Alma Mater y lograron graduarse. Los que se quedaron en el camino sembraron sus raíces y se constituyeron en ejemplares conductores de familia para la vida buena.

Hoy, portando en el brazo izquierdo el emblema de colores rojo y negro del Frente Guerrillero de Liberación Nacional “Simón Bolívar” (FLN-FALN) que otrora les sirviera de identificación, durante el recorrido del trayecto desde Sanare a Guapa-La Cruz por el piedemonte de las tupidas montañas larenses, recuerdan anécdotas de momentos difíciles que, ahora, con el tiempo, pueden contarse con jocosidad. Escenarios tortuosos cuando la vida dependió de la discreción y valentía frente a un adversario bien apertrechado con modernos armamentos.

Como cuando en una madrugada esperaban al borde de una carretera cerca de Sanare un refuerzo de la ciudad que venía a buscar a un campesino

guerrillero que accidentalmente se había dado un tiro en un pie. Lo habían trasladado en una mula observando toda norma de seguridad. En el largo rato de espera la mula se quedó dormida, le habían colocado en la montura varios sacos. De repente el animal despertó y al sentir ese peso extraño sobre su cuerpo comenzó a rebuznar y a lanzar patadas contra los guerrilleros, produciendo un escándalo que ahora da risas, pero que en aquel momento los cundió de pánico por la proximidad en que se encontraba el ejército.

Expresiones de alegría y complicidad la de sus rostros al toparse con campesinos, viejos camaradas que sirvieron de guía en aquellas montañas agrestes, campamentos depositarios de tantas aventuras que ahora forman parte del recuerdo, de esa historia reciente del país aún por ser contada por sus protagonistas.

Tomar la montaña como cuartel para desde allí incursionar en la ciudad con acciones de comando, para ciudadanos con raíces provincianas no era tarea fácil. Eran luchas desiguales con el ejército que sólo permitían acciones puntuales, foquistas, con sus márgenes de error. Hechos, que la historia sabe ubicar en su justa dimensión, porque ocurrieron bajo el influjo de un ideal de justicia y empeño en cambiar el mundo por otro mejor.

Los años sesenta para los venezolanos fueron años de caos. El país poco a poco se vio atrapado en un callejón sin salida aparente, donde prevalecía el tráfico de influencia, la corrupción, el desprecio y la soberbia de los mandatarios contra el pueblo. Represión y muerte, era el destino de quien se opusiera al gobierno de turno. Disparar primero y averiguar después ordenó el presidente Rómulo Betancourt, mientras que en el gobierno de Raúl Leoni, la represión fue feroz, a los adversarios los lanzaban desde helicópteros en la montaña y les cortaban las manos para luego poderlos identificar a través de las huellas digitales. Las garantías constitucionales estaban suspendidas, los campesinos, obreros y estudiantes cargaban con la peor parte, eran torturados, presos y, tan sólo por despertar cualquier tipo de sospecha, desaparecidos.

Los gobernantes de esa década alimentaban falsas expectativas, sobre cambios en los escenarios de la economía, mientras por otra parte, con su complicidad, las empresas transnacionales norteamericanas satisfacían su voracidad engullendo a su antojo las riquezas naturales del país, no renovables.

El pueblo cada vez más empobrecido y sin aparente perspectiva, víctima de una falsa democracia, se sintió acorralado, prácticamente, sin muchos

caminos que tomar. Los estudiantes con ese vigor de la nobleza juvenil decidieron romper filas. Asumieron la responsabilidad de su destino. Con la fortaleza de sus convicciones ideológicas estrecharon sus manos, y entonando las letras de himnos revolucionarios universales, optaron por la lucha armada.

Así surgió en 1962 el “Frente Guerrillero de Liberación Nacional Simón Bolívar, bajo la conducción de Argimiro Gabaldón, “Chimiro”, el “Comandante Carache”. Se posesionaron de las montañas del Estado Lara en Los Humocaros y desde allí lanzaron su grito de guerra.

Como ocurre con las personas que desde que nacen van dando pistas sobre su misión en este mundo, Argimiro Gabaldón vio la luz en condiciones bastante especiales, no por haberlo hecho en la hacienda Santo Cristo de su padre, en el Estado Portuguesa, sino porque el veterano de montoneras y alzamientos contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, el general José Rafael Gabaldón, tuvo que convertirse en partero, ese 17 de junio de 1919.

Desde temprana edad mostró interés por el conocimiento. Al concluir sus estudios secundarios se va a la Argentina donde se matricula en la Facultad de Arquitectura, allí sostiene conversaciones con estudiantes que abrazaban ideas afines a la suyas en el campo ideológico y se vincula al mundo artístico, hasta el punto que abandona la carrera en el tercer año, para incursionar en la bohemia que le ofrecía la pintura y la literatura. Escribe poesía, lee historia en sus más variadas facetas y escenarios. Continúa buscando horizontes. Luego en Brasil escribe cuento, novela, poesía, no abandona su sed de conocimientos sobre historia universal, entonces aflora en él otra virtud, una vocación especial por el periodismo.

Los hombres como Argimiro Gabaldón, comprometidos con ideales revolucionarios, no obedecen a límites fronterizos, donde quiera que se encuentren se comportarán apegados a su concepción de vida y lucha. Para ellos la patria es todo espacio territorial en el cual se quepa. Acaso por esa razón la literatura y el arte constituyeron para él opciones de comunicación amplia e ilimitada con el ser humano. Un universo para transmitir esos tormentos que todo creador y revolucionario lleva por dentro. Esa sensibilidad y compromiso social aunados a las lecturas de historia, lo iban conduciendo a estadios mucho más comprometidos, que lo llevaron a la militancia política. Y nada más propicio para un lector de Tolstoi, Gorki, José Ingenieros, Bolívar, Martí, Marx, Trotsky, Ghandi, Neruda, Sandino... que las filas del Partido

Comunista para lograr una militancia sin barreras geográficas. Su condición de partido internacional era terreno abonado para establecer un compromiso humanista universal. Decisión que, sin vacilación, asumió para siempre.

En uno de sus textos reflexivos Argimiro Gabaldón escribió "...Es el fuego que arde en la alborada, la revolución que avanza desbordada hacia el milagro de las cadenas rotas y el gran sufrimiento se tornará alegría, emergerá del fuego un mundo diferente, será el llanto detenido".

Probablemente ese bagaje de lecturas le permitió alcanzar una visión amplia sobre la necesidad de concebir mecanismos de lucha, más allá de las técnicas y estrategias del arte de la guerra. No se trata de ganar o perder un enfrentamiento con el enemigo, sino de ir más allá de la victoria o la derrota. Se trata de ir a las raíces del problema, al meollo de la crisis y sus consecuencias. Se trataba, entonces, a su juicio, de hacer una revolución, en la cual, el pueblo ejerciera su propio protagonismo. En el marco del histórico III Congreso del Partido Comunista, planteó la necesidad de asumir otras formas de lucha que superaran lo electoral, enarbolando las banderas de la lucha armada.

Su compromiso por lograr una transformación social en Venezuela se fue dando en la medida en que se vinculaba con la tierra y su gente, con ese campesino de aspecto rudo y a veces tosco, pero con sentimientos portadores en su interior de excelsa lozanía. En esas conversaciones cotidianas, en ese compartir angustias que iba haciendo suyas cada vez con mayor intensidad, Argimiro Gabaldón opta por la lucha armada como alternativa posible, valiente por lo demás, para conquistar un futuro donde prevaleciera la justicia en una vida armónica, cuyas características iban tejiéndose con los anhelos y expectativas que él iba recogiendo en su paso por Los Humocaros, confluencia montañosa de los estados Lara, Portuguesa y Trujillo.

Era un buen nadador, un buen jugador de béisbol, un cazador de certera puntería, y estaba siempre presto para hacer excursiones por las montañas larenses y portuguesas, así llegó a desplazarse en ellas con magistral destreza. Dicen, los que lo acompañaron en sus gestas guerrilleras, que conocía las montañas del piedemonte andino como "la planta de su mano". Suelos que ya habían servido de trinchera a su padre el General José Rafael Gabaldón en el primer tercio del Siglo XX, en sus luchas contra la dictadura de Juan Vicente Gómez. Mostraba también afición por el boxeo, solía pelear a puño limpio, sin guantes.

Era un ser humano que soñaba con la felicidad de su pueblo. De esa ilusión brotó una vez este poema: Habla tu lengua, / ¡la lengua del pueblo! / te entenderán en todas partes / ¡claro te entenderán los pueblos!/ todos tenemos una misma gramática, / se escribe con dolor, / con sangre, con miseria.../ todos hablan de una esperanza, / de un mundo distinto /.

Palabras del general José Rafael Gabaldón en el Cementerio General del Sur en Caracas.

“Argimiro, no te lloro...sería agraviarte. Yo te bendigo; yo estoy satisfecho de ti. Te dejo al lado de tu madre, pozo de virtudes que me acompañó a sembrar en el alma de mis hijos un profundo respeto para cumplir la palabra empeñada. Yo te felicito Argimiro, y me felicito... En tu última carta, fresca todavía la tinta, me dijiste: “Estoy orgulloso de ser tu hijo y estoy orgulloso de ser revolucionario”. Yo te bendigo, Argimiro. Y logro el momento para jurarte, aquí, en presencia de este público generoso y de mis hijos, que siempre seremos fieles a lo que predicamos tu madre y yo: Fidelidad a la palabra comprometida, hasta la muerte”.

Argimiro, yo te bendigo.



15-12-1964 Cementerio General del Sur - Caracas



Memoria...

En la década de los años sesenta, Venezuela vivía momentos importantes en su proceso histórico. Habían ocurrido, en los cincuenta, una serie de cambios políticos en la geografía latinoamericana y caribeña que modificaban la fisonomía de los gobiernos a escala continental. Dictaduras militares eran suplantadas por gobiernos de corte democrático. Florecía la esperanza por amaneceres esplendorosos. En Europa, observadores políticos llegaron a pensar que aquí germinaría un pensamiento político nuevo, que no sólo nutriría de sabias transformaciones sociales a la región, sino que ésta podría convertirse en un prístino referente socio-histórico a escala universal. En el marco de la confrontación Este-Oeste, era evidente el trato especial que asignaba el mundo socialista de entonces a los movimientos revolucionarios de izquierda, que se producían en América Latina y el Caribe.

En 1952 ocurre en Bolivia la revolución del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en el cual se destaca como líder Víctor Paz Estensoro. En 1954 se suicida el presidente de Brasil Getulio Vargas. En 1955 derrocan en Argentina al General Juan Domingo Perón. En 1956 cae en Colombia el gobierno del general Gustavo Rojas Pinilla. En 1958 huye el general Marcos Pérez Jiménez y asume el poder una Junta Patriótica. El 1 de enero de 1959, el sargento Fulgencio Batista Zaldívar es derrocado por el Movimiento 26 de Julio comandado por el Doctor Fidel Castro Ruz.

Estos hechos incorporaron al escenario político latinoamericano y caribeño expectativas sobre la conquista de espacios políticos y sociales que generaban sueños e ilusiones sobre las bondades de la democracia como sistema de gobierno capaz de satisfacer las necesidades fundamentales de la sociedad. Los gobiernos dictatoriales que caían eran suplantados por gobiernos elegidos por el pueblo, por un pueblo que al zafarse de las tenazas del totalitarismo enriquecía sus cualidades humanas y creativas.

La gente comenzó a organizarse en partidos políticos de distintas corrientes ideológicas, creaba sindicatos obreros, ligas campesinas y gremios profesionales para luchar por sus reivindicaciones laborales y sus conquistas

salariales. Por su parte, los estudiantes que formaban parte de las facciones juveniles de los partidos políticos, iban conquistando espacios de participación a través de los centros y federaciones estudiantiles. La llamada sociedad civil estructuraba sus ejes de poder mediante juntas comunales, asambleas legislativas y congresos nacionales que ejercían la toma de decisiones de la nueva gobernabilidad.

Los pueblos se planteaban la instauración de un sistema democrático que atendiera a sus preocupaciones cotidianas, que permitiera una efectiva inclusión social, que desarrollara una economía menos dependiente del imperio estadounidense, un gobierno que respetara los Derechos Humanos. Pero esos nuevos gobiernos, en los que el pueblo había depositado su confianza, hicieron todo lo contrario, se cobijaron bajo el sistema neoliberal y finalmente todas las promesas de alcanzar una vida mejor fueron un fraude.

Aquí, en Venezuela, después del derrocamiento de Pérez Jiménez, el gobierno electo de Rómulo Betancourt (1959) con dificultad lograba enfrentar los conflictos sociales. El país por los cuatro costados se fue sumergiendo en la desilusión. No hubo ninguna reforma agraria. Los trabajadores eran burlados en sus reclamos por conquistas salariales y una vida mejor para sus familias. Las manifestaciones estudiantiles en protestas por el mal gobierno, eran reprimidas por los órganos represivos del gobierno. Las cárceles fueron adoptando medidas aberrantes de torturas fascistas contra estudiantes, obreros, campesinos y profesionales adversos al gobierno de Betancourt, a quien por su participación contra las dictaduras precedentes se le había considerado como uno de los líderes demócratas del país. Su quinquenio gubernamental terminó con las garantías suspendidas y él disfrutaba del humo de su pipa, henchido por haber instaurado su “ingenioso” decreto: *disparar primero y averiguar después*, que enlutó numerosos hogares y dejó centenares de presos políticos en las cárceles.

Ante esa funesta realidad, caracterizada por una administración fraudulenta, en la que el clientelismo político y la mentira se constituyeron en forma de convivencia corrupta, el camino se iba acortando y la participación se hacía cada vez más reducida. Todo ese andamiaje era sostenido por una alternabilidad política en el poder por parte de los partidos Acción Democrática y COPEI.

Esa alternabilidad devino en un clientelismo político y derroche sin parangón. Años más tarde, ya en los setenta, el escritor Arturo Uslar Pietri, al analizar la conducta manirrota de esos gobiernos, reveló que el país había sido prácticamente estafado cuando a raíz del alza de los precios del petróleo se malgastó en aras de un ficticio desarrollo el equivalente a varios Planes Marshall. Europa requirió para su reconstrucción después de la II Guerra Mundial, 12 mil millones de dólares, que se administraron mediante el llamado Plan Marshall. Venezuela obtuvo por concepto de renta petrolera, en los años setenta, 250 mil millones de dólares. No pudo terminar ni siquiera la construcción de la autopista de Oriente que permanece (en el 2007) aún sin concluir. Esa multimillonaria suma de dinero fue groseramente derrochada, mientras paralelamente crecía la pobreza crítica, sin que fueran resueltos los problemas básicos, elementales, de las tres cuartas partes de la población.

Los reclamos populares fueron radicalizándose y tras ello surgieron protestas callejeras, los trabajadores reclamaban mejores ajustes salariales y dignas condiciones laborales, los campesinos pedían tierras para trabajar y los estudiantes hacían suyos esos anhelos reivindicativos. En medio de esa situación tan desoladora, que prácticamente era una constante en América Latina y el Caribe, los pueblos veían todas sus esperanzas sumergirse en un tremedal.

En las manifestaciones callejeras, en las huelgas, en todas aquellas actividades que se relacionaban con temas reivindicativos de la época se exaltaban los éxitos de la Revolución Cubana y se enarbolaban, como dignas de imitar, las figuras de sus principales protagonistas: Fidel Castro y el Che Guevara. La obra y valentía de hombres de la talla de Simón Bolívar, Augusto César Sandino, Patrice Lumumba, Ho Chi Minh, Nelson Mandela, Lenin y Marx, entre otros, eran reivindicadas en los discursos revolucionarios de la época.

Mientras tanto, aquí en Venezuela, se deterioraba la imagen política y personal de los principales líderes de los partidos Acción Democrática y COPEI, no obstante de contar con una maquinaria partidista cuyas promesas clientelares les permitían ganar elecciones y traicionar cada vez más a su pueblo. Con ello se deterioraban también sus partidos que se fueron partiendo en pedazos. El partido Acción Democrática, por ejemplo, que en principio rivalizaba con las demás organizaciones políticas como el partido del pueblo, el

de las mayorías, sufrió su primer duro revés en 1960, cuando gran parte de su juventud y un grueso número de diputados se separaron de sus filas y crearon el partido Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR de Venezuela) conformado por un contingente de activistas que podía ubicarse entre los más avanzados de esa contemporaneidad política.

Luego vinieron varias escisiones más, que terminaron por llevarse el último contingente de una militancia verdadera y comprometida que quedaba en AD. Como corolario se destaca, años más tarde (1968), la ruptura liderada por el doctor Luís Beltrán Prieto Figueroa (el Maestro Prieto), a quien, aún siendo el presidente del partido, la rancia dirigencia que se había enquistado en la conducción del mismo y liderada por Betancourt, le escamoteó su bien ganado lugar como candidato presidencial. Con Prieto se va también el doctor Jesús Ángel Paz Galarraga, quien era Secretario General del partido, e importantes dirigentes regionales que comandaban la mayoría de las seccionales de la ya débil organización política.

En cuanto a COPEI, ese quiebre estructural que acabó con AD, también ocurrió, a su manera, en las filas socialcristianas. El descontento con el caudillaje siempre estuvo presente. De forma aislada se separaron algunos dirigentes de importancia, el partido fue debilitándose, las bases populares fueron perdiendo su devoción militante, mientras que por otra parte el liderazgo de la máxima dirigencia se anquilosaba en un status de pertenencia, que la alejaba de las expectativas e intereses populares. Entre los activistas copeyanos, hubo algunas separaciones, pero la escisión mayor fue la que dio origen a la creación del Movimiento de Izquierda Cristiana, integrado por un grupo de cuadros o activistas que decretaron su compromiso con las clases oprimidas y se sentían, quizá, más identificados con la Teología de la Liberación.

Ese movimiento social y doctrinario contaba en América Latina con exponentes como el cura guerrillero colombiano Camilo Torres, muerto en combate (1966);

El también cura guerrillero, dominico, Frei Betto en Brasil, combatiente contra el gobierno militar de su país (1964) y admirador de la guerra de Vietnam: “cuando fui preso escuchábamos en la celda Radio Habana Cuba para saber noticias de Brasil”;

En Nicaragua destacaba el cura Ernesto Cardenal, considerado el profeta de la revolución nicaragüense, quien funda la Comunidad Cristiana

Solentinames (1966), con pescadores y campesinos que luego se suman a la guerrilla sandinista;

En El Salvador, los curas jesuitas revolucionarios alcanzaron trascendencia continental, a través de la figura del obispo Oscar Arnulfo Romero, acribillado por la policía cuando oficiaba una misa en la capilla del Hospital para cancerosos “Divina Providencia”. Se le conocía como *la voz de los sin voz*. Conminó, en una homilía, a la policía y al ejército para que desobedecieran las órdenes del gobierno y no dispara contra el pueblo.

Y, aquí, en Venezuela, el Padre Wuytack, un sacerdote belga que se instaló en los barrios de Caracas: La Vega y Antímamo, para predicar desde allí (1966) su praxis de la fe, su compromiso con los pobres y su acción social. Su presencia marcó las luchas populares de entonces. Fue expulsado por los presidentes Rafael Caldera (COPEI) y Carlos Andrés Pérez (AD). Entró al país, clandestino, gracias al apoyo del PRV-FALN, organizaciones clandestinas que levantaban las banderas de la lucha armada.

También para aquél entonces, sacerdotes obreros predicadores de la Teología de la Liberación, se instalaron en la zona del hierro, Guayana, en algunas poblaciones del estado Lara, en la región central y en poblaciones petroleras del estado Zulia.

COPEI en el poder, en 1966, allana la Universidad Central de Venezuela (UCV) con tropas militares y policiales, hecho nunca antes ocurrido.

Y 17 años después, el 18 de febrero de 1983, COPEI, nuevamente en el poder, decreta el “Viernes Negro”. El país con la tasa de inflación más baja del mundo se fue en picada e inició la nueva era de la devaluación- inflación- recesión, de la cual los venezolanos aún no han podido recuperarse.

Esa era la conducta. Poco a poco el pueblo fue perdiendo la fe y confianza en sus líderes. En aquellos que habían luchado contra las dictaduras de Juan Vicente Gómez y Marcos Pérez Jiménez, pero que más tarde, cuando alcanzaron el poder, traicionaron sus promesas, borrarón lo que habían prometido en las campañas electorales. El pueblo confió en ellos y salió perdiendo, como el jugador que apuesta y no gana. Por eso se radicaliza y decide, en los años sesenta, luchar con lo que le quedaba: su honor y valentía. Jóvenes estudiantes, obreros, campesinos y profesionales optaron por empuñar las armas e irse a la montaña, ligeros de equipaje pero decididos a ofrendarlo

todo en aras de una vida bonita: hacer la Patria libre o morir por ella. Ahí está la historia contada por sus protagonistas: *Los Anónimos de la Guerra*.

Hoy el pueblo venezolano nuevamente se juega su destino. Se abren horizontes preñados de ilusiones, de ilusiones por cambios estructurales profundos. Es ese mismo pueblo que luchó con las armas en la montaña al lado de Argimiro Gabaldón el que ahora ensaya en las calles, en sus barrios, en sus asentamientos rurales, comunas campesinas y en las grandes ciudades, con una nueva Constitución Nacional en sus manos. Es el propio pueblo, ese que luchó al lado de Simón Bolívar, el que asume las riendas de su propio destino, el que se ilumina con los Consejos Comunales cultivando esperanza. Ahí está ese camino largo, pero es el camino. Ahí está la genuina esencia del pueblo, en sus seres anónimos.

crónicas
crónicas
crónicas
crónicas



Cuando Argimiro Gabaldón, después de morir, habló en un centro espiritista de la calle 22 de Barquisimeto.

Rafael Montes de Oca Martínez, periodista de larga data, quien cerró filas en los años sesenta en el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), participó con la guerrilla cumpliendo tareas a favor de la lucha armada cobijado en su seudónimo. Ahora, a edad madura, desarrolla el ovillo de la memoria y evoca el camino transcurrido. Tardó más de treinta años contar lo que consideraba secreto de un militante revolucionario: cómo Argimiro Gabaldón se presentó en el "Centro Espiritista Corazón de Jesús" de la calle 22 de Barquisimeto y negó que estuviese muerto.

El comandante guerrillero no sabía que había muerto y lo comunicó a través de un médium. Cuando en la sesión espiritista le demostraron la realidad y le dijeron que debía convencerse de ella, sus palabras de angustia por la obra que dejaba inconclusa impactaron sentimentalmente a los presentes.

Montes de Oca Martínez recuerda que en la cultura barquisimetana, es prácticamente una tradición, comunicarse con los del más allá a través de mediums. La gente por lo general se congregaba en las puertas de los centros antes de comenzar la sesión. Por cierto, al que llegó Argimiro era uno de los más concurridos. "Al poco tiempo de haber comenzado su sesión, el médium vidente advirtió la presencia de un espíritu y se lo comunico al doctor Fulvio Pallota, presidente del centro. Le describió ciertas características que podía apreciar en el personaje".

De entrada le pidieron que se identificara y dijera a qué se debía su presencia. El médium parlante en trance comunicó que él era una simple persona que iba pasando por el sitio y al ver una concentración de personas en la acera de la casa le llamó la atención y decidió entrar, suponiendo que se trataba de un acto político.

Pero por la descripción que fue haciendo el médium vidente y las preguntas que le fueron haciendo, Fulvio Pallota llegó a la conclusión de que se trataba de Argimiro Gabaldón. Ellos habían sido muy amigos cuando niños y en la niñez solían bañarse en el Bosque Macuto del Río Turbio de Barquisimeto.

En la conversación Pallota le pregunta a Argimiro:

—¿Tú no te acuerdas de mí?

—No.

—¿No te recuerdas que nosotros éramos amigos en la infancia?

—No, no recuerdo nada.

Pallota insiste:

—Pero, mira, ¿tú recuerdas quién estaba contigo cuando un niño se estaba ahogando en el Río Turbio y tú te tiraste al agua y lo salvaste?

Argimiro respondió de inmediato: "Sí, Fulvio Pallota".

—Bueno, yo soy Fulvio Pallota. Argimiro, tú no debes andar por aquí porque tú estás muerto.

—No chico, yo no estoy muerto. Yo estuve herido pero no estoy muerto.

—Que sientes tú, no te sientes extraño?

–Bueno, sí. Me siento extraño porque ando así como perdido. Hay veces que no sé dónde estoy.

–Es que tú estas muerto, hermano.

–No, vale. Yo no estoy muerto, yo me voy a salir de esto...

–Mira Argimiro. Nosotros en este centro espiritista tenemos esa pared. Esa pared es para casos como el tuyo. Si tú caminas frente a ella y la traspasas, entonces tú estás muerto. Si no la puedes pasar, estás vivo. Tú ahora estás en el limbo.

Argimiro siempre negó lo que Pallota le decía, pero finalmente accedió a la prueba. Colocó una mano así como empujando la pared y pasó para el otro lado. Entonces se despertó y comenzó a gritar:

–¡No, eso no es cierto! ¡Yo tengo muchas cosas que hacer! ¡Demasiada responsabilidad encima! ... ¡A mi no me pueden echar esa vaina!

Y desapareció.

En el año 2007 rememorando el caso de Argimiro Gabaldón con Pérez Jiménez, él me dijo que el centro había cerrado, pero que la secretaria guardó toda la memoria y la tiene protegida y codificada. En esos documentos está la voz de Argimiro grabada y detalles de la conversación sostenida entre el médium que recibió al espíritu y el médium que lo veía.



Luisa Martí de Gabaldón:

Mis días al lado de Argimiro
“Na guará, eso sí fue duro...”

Al poco tiempo de haber muerto Argimiro, los estudiantes de Biscucuy hicieron un acto en el liceo para rescatar un mural que él pintó cuando era su director y que a raíz de su muerte los adecos lo habían deteriorado. Los estudiantes querían que yo estuviera presente pero yo no quería ir. Hubo mucha insistencia para que fuera, tanto de parte de la familia como de amigos y de los propios organizadores del acto que finalmente enviaron una camioneta para que me trasladara desde Barquisimeto hasta Biscucuy. En el trayecto se hizo de noche había una oscuridad tenebrosa y el carro se accidentó justo frente a la entrada de la hacienda Santo Cristo, donde nació Argimiro. Cuando yo me bajé vi unas cruces y varias velas encendidas, me dijeron que era un altar que los campesinos le tenían a Argimiro. Después vino un carro de Guanare a buscarnos, las personas que fueron a auxiliarnos dijeron que les habían dicho que estábamos accidentados en ese lugar. Todos nos quedamos sorprendidos porque por ahí no había pasado nadie...

Mi hija Tatiana, la menor, iba con unos baquianos en la montaña en Los Humocaros buscando el sitio donde mataron a su papá. Resulta que se perdieron y los hombres que la acompañaban, conocedores de esas montañas, no sabían cómo salir. Ella dice que escuchó como una voz que le dijo toma por aquí, por allá, y le fue indicando el camino hasta que llegaron al lugar.

Una tarde un grupo de la familia nos encontrábamos conversando en el patio de la hacienda Santo Cristo. A lo alto volaba un rey zamuro, tenía rato volando por allí. Argimiro tomó la escopeta lo apuntó, le disparó y el animal cayó cerca de nosotros. En eso venía su papá, el general José Rafael Gabaldón y le dijo: “¡Lo mataste!...”. Eso son ocho años de pava. Al día siguiente Argimiro al llegar de cacería, porque esa era una de sus aficiones, le comentó a su papá que había matado un tigre, el general le preguntó: “¿De cuántos tiros?” Argimiro le respondió: “De uno”. El papá le dijo: “Te dije que es una pava de ocho años...”.

Doña Luisa Martí de Gabaldón, imbuida en ese mundo rico en imágenes de episodios que marcaron su vida al lado de un hombre de leyendas, de un amor que ha perdurado en el tiempo, continúa viviendo la utopía que para su esposo era una meta posible, una causa para vivir, por la cual luchó y aún lo sigue haciendo después de muerto, presente en la memoria de los otrora jóvenes que lo acompañaron, fusil en mano por las montañas larenses,

trujillanas y portuguesas, tras la conquista de una revolución socialista para su país que en la actualidad avizora nuevos amaneceres.

Esa relación entre la guerra y el amor, entre la montaña y la ciudad, esas angustias que fueron marcando día a día, paso a paso, la relación de esta pareja, probablemente tenga semejanza con muchos hogares formados por revolucionarios que han entregado sus vidas en aras de una ilusión, la de alcanzar un mundo donde la conquista de la felicidad de las mayorías, siempre vilipendiadas, se convierta en el norte de la vida misma.

Luisa Martí de Gabaldón trae al presente esas angustias que sufre una familia perseguida, un hombre ausente con la presión a costas de haber dejado a sus hijos al cuidado y protección de amigos y camaradas. Los cuerpos policiales al acecho allanando privacidades hogareñas, causando miedo y pánico a niños indefensos. Mujeres solas armadas de coraje convencidas de que la causa por la que luchan sus maridos es justa.

Él era muy cerrado, no nos contaba mucho.

Nos casamos el año 1948, yo tenía dieciséis años y él veintisiete. Su ambición era tener un hijo que se llamara Alejandro. Recuerdo que cuando estábamos en un restaurant, él se sentaba a mi lado y dejaba una silla vacía, la de nuestro Alejandro imaginario, empezaba a darle nociones de buenos modales, de cómo debía hablar. Eso era un juego permanente, le decía: - Alejandro coma bien, compórtese hijo, los cubiertos se agarran así, no se habla con la boca llena de comida...

Cuando salí en estado por primera vez esa barriga para él se llamó Alejandro, hasta el punto de que la gente no preguntaba por mí sino por Alejandro. Nació Carmen Dolores y él dijo: ¡ah caramba! bueno pongámosla como la Pasionaria comunista, así que el nombre de ella es por la Pasionaria. Él era locura con esa niña, los primeros baños se los dio él, no quería ni siquiera que yo la tocara. Era locura con ella. Al mediodía cuando llegaba del partido, él era Secretario General del Partido Comunista pero también directivo de la Junta Electoral, la bañaba la metía en un moisés y se la llevaba.

Empezó a huir.

El Gobernador del Estado Lara era mi suegro pero como se oponía a nuestro matrimonio nos casamos escondidos. A los seis meses me dijo que ya no tenía más dinero, que buscaría trabajo –entonces- pidió una cátedra en el

Liceo Lisandro Alvarado, allí dictaba clases de Historia y Geografía de Venezuela, no recuerdo qué otra materia daba. Después le ofrecieron la dirección de la Escuela Artesanal Lara. Estando en ese nuevo cargo salí por segunda vez en estado, ese embarazo se siguió llamando Alejandro.

De la noche a la mañana Argimiro se me desapareció de nuevo. Porque él era así, prefería no decirnos nada a la familia para protegernos. Era muy callado pero cuando quería echar un chiste lo echaba, siempre estuvo rodeado de mucha gente.

No lo volví a ver más. Él llamó al doctor José Rafael Cortés (Cheché) y a Jesús María Bastidas y les dijo: “Encárguense de Luisa”. Esa gente se hizo cargo de nosotros de una manera especial. Argimiro regresó cuando mi segunda niña tenía cuatro meses de nacida, estuvo unos días con nosotros, iba y venía.

A los dos años nos vimos nuevamente, nos fuimos a vivir a Biscucuy, su papá lo tenía escondido ahí. Nos pusimos a vivir con el General que fue quien crió a mis dos hijas mayores. Salí de nuevo en estado, esta vez sí era Alejandro el que venía.

El General decidió ir a Caracas y hablar con el Presidente, era Marcos Pérez Jiménez. Le dijo que él respondía por su hijo, que necesitaba un salvoconducto para que Argimiro viviera tranquilo, porque aquí no lo dejaban en paz.

Para mí Biscucuy era una isla rodeada de ríos por todas partes. Era un pueblito que para ir hasta allá, había que montarse en un cajón de madera sostenido por una guaya y halado por un mecate, así se cruzaba el río de una orilla a otra, se pagaba medio.

Argimiro me dijo: “No es posible que estos campesinos vivan así, prácticamente abandonados y sin posibilidad de ningún progreso. Haremos un liceo”. Comenzó a recolectar firmas de todos los campesinos, entre ellos, la de uno que murió muy rico don Pedro Orellana, don Gabriel Orellana, todos grandes hacendados, agricultores. Con la colaboración de ellos, los profesores Amadio Márquez, Miguel Requena, Juan Martínez y don Carlos Arreaga. Entonces lograron instalar el liceo y pusieron a todos esos campesinos a estudiar, así se animaron y vinieron muchachos que habían terminado el sexto grado desde Boconó, Batatal, Campo Elías, Chabasquen.

A ese liceo se le dio el nombre de Antonio José de Sucre, pero luego se lo quitaron, después que Argimiro murió le pusieron Delgado Lozano.

A la casa, a la hacienda Santo Cristo, venían muchachos de toda Venezuela a visitar a Argimiro, hablaban con él y pasaban días allí. Recuerdo que una vez estuvo hasta el poeta Pablo Neruda, y pasó quince días con nosotros.

Cuando Alejandro nació, él andaba huyendo todavía y no quería creerlo. En Biscucuy vivía un terrateniente, don Félix Briceño, él nos quería mucho, era todo para nosotros, tenía escondido a Argimiro, tuvimos que mandarle a decir que el niño estaba grave para que pudiera venir y lo conociera. Esa fue una gran pasión para él cuando tuvo su muchacho.

Los nombres de nuestros hijos fueron escogidos así: Carmen Dolores por Dolores Ibárruri, Beatriz Krupskaya por la emperatriz de Rusia y por la esposa de Lenin, Alejandro por Alejandro Magno y Tatiana por la bailarina rusa Tatiana Samoiloba.

Cae la dictadura de Pérez Jiménez y con ello viene la tranquilidad a mi hogar, Argimiro era el presidente del Concejo Municipal. Trabajó en armonía en la calle y en la casa reinaba la tranquilidad, florecían nuevas ilusiones. Él era muy romántico, muy juguetón, le gustaba cantar y su canción preferida cuando íbamos desde la hacienda para Biscucuy era Juan Charrasqueado, ésa la encantaba y movía el volante del carro como si se tratara de las riendas de un caballo. También le gustaba mucho María Bonita y Tristeza Marina.

Pero eso duró poco, dos o tres años, porque luego empezó la persecución otra vez, vinieron los gobiernos de Betancourt y Leoni y así de nuevo los fantasmas y el terror de las muertes, las cárceles y las mentiras, a los guerrilleros se les llamaba bandoleros y se les buscaba con avisos, vivos o muertos.

Tatiana, la menor de nuestras hijas, tenía dos años cuando nos mudamos nuevamente para Barquisimeto, al sector Bararida. Ya habíamos pasado mucho trabajo en Biscucuy. ¡Ay Dios mío! perseguidos, no nos dejaban vivir en paz. Había un tipo ahí que se portaba muy mal con nosotros. Recuerdo, que Argimiro se fue para un cerro que llamaban Villa Rosa, donde tenía las haciendas mi suegro. Aminta, una hermana mía, era la secretaria del liceo, ella llegó a compenetrarse tanto con él y con su trabajo que hasta realizaba su firma igual.

Una mañana cuando Aminta fue al Liceo, en la puerta la estaba esperando un hombre que está vivo todavía se llama Coromoto Moreno, del

partido Acción Democrática. Él era de la “Sotopol” como llamaban en aquél momento a esa policía política. El hombre se paró en la puerta y le preguntó a mi hermana: “¿Para dónde va la señorita?”. Ella le respondió que iba a buscar un material para los empleados. El policía le dijo: “No, señorita. Usted no pasa. Si usted entra yo me desnudo para que sepa lo que es un hombre”. Ella a la voz de esto se vino para la casa llorando y el hombre la siguió. Un señor que tenía una tienda, Malaquías Barazarte, el papá de Fabricio Ojeda, le preguntó a mi hermana: “¿Señorita por qué llora?”. Ella le contó lo que le estaba ocurriendo. Entonces él le dijo: “No se preocupe, yo la acompaño hasta su casa”.

Cuando Aminta llega me cuenta lo que le pasó y me dice que ahí afuera estaba el hombre que quería que yo saliera. Yo le dije: “No voy a salir, yo hablaré con él desde el balcón”. Y le dije: “Mientras tanto tú abres rápidamente el portón del garaje y buscas a don Félix Briceño, dile que venga de inmediato”. Y así fue.

En el momento que yo estoy hablando con el hombre, lo insultaba y le decía de todo, porque la verdad es que yo estaba obstinada. Le digo: “usted dice que hace falta un hombre, pues aquí no hace falta un hombre, venga para que pelee con una mujer”. En eso llega don Félix. En lo que yo abro la puerta, que el hombre se me tira encima, don Félix lo agarra por un brazo y le dice: “¿Qué fue...qué pasa?”. Él dice: “Esta mujer que me...”,—don Félix no lo dejó terminar y le dijo: “Un momento. Esta mujer no, esa señora tiene su nombre. Ella es la Señora Gabaldón y ella es mi protegida, lo que es con ella es conmigo...”.

Llegaron varios policías y me dicen que don Pedro Núñez, el Prefecto, me mandaba a buscar. Don Félix les dice: “No señores ella no va con ningunos polizontes. Ellas van conmigo”, y les dice a los policías: “Vayan ustedes adelante”. En el trayecto le aconseja a mi hermana que diga todo e invente si es posible. En lo que llegamos a la puerta de la prefectura vemos que la plaza estaba llena de gente; como dice el dicho, pueblo chiquito infierno grande. Entonces salió don Pedro y les dice: “Hagan el favor y se van todos porque de lo contrario los meto presos”. La plaza quedó sola. Nos dio la mano y nos dijo que entráramos.

El Coromoto Moreno estaba allí, ese hombre bufaba como un toro embravecido, respiraba profundo como si le faltara aire. El prefecto me

preguntó: “Cuénteme doña Luisa, ¿qué le hizo este hombre?” Y le dijo a él: “¿No te he dicho que no te metas con esta familia?”.

Yo, como don Félix nos había dicho que mintiéramos si era necesario, le dije: “Mire don Pedro, perdone, pero yo me voy a quitar la camisa para mostrarle los morados que tengo de los golpes que este hombre me dio. Este hombre se desnudó en la casa y nos correteó por todos lados”.

–“¡Mentira!” –dijo Coromoto.

El prefecto le dijo: “Un momento. Cállate la boca que yo no te he dado ni voz ni voto en este asunto, la señora es la que sabe”. E interrogó a mi hermana. Aminta casi llorosa decía: “Sí es verdad y me amenazó con que se iba a desnudar”.

El prefecto preguntó: “¿Y se desnudó?”

Entonces, don Félix le dijo: “Sí señor, yo llegué en ese momento”.

Don Pedro me dijo: “Váyase doña Luisa que con usted no se va a meter más”. Le ordenó al comandante: “Mete a este hombre en un calabozo”.

Como a las dos de la tarde me dice Aminta: “Luisa, allá viene Argimiro volando en un caballo. ¡Pero bueno, ahorita lo van a hacer preso!”. Le dije: “Argimiro, ¿qué estas haciendo?”, y el me respondió: “Los campesinos me dijeron que te habían maltratado”.

–Argimiro, a mí no me han hecho nada.

–“Yo me voy a comer a ese hombre” – alcanzó a decirme cuando se bajaba del caballo.

¡Ay Dios mío! Entonces se quedó ese día. Como a las cuatro de la tarde vienen los alumnos del liceo que lo querían mucho y le dijeron: “Don Argimiro, váyase”.

–“No señor” – dijo él –. “Esta noche vamos a hacer una fiesta y ustedes me van a invitar a Coromoto Moreno. Díganle a Pedro Núñez que lo saque”.

Él mismo fue y le dijo: “No, Pedro, déjalo tranquilo, suéltalo”.

Pero yo no sabía lo que tenía entre manos.

Como a las seis de la tarde mi hermana me dice: “Luisa, no te vas a asustar cuando Argimiro te de el reloj”. Argimiro no hablaba. Al ratito se acercó, se sacó el reloj y me dijo: “Tenme aquí Luisa”.

–“¿Qué vas a hacer Argimiro?” –le digo yo.

–“Nada, nada” –me responde.

Don Félix Briceño estaba por allá, por fuera, con los muchachos. Ya habían planeado todo. Y hacen aquella tremenda rueda en la calle. Coromoto estaba por allá echando sus cuentos, que si esto y aquello, muy animado. Bueno, Argimiro sale y delante de todos lo ha desnudado.

Mire, ese hombre tenía mucha fuerza. Lo agarró por la cintura y ¡juaz! Le bajó los pantalones y le dijo: “Bueno, ahora sí vamos a saber quién es un hombre. Tú le dijiste a mi esposa que hacía falta un hombre, ese hombre está aquí”. Llegó don Félix y se sacó de dentro de la camisa lo que llaman una *verga de toro* y se la entregó.

¡Na guará! Argimiro le cayó a palos a ese hombre. Le rompió los dientes.

Después, por la madrugada de esa misma noche, me dijo: “Ahora si nos vamos de aquí. Vámonos para Barquisimeto”.

Bueno, me vine a Barquisimeto con mis muchachos. No supe más de Argimiro, nos dejó aquí y se fue. Eso ocurrió el año 1962, ya estaba Tatiana de dos años. Él era muy cariñoso con sus hijos pero casi no nos veíamos.

Vino lo más duro.

Argimiro se ocupaba de todo en la casa, hasta de comprar la comida. Un día a mediados de septiembre me dice: “Luisa vamos a inscribir los muchachos en la escuela. Carmen Dolores de sexto grado, Beatriz de quinto, Alejandro de tercero y a Tatiana no porque estaba muy chiquita”.

Nos dicen firme el representante y él me hace señas: “Firma tú Luisa”. – “¿Pero yo por qué?” –le digo. Entonces él me responde: “Porque de ahora en adelante tú vas a ser la representante”.

¡Aquello me cayó muy duro, vale! Me dijo: “Yo me voy, estaré yendo y viniendo”.

Iba y venía. Mi casa era un cuartel de guerrilleros, yo era la que los guardaba y todo. Argimiro se fue. A veces venía y duraba quince días, hasta que una noche llegó, pasó todo el día siguiente en la casa. Nos reunió a los cuatro y me dijo: “Bueno, me voy. No quiero llantos, no me pregunten para donde voy, ni cuando vuelvo”. Eso fue todo y se fue.

A los dos años supimos de él porque me habían dicho que lo habían matado. ¡Ay, mire, esa era una cosa muy seria, una vida muy seria! Supe de él cuando me secuestraron a Alejandro. Me lo secuestró el gobierno de Raúl

Leoni. Lo secuestró el gobernador del Estado Lara Miguel Romero Antoni, tenía Alejandro diez años de edad.

¡Na guará! esa es una cosa muy seria. Me acuerdo que estaba en Caracas Alirio Ugarte Pelayo que era hermano de mi esposo. Yo no hallaba que hacer porque vine a saber que mi hijo estaba secuestrado como a las seis de la tarde.

Todo el día estuvo fuera. Como el me había dicho que iba para la casa de mamá yo pensé que estaba allá. Me acuerdo que me dice la vecina de la esquina: Luisa yo veo a unos hombres muy raros por ahí ¿no será que te están vigilando?

–¡Ay, yo no sé! – Le respondí.

–Mira que son puros hombres enchaquetaos y de lentes oscuros.

–A lo mejor. – Le dije yo.

–Yo veo eso muy raro. – Me decía ella...

A mi la gente me apoyaba mucho. Cuando de pronto vemos a papá que viene llegando y le pregunto:

–¿Qué pasó, papá?

–No me pregunte, vamos para la casa.

Al entrar me dice:

–Mira, a Alejandro lo tienen detenido desde esta mañana, lo supe por un amigo que está allá en la PTJ.

Entonces yo me desesperé, no hallaba que hacer. De un teléfono público llamé para Caracas, pero no hablaba, lo único que hacía era dar gritos. Me atendió mi cuñada y yo lo único que decía:

–Es de aquí de Barquisimeto. ¡Auxilio! ¡Auxilio!

–¿Pero qué te pasa? –me preguntaba.

–Mi hijo varón ¡Auxilio!...–y tranquilé. Eso fue lo que pude decir.

Ella, al saber que era de Barquisimeto, intuyó que algo raro estaba pasando y llamaron a varios amigos de aquí. Llegaron a la casa Chucho Briceño, el papá de Mariano Briceño, que era muy amigo de nosotros, también llegó don Carlos Sequera, y me preguntaron que qué pasaba.

En lo que les dije lo que ocurría ellos de una vez llamaron a Caracas. En seguida llegaron, yo no sé si fue que se vinieron en helicóptero. Llegó Alirio, llegó Joaquín, que era el Decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad Central, llegó José Rafael, llegó Arnoldo Gabaldón, que era

ministro. Alirio me dijo: “Déjame quieto que yo sé dónde está mi sobrino”. Lo tenía el gobernador. Él le dijo: “Me voy a encerrar y voy a revisar a mi sobrino. Si aparece con algunos signos de torturas, tú me las vas a pagar”. A estas horas yo no sé qué le hicieron porque él todavía no ha hablado conmigo, lo hizo sólo con su tío. Lo cierto es que Alirio se fue y que se dieron una golpiza él y el gobernador.

Bueno. Argimiro en la montaña que se quería salir, que se quería venir, entonces Carmelo Mendoza le dijo: “No, Argimiro. El niño está vivo. Yo te prometo que te lo traigo. Entonces me fui yo con Alejandro para las guerrillas, él tuvo su muchacho allá. De Alejandro se hizo cargo Zapata (Jesús Vethencourt), el que después mató a Argimiro. Eso fue el doce.

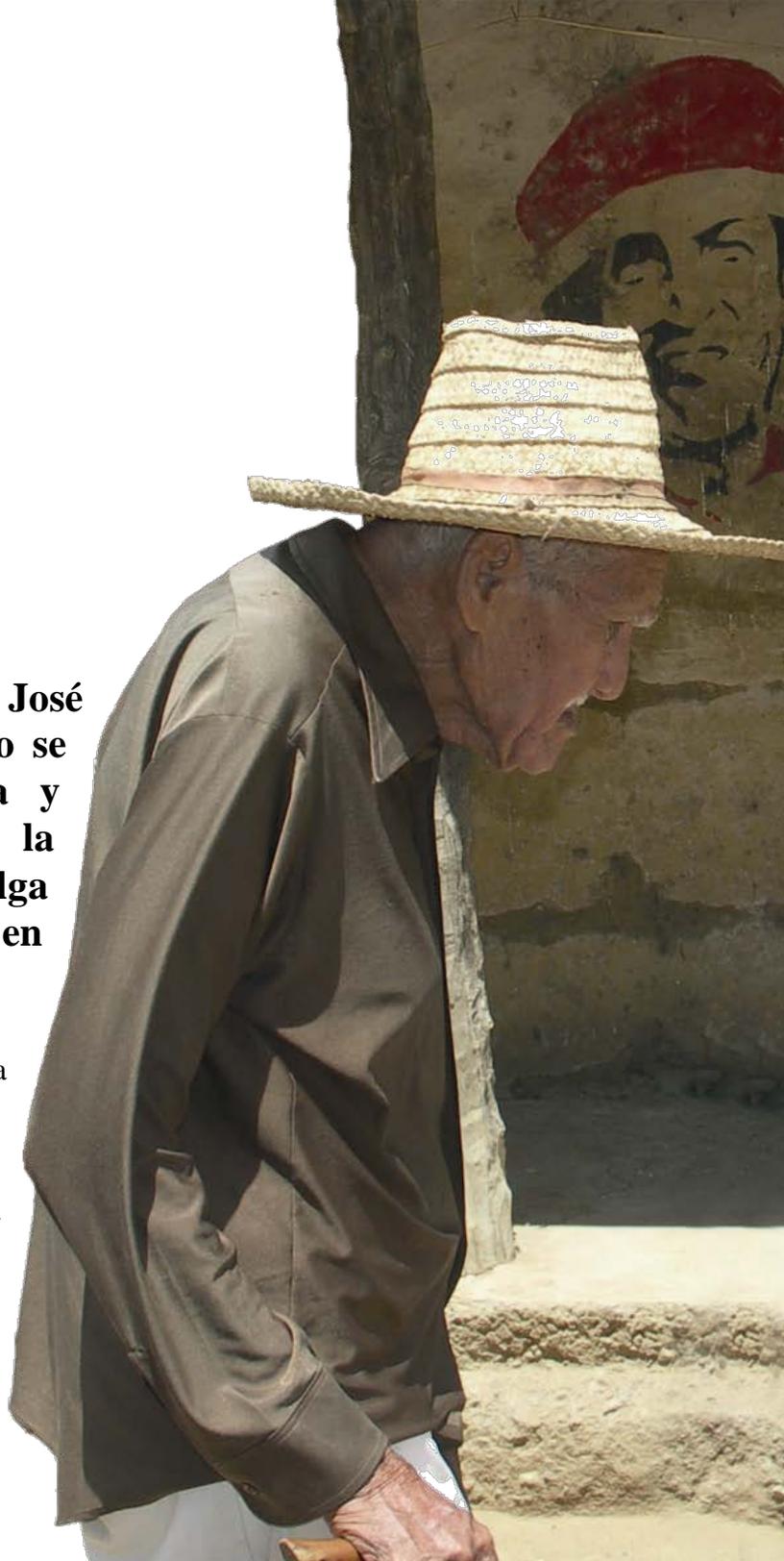
A los días de estar con ellos en la montaña, Argimiro me dijo: “Anda vete. Quiero que me arregles mis muchachos para pasar la navidad con ellos aquí”. Yo me vine muy contenta porque lo había visto, tenía mucho tiempo que no lo veía. Y me encomendó entregar unas cartas en Caracas tan pronto llegara, en las que pedía una serie de cosas. Me acuerdo que le mandaron potes grandes de dulces de leche, le mandaron medias, le mandaron una cantidad de cosas. Mi cuñada no quería que me viniera, “¿Qué vas a hacer tú en Barquisimeto?” –me decía. Yo le respondía que tenía que arreglar las muchachas.

En lo que llego aquí, que me voy a comprar algunas cosas de una lista que él me había dado, me llaman por radio: que me venga porque Argimiro estaba muerto en el hospital. El murió en el hospital de El Tocuyo, de allí lo trajeron para Barquisimeto, aquí lo arreglaron y de aquí nos fuimos para Caracas a enterrarlo. Esa es la historia.



**Cómo José
Felipe Alvarado se
hizo comunista y
participó en la
primera huelga
campesina en
El Tocuyo**

“Yo estuve a las órdenes de Argimiro Gabaldón, pero nunca participé en combate bajo su mando en las montañas de Los Humocaros”.



Palabras de José Felipe Alvarado, cuya militancia en el Partido Comunista comenzó en El Tocuyo, su pueblo natal, cuando apenas era un adolescente. Activismo político que ha permanecido invariable hasta la antesala de sus cien años de edad.

Ya desde niño, José Felipe Alvarado, sin ir a la escuela, era obrero en una de las fincas del lugar. Primero en los rebaños de ovejas y luego botando excremento de caballos y cortando maleza para alimentar a las vacas de ordeño. Ganaba entonces medio por jornada de ocho días, pago que recibía cada domingo de manos del patrón.

La militancia y el activismo político le ofrecieron un hermoso universo que no sólo lo ha convertido en ejemplo de generaciones sino en un ser agradecido, sin arrepentimientos ni lamentaciones, por lo que hizo o dejó de hacer a lo largo de 99 años.

Lo que sé se lo debo al Partido Comunista. Yo no tenía futuro ni posibilidad alguna de convertirme en una persona útil a mi pueblo hasta que me afilié al partido y ahí se me abrió el mundo para luchar por los que no tenían nada como yo.

Pero antes de entrar en materia, es bueno que se sepa como me hice comunista. Eso fue por ver muy cerca la injusticia. El cuento es largo pero necesario:

Yo comencé mi primer trabajo con un sueldo de medio (25 céntimos de bolívar) semanal cuidando un rebaño de ovejas. Mi papá me daba medio, el medio del domingo. Gastaba una locha (12 ½ céntimos de bolívar) y la otra locha la compraba en dos bolsitas de chimó para mi mamá, que valían un cobre (5 céntimos).

Un día le llegué al encargado que estaba ordeñando una vaca y le dije: “Mira Francisco, yo no pastoreé más”. –“Bueno, entonces, se va a joder”, – así me respondió.

–Vaya y busque un envase y le bota los cagajones a esa bestia. Zumba los cagajones para allá, bien lejos.

Después me dio un burro para que cargara cogollos de pasto para las vacas para que el ganado de leche comiera.

Los obreros ganaban real y medio por tarea. ¡Usted sabe lo que es eso, real y medio por una tarea! Ese dinero había que gastarlo el sábado en la

pulpería del patrón porque el pago era a través de un papelito que uno recibía y lo cambiaba por algún producto. Tenía dos explotaciones una por el comercio y otra por el trabajo.

Yo observaba que cuando los obreros fijos se iban a trabajar, llegaba el patrón y le decía al bestiero que le ensillara tal o cual caballo. En esa época esto era muy despoblado. Entonces este hombre se iba a embarazarles las hijas a los esclavos que tenía allá en la finca trabajando. Y nadie decía nada.

Yo pensaba: “Dios quiera que yo no llegue a ser un hombre y forme un hogar, porque si un patrón de estos me hace esa gracia a mi, ¡yo lo mato!...”.

Eso es imperdonable. Después que al esclavo lo tenía allá esclavando en su finca entonces le va a pegar un muchacho a la hija, sin ninguna responsabilidad. Yo y un grupo de muchachos nos fuimos planteando ese asunto.

La rebeldía empezó ahí...

Viene Andrés Castillo que estaba estudiando en la Universidad en Caracas. Él me veía en la carretera, por ahí parado, hasta que un día me dijo: “José Felipe, ¡caramba! ¿Hasta cuándo ustedes trabajan en esa hacienda por una miseria? Hagan algo, formen un sindicato”. –Qué iba a saber yo de sindicato. “Yo no sé nada de sindicato”, –le dije.

Él jalaba por un librito que se llamaba... tiene que llamarse así todavía: “Mi vida con Lenin”, el Comité Central tiene que tenerlo guardado. Yo iba captando algo de ese libro, lo que podía captar de las lecturas que hacía Andrés Castillo. Así íbamos creando un grupito, llegamos a diez muchachos.

Ahora resulta que el partido (Partido Comunista) tenía aquí al camarada Melicio Aguilar. Él murió en el 40. Era pailero de Sulpicio Garmendia.

Allá, frente a esas maporas que se ven desde aquí, a la izquierda de aquella colina donde hay un puente ahí me llegó una noche Melicio y me dijo: “Mira, se está formando un partido aquí en Venezuela, el Partido Comunista. ¿Aceptas la militancia en el Partido Comunista? Pero si delatas cualquier camarada te mata o te mata el gobierno. De tal manera que tú tienes dos enemigos”.

Entonces yo le dije: “Melicio, no hemos hablado nada. Te voy a decir lo siguiente: Si Dios me da con qué formar en mi vida un ejército en contra del capital yo lo formaré”.

Así milité en mi primera célula, los demás compañeros fueron poco a poco militando.

Recuerdo muy bien que ahí estuvo Ramulfo Peralta. No hablaré de él porque no hizo lo que ha debido haber hecho Muy buen Secretario General, comenzamos el trabajo clandestino. A él no lo voy a criticar pero no lo hizo bien porque después con el tiempo se fue para el MAS (Movimiento Al Socialismo). También estuvo el camarada Rafael Rodríguez. Otro era el Váquiro o Capaperro, Luís Ramírez Valero; él sabe porqué lo llamo así.

Entonces ya yo ingreso al partido, comenzamos tres a la vez: Juan Bautista Lucena, Olindo Alvarado y yo. Ahí empezó la construcción de la Carretera Trasandina, con los presos.

Ahí conocí yo los grillos. Una pelota de hierro con una cadena que se la guindaban a uno en el tobillo. Si la persona se movía tenía primero que mover la pelota de hierro para seguir trabajando...y desnudo.

Yo no estuve preso pero trabajé con otros camaradas en la carretera porque ya estábamos cansados de ganar ese real y medio y en la carretera pagaban un poco más. Nosotros trabajábamos y manteníamos la célula, esa célula fue aumentando y aumentando su militancia hasta que se hizo grande.

Yo puedo decir que fui muy derecho. Ingresé a la célula del partido y a los ocho días me pasaron a formar parte del Comité Local que se reunía en una casa que era del doctor Alvarado.

No se hablaba nada de la guerra.

El partido fue aumentando y en ese entonces nació Acción Democrática. Los primeros días los agarramos a palos como a los burros. Pero esa no era la salida. Nosotros entonces consideramos lo siguiente: “Si ese es un obrero, un campesino, explotado del capital como lo éramos nosotros, entonces ¿cómo nos vamos a matar unos con otros, cuáles son los verdaderos hombres de este país, no?”.

Con esa reflexión nos dejamos de ese negocio. Acordamos que lo que no nos gustara por alguna consecuencia se lo diríamos en su cara.

Mire, allá arriba, en aquél cerro a la derecha donde está ese Cotoperí, ahí nos reuníamos los sábados a llevar la locha de la cotización del partido, íbamos escondidos a depositarla para ayudar al partido. Por debajo estábamos trabajando públicamente a nivel de masas sin que lo supiera el mayordomo o el amo porque nos podían botar. La línea que recibíamos del partido era parar el

trabajo pidiendo mejoras en las condiciones de vida, esa era una tarea del partido que teníamos que cumplir porque quien no la cumpliera iba para fuera y ya estaba quemado.

Así formamos el sindicato y logramos cambiar el real y medio de la jornada por un bolívar, el pago que ya no era a través de ese maldito papel que se canjeaba en la bodega del patrón sino que se hacía en plata, en efectivo. Nosotros muy contentos. La mayoría nos íbamos a trabajar en la carretera porque allá nos pagaban cinco bolívares con las tres Marías; malas, pero comíamos tres veces.

Teníamos ya varias células, cada una de cinco miembros que se reunían cada ocho días. Nosotros trabajábamos en la hacienda o en la carretera pero en forma clandestina organizábamos la huelga de los cañeros, una cosa era trabajar clandestinamente y otra trabajar en el sindicato.

Yo en el Comité Local me preparé mentalmente. No sé leer, pero oía y hacía memoria de lo que me leía el camarada Andrés Castillo. Así me fui formando puro de oído en las filas del partido, recordando y recordando y analizando adentro en mi mente lo que escuchaba de los libros. Hasta el punto que la gente decía: “Ese hombre por qué tiene tanta capacidad de memoria”. Bueno aquí me ve todavía juego a los palos del tamunangue a pesar de este reumatismo que tengo desde hace siete años que me imposibilita una pierna. Pero yo me paro, de esta me paro. Aquí a mi casa vienen los muchachos los fines de semana para que les enseñe algunos movimientos de defensa con los palos (técnicas del garrote).

La primera huelga nosotros la hicimos porque, bueno, ya ganábamos un bolívar y el mayordomo de nombre Carlos Suárez García nos anunció que el que cortara un hijo de una mata de caña le descontaría un real. Estábamos divididos los obreros de las haciendas La Vega, El Molino y Santa María, pero clandestinamente nosotros realizábamos el trabajo político a través del Partido Comunista.

Ya estábamos combinados con el partido. Cuando recibimos la orden del administrador Domingo Alvarado de que si cortábamos un hijo de una mata de caña se nos quitaría un real, nos pusimos las escardillas en el hombro, se les quitó el yugo a los bueyes, se soltaron las ovejas, y todo el mundo para fuera. Yo recuerdo que ese día cuando le llevaron el desayuno al mayordomo le cayó a patadas a la vianda.

Se levantó un grupo, después otro y otro hasta que no quedó nadie trabajando.

Había una mayoría que estaba combinada con el partido, pero adentro hacíamos el trabajo colectivo para que el enemigo no nos descubriera. Entonces llega un sanareño que firmaba Guilarte, Rito Guilarte, el tuerto Guilarte le decíamos. Era encargado de la Casa de la Cultura, nosotros estuvimos con él ahí y él nos dio aliento. Decíamos: “Vamos a arreglar este asunto, vamos a arreglar este asunto”. No sabíamos que él tenía otros sentimientos. Después nos enteramos que había andado con el General Gabaldón, el papá de Argimiro.

Bueno, un pulpero de una gran bodega que estaba ahí en esa cuadra comentó: “Esos campesinos no tienen derecho de precurar nada. Sacan cogollo, llevan cachaza para los marranos y hasta comen dulce. ¿Qué más van a pedir?”.

Nosotros dijimos: “Ya te vamos a joder”. Pero a él, a su persona, no le íbamos a hacer nada, ¡jamás! Íbamos a lanzar a la calle todas las monturas y las cosas de valor que exhibía en los armarios para la venta. ¡Toda esa vaina!

Entonces llega el único Fiscal que había aquí en Lara para ese momento, que se llamaba el doctor Lujano, y nos citaron para la parte alta del local de la Casa de la Cultura.

“¡No!, nosotros no vamos para allá”. Seguimos abajo esperando. Nosotros ahí, el partido estaba en cuenta de todo. Había un grupito que había sido nombrado por el partido y nosotros hacíamos lo que el partido nos había encomendado.

Ahí estuvimos hasta el anochecer. Al día siguiente retornamos temprano al mismo lugar con nuestras Marucitas y las mismas coticitas.

Vuelve a llegar el doctor Lujano y vuelven a llegar los hacendados, los hicimos firmar un contrato y el mismo día comenzamos a organizar el sindicato. El Váquiro, Luís Ramírez Valero, debe recordarse porque él era uno. Quedó como Secretario General el camarada Melicio Aguilar. Todo lo que nosotros acordábamos se lo llevábamos al Comité Local del partido para que le diera el visto bueno.

Nosotros salíamos de aquí a pie para Los Humocaros a las cuatro de la madrugada, para reunirnos allá y discutir las líneas del partido. Retornábamos también a pie y llegábamos aquí a las seis de la mañana para la comidita porque era domingo...

Era una tarea que había que hacer, una tarea sindical, pero por el Partido Comunista. Así fuimos creciendo como partido mediante las luchas sindicales. Montamos sindicatos aquí y allá. En El Lamedero montamos uno. Recuerdo que el que más nos costó crear por la vía de Humocaró fue el de la hacienda de Jesús María Garmendia, porque él era un hombre muy democrático. Allá precisamente estaba el camarada Socosaco (Cosaco) que era el encargado general. Él recibía la locha a los obreros y las mandaba al partido...

Yo conocí a Argimiro, desde que él estaba estudiando para cura en Brasil. Nosotros nos conocimos en la Plaza Bolívar. Eso fue así: Había una reunión sindical aquí en El Tocuyo; yo no sé quién le dijo a él quién era yo pero él sí sabía de mi persona. Ahí nos conocimos.

Mire, yo no doy muchos detalles de las cosas por costumbre. A nosotros en el partido nos enseñaron a decir lo necesario. Yo no le pregunto a nadie como se llama ni de dónde es y muchos me critican pero esa es mi costumbre. Los que luchamos en la clandestinidad tuvimos esa disciplina, ni preguntamos ni decimos. A la casa llega un camarada y es como si llegara a su casa.

Ya formamos los sindicatos. Después que los legalizamos, consideramos que como ya la base del partido estaba extensiva, el partido directamente debía tomar parte en los sindicatos; así promovimos la figura de los secretarios generales para ocupar la conducción de las organizaciones obreras. El Secretario General tenía que exponer los motivos y los reclamos de acuerdo con la tarea que le había designado el partido, todo el aparato estaba montado. Betancourt está en el poder pero el partido tiene montada su maquinaria. Entonces, teníamos que cuidarnos de Betancourt, ahí se inicia una represión feroz contra los comunistas.

Nosotros ante esa guerra que se basaba en disparar primero y averiguar después empezamos a huir. Dormíamos con un saquito y una cobijita en cualquier matorral.

De tal manera crece la represión. Un hombre anda en el monte huyendo, porque Betancourt, desde que llegó al poder, prácticamente de una vez, empezó a matarlo y quemarlo. ¿Qué camino le tocaba a uno? Sabíamos que había un orden superior y que había un Estado Mayor que dirigía Argimiro Gabaldón. Yo recibía tareas y las cumplía pero no lo llegué a ver en la montaña.

Cuando me preguntaron en qué grupo me interesaba participar inmediatamente yo pedí el batallón de fusilamiento. Cuando fui a la montaña

ya yo había trabajado aquí en lo plano, recibía gentes de Caracas, de todas partes y no les preguntaba nada, las llevaba para un sitio que incluía el correaje establecido por el partido y de ahí para arriba les tocaba a otros camaradas.

Estuve en dos operaciones importantes, porque había sapos de por medio. Uno le sirvió de espionaje al ejército, entonces fuimos tres camaradas a la operación, lo estábamos esperando en la quebradita la Guajirita cuando lo divisamos, pero venía con dos personas más que eran conocidas de nosotros. El sapo en el medio, como no se lo podíamos quitar, entonces hicimos lo siguiente, nos retiramos y lo esperamos más arriba. Ahí nos dimos cuenta que no era el hombre que buscábamos, era un isleño muy parecido a él, cuando lo paramos y nos vio armados, yo cargaba un M-2, se puso a temblar. Nosotros le dijimos: “No diga nada porque si dice algo usted va a ser pasto de la tierra”. Al día siguiente vendió la finca y se fue del lugar.

La otra operación consistió en que ya estaba previsto que yo saliera. Me llevaron para Caracas y ahí me estuve cinco meses muy enfermo. ¿Qué tenía? ¡Hambre!

Me instalaron en una casa de vecindad. Eso si es bravo vivir en una casa de vecindad en Caracas. Me pusieron a vivir con otro que había estado huyendo y para entretenernos él buscaba pedazos de madera y nos pasábamos el tiempo lijando esa madera...Luego me trasladan a otro lugar y terminé ejecutando un trabajito. Bien hecho... ¡a siete metros!



El Cosaco es devoto de las ánimas y por eso no lo veía el ejército cuando lo buscaba en las montañas de los Humocaros...

102 años en la memoria de Bernabé Quintero, “El Cosaco” para sus compañeros de luchas guerrilleras en los años 60, representan un importante pedazo de historia. Este legendario hombre de hazañas épicas al lado de su Comandante Argimiro Gabaldón alberga en su memoria, con la frescura de ayer, intactas, escenas de luchas en las que el valor y la convicción ideológica siempre estuvieron a toda prueba.



Dos hermanos perdió Bernabé Quintero en las montañas del Estado Lara cuando formaban parte del Frente Guerrillero Simón Bolívar. Escenas que aún perviven en sus tormentos, mientras él aguarda en la población de El Tocuyo, ante un reloj que detuvo su marcha hace más de cuarenta años, el triunfo de la revolución. Su nombre aún figura en la lista de los responsables de la distribución de “Tribuna Popular”, el periódico del Partido Comunista.

A dos de mis hermanos los mató el Ejército. Uno se llamaba Román y el otro Cipriano. A Cipriano lo mataron en Santa Rosa, montaña arriba en los Humocaros. Había tomado el monte *huyendo* y el ejército le salió arriba, **alante**, y lo mató.

Yo fui después a recoger sus restos con la negra Argelia Laya y con otro camarada que ahora está en Valencia, pero no recuerdo su nombre. Metimos los huesos en un baulito y se los entregamos a Teófilo, otro hermano. No sé qué hizo con ellos, quizá los enterró en un terreno suyo por allá, en El Cercado. Teófilo después se fue para Caracas. No me mataron no más que a esos dos.

Conmigo no se metieron porque no me *hallaban*. Siempre que iban a buscarme a la casa no llegaban porque *hallaban* mucha gente en el camino. Y como yo soy devoto de las ánimas, la *gentá* que veían serían las ánimas, serían. Eso siempre se la pasaba solo, pero el gobierno no llegaba porque había una cerca ahí, y *hallaba* una *gentá*.

¡Mentira! Esas eran las ánimas porque yo soy devoto de ellas.

Cuando Pérez Jiménez sí me pusieron preso. Cuatro días estuve en la Seguridad Nacional de El Tocuyo. Ahí me dieron palos y, descalzo en el suelo, me decían: “Eso por comunista” –me decían: “Que te vamos a matar por esto y aquello”. Y yo les decía: “Bueno, para eso me trajeron”.

Mi relación con Argimiro Gabaldón era como de familia. Él llegaba a mi casa como si fuera la suya. Se quedaba ahí, ahí dormía, siempre. La casa mía era de la guerrilla, allá en El Cercado, en los Humocaros. Nosotros hablábamos de la revolución, de cómo tenía que cambiar este país. Por eso hicimos el Frente Simón Bolívar entre Argimiro, yo y otros muchachos más, cuando mataron al camarada Valentín Araujo en Guajira Mamonal.

Iban a seguir matando a los campesinos, entonces, nosotros formamos ese frente guerrillero que todavía tenemos gentes en todos los estados. Una escuadra está en Biscucuy, menos mal que está en el poder. Y Otra en Coro. El

que representaba la escuadra en Coro se murió. Yo le dije a Pedro Alastre, el actual alcalde de El Tocuyo, que es hijo del camarada Pedro Alastre, que tiene que visitar a esa gente siempre, a esa que dejó su taita por allá en Falcón. Cuando él estaba chiquito, recuerdo que yo iba con Pedro a visitarlo en Humocaro Alto, de aquí nos íbamos a pie y nos veníamos a pie por la noche.

Argimiro siempre alertaba sobre la revolución. Nos hablaba sobre el papel de todo revolucionario, que eso no era fácil. Que no sólo había que arriesgar la vida sino cambiar los destinos del país por el bien de todos. Cuando mataron al camarada Valentín Araujo, ahí fue que no pudimos más y decidimos irnos al monte y armar a la gente organizándola en escuadra para pelear.

En aquella época los gobiernos eran patronales. Si usted era obrero de un patrón y reclamaba sus derechos, lo mandaba a matar el patrón. Eso fue en la hacienda Guajira Mamonal. Valentín reclamó sus derechos y el encargado lo mando a matar. Por eso nosotros formamos esa guerrilla para defender los derechos de los débiles.

Como esa era gente del gobierno nosotros teníamos que prepararnos para hacerle roncha.

A los campesinos los defendíamos organizándonos con ellos. Siempre nos reuníamos, de cuando en cuando, y hablábamos sobre lo que nos pertenecía. Yo defendía mucha gente cuando estaba en El Cercado. No tengo casa porque el gobierno acabó con cuatro casitas que había ahí. El ejército llegó a la de mi mamá que estaba ahí cerca, una de paja y otra de zinc, y les metió candela. Eso fue en El Cercado. Yo no tengo casa, sólo el puro terreno. No he hecho casa, ¿para qué?

Yo salí derrotado del monte. Estuve en Caracas cuando denuncié a los americanos, entonces el gobierno me sacó para Ocumare porque el barrio donde yo estaba en Caracas lo voltearon buscándome. En Ocumare me estuve un tiempo hasta que me salió un negocio en San Carlos y duré como nueve años ahí cuidando una finca.

Yo denuncié al gobierno de Estados Unidos que estaba echando vainas aquí. Un guardia me dijo que por qué yo no denunciaba, que esa gente no era de aquí, y me preguntó: “¿Tú te atreves?”. “Como no”, –le dije. Él me dijo: “Yo no te llevo”, –porque era comandante del ejército, y me dijo: “pero te voy a buscar uno porque vas a dar una rueda de prensa y los denunciás”.

¡Ah, carajo! Ese barrio lo voltearon, buscándome.

Con Argimiro éramos compañeros, camaradas, más que hermanos. Nosotros teníamos todo preparado para agarrar el coroto con el Comandante Argimiro a la cabeza. Todo estaba bien planeado. Nosotros íbamos a llegar a Caracas con gente de todos los estados. Lo que tiene el enemigo es que siempre andaba atrás y nos jodió.

Argimiro fue un hombre preparado, yo siempre le buscaba estudiantes para hablar de política. Y de aquí iban siempre jóvenes para hablar con él y para incorporarse a la lucha, bien en el monte o en los barrios.

Yo tuve muchos encuentros con el ejército, pero como no me conocían... Cuando los militares llegaban a la casa y me preguntaban a mí mismo, aquí está Bernabé Alvarado, yo les respondía, sí, él vive aquí, pero no hace mucho que se fue para El Tocuyo a buscar un abono. Me dejaban quieto y seguían buscándome.

A uno lo embroma es el conocido porque el ejército llega por ahí preguntando: “¿Aquí está fulano de tal?”. –Y yo les decía: “Sí. Si se encontraron con alguien en el camino, ése era él que salió a comprar unos abonos a El Tocuyo”. Entonces enfilaban para El Tocuyo, cuando volvían ya yo iba lejos.

A veces la casa y la huerta que yo tenía se llenaban de soldados buscándome. Y yo vigiándolos desde el monte, encima de una troja. Ahí en lo mío hay mucho escondite. A mi no me *hallaban* gente en la casa porque yo la tenía escondida en la montaña.

¡Carajo! Cuando mataron a Argimiro eso me cayó muy pesado. Y pensamos, si después seguíamos, qué íbamos a hacer... Eso fue un vacío grande que dejó la muerte de Argimiro. Lo mataron en El Hato, de Anzoátegui para abajo. Por envidia, porque él estaba ya preparado para tomar Miraflores, pero con todos los estados. Pero aquí no falta la envidia, lo mataron. Se quedó la gente con la esperanza.



Fruto Vivas y Maria Teresa Álvarez C.

El día de la fuga del Cuartel San Carlos, del llamado túnel del árabe Simón “ese día despedí a Argimiro Gabaldón en un apartamento en Caracas. Recuerdo que me dijo “ me voy a la montaña...”, por cierto allí estaba Teodoro Petkoff con la pierna enyesada... Eso nos contó Fruto en el momento de entregarnos este amoroso texto.

**ARGIMIRO GABALDÓN:
GUERRILLERO DE LA ESPERANZA**

.... “duro es el camino pero es el camino....”

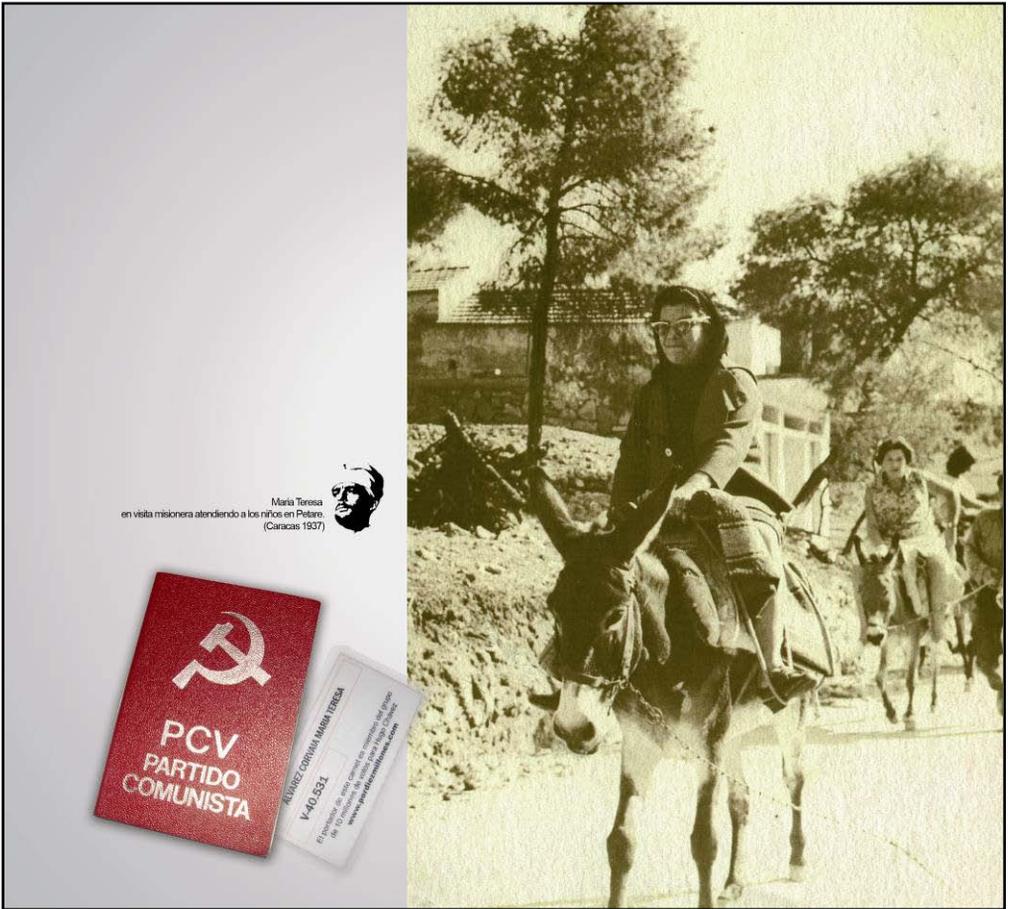
Hacer la patria grande su destino
Buscar entre las nubes la esperanza
Y buscando en Bolívar su semblanza
Nos mostraste lo duro del camino.

Y así por las montañas yo te miro
Caminando entre cerros y montañas
Recordando con fuego tus hazañas
Recordando lo grande de Argimiro

Y fiel a tu palabra siempre fuiste
Como fuiste la luz que nos alumbra
Como grande la fuerza que nos diste

Hoy tus pasos se sienten nuevamente
Y hay una nueva luz que nos alumbra
Es tu revolución hecha presente.

*Fruto Vivas
2007*



Cuando María Teresa Álvarez recogía bolsitas de azúcar en el Medio Oriente para enviarlas en Navidad a sus camaradas guerrilleros de Los Humocaros.

“En un mundo recorrido de 90 años por la vida soñamos todos los sueños y luchamos todas las luchas, damos y recibimos casi todo lo que se ha de dar y recibir. Ahora deseo extender los brazos para acunar a todos mis seres queridos y decirles: gracias por la amistad, gracias por la solidaridad, gracias por el amor”.

Ese texto aparece en la tarjeta que en su cumpleaños número noventa (90) María Teresa Álvarez repartió el 22 de octubre de 1998, en Barquisimeto, entre sus amigos, camaradas y familiares. Hoy a sus noventa y nueve (99) años pasa revista al largo camino andado.

Llevó en sus hombros en los años sesenta una buena parte de la logística del Frente Guerrillero Simón Bolívar, que bajo las órdenes del Comandante Argimiro Gabaldón, operó en las montañas larenses en la confluencia geográfica con los estados Trujillo y Portuguesa.

En carta que enviara Argimiro Gabaldón a un camarada se refería a las acciones de combate en la montaña y le informaba: “Nuestras pequeñas unidades militares pueden enfrentarse, golpear sin ser golpeadas y derrotar a su poderoso enemigo”. Con esta aseveración el Comandante Carache quiso llamar la atención de los amigos y camaradas de la ciudad sobre la solidaridad que merecían los combatientes que ofrendaban sus vidas en aras de la revolución.

“Deseo –decía en la misiva– que cada uno de nuestros camaradas, de nuestros amigos, piensen que estos hombres y mujeres que combaten en las montañas por el ideal común han entregado a la revolución algo que, al perderlo, jamás podrán recuperarlo Y que se pregunten ¿qué vamos nosotros a sacrificar para dar a esos combatientes una prueba de que estamos con ellos? Para ilustrarte sobre el hondo significado de esto –apuntaba–, voy a terminar mi carta refiriéndote lo siguiente: El único regalo que recibió colectivamente el grupo de combatientes de este Frente fue una bolsita con unos cincuenta terrones de azúcar enviados por una camarada. Aquellos terrones, recogidos en veinte lugares diferentes del mundo, nos trajeron un mensaje de fraternal ternura. Sin necesidad de palabras esa dulce compañera nos dijo que en todo momento llevaba en su corazón nuestro recuerdo. Ese regalo valía toneladas de abastecimiento, abastecía el alma”.

Esa dulce compañera es María Teresa Álvarez. Un ser extraordinario, cuya fortaleza y espiritualidad ya muchos quisieran tener. Argimiro Gabaldón comentó en la referida misiva que con camaradas como ésta nunca podía perderse la revolución.

Lo de los terrones de azúcar surgió cuando me encontraba en el Medio Oriente en compañía de mi hija Taormina, donde a pesar de mi resistencia ella

me había llevado porque yo atravesaba un estado de depresión bastante acentuado. En ese viaje la nostalgia por mis camaradas que se encontraban en la montaña aumentaba cada vez más. Sabiendo lo que significa en el monte un terrón de azúcar me dediqué a guardar las bolsitas que nos daban para endulzar el café en los restaurantes que visitábamos. Logré reunir cincuenta bolsitas de azúcar que se las mandé en Navidad a mis camaradas en Los Humocaros.

Yo trabajaba mucho en la logística sacando gente que bajaba enferma; buscando medicinas; alimentos; escondiendo gente; consiguiendo los recursos que se necesitaban allá arriba. Así fui haciendo un plantel de médicos, enfermeras, farmacéutas que me apoyaban a la hora de prestarle atención a algún camarada enfermo, logrando conchas (escondites) para los camaradas que eran buscados por la policía. Bueno, esa era una actividad intensa. Hasta me obligó el partido (PCV) para que aprendiera a manejar, para que pudiera cumplir con mayor eficacia mis responsabilidades trasladando camaradas guerrilleros de un lugar a otro, de noche, de madrugada, a la hora que se estableciera la tarea.

Yo nunca tuve problemas cuando me tocó sacar a algún camarada que bajara de la montaña, viajábamos por las carreteras viejas, pero sí estuve presa por guerrillera en el gobierno de Raúl Leoni.

A veces tenía que ir sola a un sitio en horas de la madrugada, porque no había otra manera de hacerlo, a entregarle a algún compañero cosas para la guerrilla. Recuerdo que una vez estando en un ensayo en el Teatro Juárez de Barquisimeto, me llegó el papá de Cheché Cortés (José Rafael Cortés, médico, destacado dirigente del PCV), para que le buscara una cédula para Argimiro Gabaldón que estaba escondido en la hacienda de ellos en Guarico. Yo fui a la oficina de la Asociación Nacional de Empleados (ANDE) a buscar algo que se pareciera y me sobraron cédulas. Todos querían darme la suya cuando se enteraron para qué era.

Yo quise bastante a Argimiro. Sentí mucho su muerte, que sólo fue un accidente. He tenido luego contactos con sus familiares, la esposa y los hijos. Con él, las veces que hablamos, fue sobre temas revolucionarios. Hablamos de la responsabilidad histórica que llevábamos sobre nuestros hombros, que teníamos que echar para adelante fuera, como fuera. Cuando nos encontramos compartimos nuestra preocupación por el triunfo de la revolución, ese era un compromiso de vida.

Pero la época mía de gran militancia no fue precisamente en Barquisimeto si no en Caracas porque yo vivía allá. Eso fue en el año 1935, cuando Gómez. Militaba en la Agrupación Cultural Femenina. En aquellos tiempos compartía compromisos revolucionarios con Josefina Juliac, con María Teresa Castillo, con las hermanas Mujica. Recuerdo a mucha gente de esa época. Yo siempre era Secretaria de Finanzas. Cheché Cortés, decía: “Es que María Teresa se duerme en las reuniones y cuando despierta ya la han nombrado”.

Yo quise mucho a Cheché y a su esposa. Lástima que sus hijos parece que están en la oposición.

Quizá yo sea la más vieja del Partido Comunista porque no todos llegan a esta edad mía: cien años.

Mire, para los guerrilleros el honor, la responsabilidad, la ética son cosas fundamentales. Recuerdo algo que me contó el vigilante de la academia: Él me dijo que cuando llegaba Argimiro con su gente aquí siempre les daban de comer y se les atendía. Los bodegueros le fiaban comidas y cosas que ellos necesitaran. Porque la guerrilla nunca dejó de pagar, siempre pagaba. Si los camaradas no tenían el dinero en ese momento regresaban a pagar, todo lo contrario de las otras tropas, las del gobierno, que le comían todo, los vejaban, los maltrataban y no les pagaban.

Yo tuve ocasión durante las guerrillas de ver a Argimiro en dos oportunidades. Una vez en Humocaró y la otra vez en la hacienda de la familia Leda, en Guarico.

El padre Leda era un sacerdote revolucionario, probablemente su hermano, el dueño de la hacienda, no. Pero por consideración a su hermano permitió que Argimiro pernoctara allí. Argimiro era una persona muy optimista, siempre hablaba de triunfar. A mi me duele que no haya visto lo que hemos avanzado ahora.

Yo puedo decir con toda responsabilidad que esto que está ocurriendo en el país es lo que más se aproxima a lo que toda la vida soñamos nosotros. Por lo que hemos luchado. No es igual, pero se aproxima y ahí vamos.

Yo conocí al padre de Argimiro, el General Gabaldón, José Rafael, muy amigo de un tío mío, Froilán Álvarez. Ambos guerrillaron juntos contra Gómez. A mi tío lo agarraron en el Cuartel de Barquisimeto y estuvo veintiocho años en la Rotunda, salió a morir.

Yo digo que llevo la revolución en la sangre porque mi abuelita, Carmen de Álvarez, para enviarle a mi tío mensajes sobre lo que ocurría afuera compraba esas cartaotas grandotas, las partía, le sacaba lo que tenían en el interior y como ella tenía una letrita chiquitita, iba escribiendo mensajes y los enviaba dentro de las cartaotas. Cuando las cartaotas llegaban, entonces todos los presos se reunían para ver qué noticias venían de fuera.

Entre las cinco personas que fundaron el Partido Comunista yo me acuerdo de cuatro. Recuerdo cuatro nombres: Juan Bautista Fuenmayor, Gustavo Machado, Eduardo Machado y Argimiro Gabaldón, del quinto no me acuerdo.

A estos los recuerdo porque los conocía, porque en esa época no andábamos con nuestros nombres. Yo tuve varios, primero en el partido se usaban nombres de cosas, yo me llamaba Espejo. Después me llamé Emma Pérez. A esa fue la que buscaron como palito de romero. Cuando a mí me llevaron presa pusieron presa a una Emma Pérez. Era una copeyana, la pobre muchacha llegó enfermísima. Después en Estados Unidos andando con María Gabaldón, nos cambiaron los nombres porque necesitábamos visitar a unos marinos que estaban en huelga. Entonces me puse el nombre de mi abuela, Lucía Álvarez. Eso ha debido ser el año 1946 ó 47, yo soy muy mala para las fechas.

A mí no me torturaron físicamente sino psicológicamente. Me hacían oír gritos. Nos hacían oír miles de cosas pero ya nosotros estábamos curados. Eso fue cuando hicieron una redada grande aquí en Barquisimeto. Se llevaron al doctor Méndez Rojas, me llevaron a mí, llevaron a esa Emma Pérez. Y querían que todos firmáramos una caución. La mayoría firmó, yo no firmé; me suplicaban que lo hiciera.

Estuve presa con María León. Ella fue mi compañera de cárcel. En una Navidad nos querían llevar a comer con los guardias en la mesa. Nosotras vimos a unos fotógrafos. Posiblemente lo que querían era sacarnos fotografías para después decir que mientras estábamos presas festejamos la Navidad con los policías y quién sabe que otras perversidades.

¿Cómo hacemos para burlar esta celada? –nos preguntamos.

Yo le dije: “Despreocúpate María que a mi me va a dar un dolor que tú vas a tener que quedarte cuidándome”.

Así fue. Me dio un cólico hepático.

Un cólico hepático que me ha salvado varias veces. Una vez en una huelga de estudiantes había una cantidad de armas en el liceo. Yo agarré varias y me las metí aquí en el abdomen. Cuando llegó el ejército, Pablo Chiossone, me dijo: “María Teresa, entre los que vienen está Pablo Mendoza”, –que era amigo mío. Cuando lo vi, le dije: “Pablo, a mi me ha dado un gran dolor. Yo sufro de cólico hepático, te agradezco me saques para la casa de enfrente”. Así llegué con el buche lleno de armas.

Para ser valiente en estos casos sólo hay que creer en que lo que estamos haciendo, es lo que debe ser.

Yo quiero, antes de terminar, enviarte Argimiro un saludo muy revolucionario. Desde donde estás debes estar mirándonos por un huequito.

Yo no he fallado. ¡Ni un día!



CUANDO GIL PÉREZ SINTIÓ EL FRÍO DE LA MUERTE

Entre los cerros El Zamuro, El Cojón, Los Muertos y El Puerquero se encuentra el asentamiento campesino El Cojón, enclavado en una exuberante selva tropical de mágicas conformaciones topográficas y laberínticas, ensenadas de una vegetación celosa de mostrar sus entrañas. Quebradas acuíferas se desprenden desde lo más alto simulando luengas cortinas de tules que van alimentando los riachuelos afluentes del Yacambú, cuyas bondades descienden hasta el Orinoco, el Río Padre.

Una variada fauna en la que destacan aves, cual más hermosa y cantarina, confronta sus dotes entre lo sublime de esos trinares, la ferocidad de los felinos y el veneno de los reptiles propios del lugar.

Por allí transitaban en los años sesenta los guerrilleros del Frente Simón Bolívar, comandado por Argimiro Gabaldón, quien aún permanece en los recuerdos de la familia Pérez Goyo, conocida en el lugar como “los comunistas”, por la vinculación de Gil Pérez con aquellos revolucionarios que vestían uniformes militares y se perdían por esos montes.

Yo estuve preso en El Tocuyo, me detuvo la DIGEPOL en Sanare. Me tuvieron varios días sin comer y ni siquiera me querían dar agua. Yo decía para mis adentros, bueno Gil Pérez, hasta aquí llegaste. Pero me daba fuerza, atendiendo las recomendaciones de los guerrilleros que nos decían: “Si a usted lo agarra la policía, no diga nada, aguante. Porque si dice algo lo torturarán más y más hasta que le saquen la última palabra y lo matarán. Ahora, si ellos ven que no le pueden sacar nada, entonces pensarán que usted no sabe nada y lo dejarán quieto”.

Mire, yo ya estaba obstinado en ese calabozo donde lo meten a uno. Pensaba: “Bueno aquí me van a matar” – y hasta deseaba que lo hicieran. Cuando llegaron a sacarme a las doce de la noche, ahí si pensé: “Me van a desaparecer” –como era la costumbre del gobierno que ponía presa a la gente y nunca más se sabía de ella.

Entonces me pegó el frío de la muerte.

Yo estaba temblando ante un tipo cara de maluco interrogándome. Pero me defendí de palabras y le dije: “Estas horas son muy pesadas, y a yo me da mucho frío”. Porque estaba temblando. No me miró más a la cara, creyó que era verdad que tenía frío.

Pero no era frío, era miedo.

Un tal Silva, de por ahí, de Sanare, que estaba escuchando desde una pieza, salió y me dijo: “¡Epa Gil! ¿Siempre te agarraron?” – Yo le respondí: “No, siempre me agarraron, no. Yo no estaba huyendo, yo estoy libre, me trajeron de Sanare”. –Él dijo: “¿Bueno y por qué estás aquí?”.–“Porque me trajeron de Sanare”. –“¿Por qué?” –siguió el hombre con sus preguntas. “Bueno, porque me trajeron, yo no venía para acá”. –Entonces dijo: “Todo lo que dice es pura mentira, yo tengo un documento”.

Ahí si me puse las pilas y le dije: “¡Busque el documento! ¡Presente ese documento!”.

El otro lo miró.

Yo insistí: “¡Busque el documento, y léalo! Si es verdad, yo le digo que es verdad. Si es mentira también, le digo que es mentira. Así me maten”.

Él no buscaba nada y le dijo al que me estaba interrogando: “Hágale otra pregunta”.

Yo dije: “No, yo no acepto más pregunta. Ya yo contesté, ¿usted no dice que tiene un documento?, ¡búsquelo!”.

Me jaló por un brazo y me dijo, como en secreto: “Oye Gil, ¿qué sabes tú de los guerrilleros?”

–Nada –le respondí–. Yo sabía, pero eso hace mucho tiempo que los *vide*”.

–*Vide* muchos guerrilleros, pero no le sabía el nombre porque eso es puro sobrenombre, el guerrillero le pone sobrenombre a uno y ellos andan con otro nombre.

–Pero dime algo que sepás –insistía el hombre.

–No, es que yo no sé nada.

–Bueno, de todas maneras seamos amigos. Si sabés algo de los guerrilleros me lo decís.

–Sí, claro. –Y me puse a la orden para que me soltaran.

–Yo le mando un papelito pero usted no vaya a decir que yo le dije.

El creyó que era verdad, entonces me soltaron. Me habían quitado una platica, la buscaron. Me la había quitado un flaquito de esos que llamaban del SIFA y quien la tenía era él, Silva.

Al tiempo ese Silva esperaba que yo le informara algo, pero ¿qué le iba a informar? Yo sí tenía contactos con los guerrilleros, incluso, con ellos andaba un cuñado mío, Baudilio Goyo, hermano de mi señora, que venía a la casa mía con otros compañeros.

Una vez los guerrilleros trajeron un viaje de armas. Como era de noche, se les extravió una maleta de lona bien pesada, con un poco de pistolas y varias caserinas. Yo me la *jayé* y la metí en unos mogotes. Al día siguiente vinieron preguntando y dijeron: “Nosotros perdimos una maletica por aquí”. Yo les dije: “No, yo me la *jayé* y la escondí”. Fuimos a buscarla y se la llevaron. Después hubo más confianza.

A Argimiro Gabaldón, claro que lo conocí. Mire, a nosotros nos gustaba conversar mucho con él porque nos daba buenas ideas. Nos hablaba de la revolución y del Partido Comunista. Él era un veterano. Por eso cuando llegó Chávez a nosotros no se nos hizo difícil entender la revolución. No ve que estábamos adelantados...

Los guerrilleros hacían reunión con uno y nos decían que la tierra es de quien la trabaja, nos hablaban de Cuba y sobre las clases sociales, sobre los cambios que iban a ocurrir en el país cuando ellos con los obreros y campesinos tomaran el poder. Ellos tenían el campamento en Cerro Blanco, más arriba de aquí.

A Argimiro no lo atajaba nada. Ni el río lo atajaba. Ni la quebrada que es tan peligrosa. Cuando él venía para la casa de nosotros y la quebrada estaba crecida, que nadie la pasaba porque reúne mucha agua y se pone muy fiera. Quebrada Negra, se llama, la que va a Volcancito. Él, que no era pequeño, se paraba en el medio de la quebrada, el agua le daba por aquí, por el cuello, pero no se lo llevaba. Con un cabestro apersogaba a su gente y, como a los chivos, la iba pasando de una orilla a la otra. Como chivos, sí.

Él era un hombre humano como nosotros, nos decía que aquí, en esta zona, no era para combate, que estas montañas tan bellas serían para el turismo cuando se tomara el poder. Que ellos venían aquí a bailar, a conversar con nosotros, pero no a combatir. Argimiro era un gran bailador, bailaba con el arma terciada en la espalda. Mientras unos bailaban otros vigilaban y así se iban turnando toda la noche hasta el amanecer cuando retornaban al campamento.

Yo conocí a Sol Alvarado, conocí a Tamacún. Conocí a Horacio, un cubano que vino a pasarle un curso a los guerrilleros. Ése era un catire muy velludo, demasiado velludo y bastante joven. Él se enfermó del estómago, tenía tiempito ahí, entonces lo mandaron para que yo lo ayudara a regresar. Llegó como a las cinco de la tarde. Yo lo llevé para un mogote y estuvimos conversando hasta muy tarde la noche. No supe cuál era la enfermedad. Mi preocupación era cómo sacarlo. Estuve pensando y pensando mientras hablábamos porque el comando del ejército estaba arriba, en la carretera. Le dije: “Duerma aquí que yo en la mañana le llego, yo le llego oscuro aquí”. Así fue. Entonces, nos fuimos para la casa a tomar café y a preparar el desayuno.

Ahí le pregunté: “Epa, ¿usted no carga otra ropa para que se cambie?” – porque venía con ropa militar. Me dijo que sí, se cambió y se afeitó. Como era tan velludo la chiva le daba por aquí por el pecho. Cuando se afeitó esa cara le quedó verdecita. Todo eso verdecito. Yo pensé, caramba, este hombre está muy raro, cuando llegue arriba lo pueden detener. Pero el gobierno estaba equivocado, andaba diciendo que los guerrilleros eran indocumentados, y ese cargaba pasaporte, todos sus papeles en regla, andaba muy bien preparado.

Cuando salimos, lo mandé por un caminito le dije adónde iba a llegar y lo preparé: “Yo voy a llegar primero al sitio, se llama la Gran Parada, allí están los carros. Cuando usted llegue, yo le tengo las cosas arregladas para que se vaya. Cuando llegue me busca con la vista y a todo el que *jaye* ahí lo saluda. De último me saluda a mí y me pregunta qué carro va a salir”. Así lo hizo él, cuando llegó, llegó saludando a la gente. Ya yo había hablado con un chofer que estaba esperando cuatro pasajeros para llevarlos a Sanare y volverlos a traer. En ese tiempo el pasaje costaba dos bolívares. Se iba a ganar dieciséis bolívares, le dije que un amigo mío que deseaba irse rápido le iba a pagar cincuenta. Ese chofer se animó y me dijo: “Ojalá llegue ahora mismo”. Se puso muy alegre.

Horacio, al verme, hizo todo lo que yo le había recomendado que hiciera.

Yo le dije al chofer, “Éste es mi amigo, el que le va a pagar los cincuenta bolívares”. Le pedí que cuando lo dejara en la plaza, allá abajo en Sanare, se aguantara un poquito para ver con quien se iba, y si se iba rápido, para que me trajera la información. A yo no me habían dicho nada, pero pensé...

Horacio me había dicho que a los tres días pusiera Radio Habana Cuba, que él me iba a saludar. Esa emisora nadie la escuchaba aquí. A los tres días me estaban felicitando: “Gracias a Gil Pérez de Yacambú”...

Después de eso tuve más amigos. Al punto que un doctor de apellido loco dejó la chaqueta que cargaba puesta, salió por un alambre de la cerca y se fue. Después agarró un carro y se hizo llevar a Portuguesa. Tirso venía por Cubiro y se quedaba en mi casa cuando yo llegué aquí.

A Argimiro lo vi muchas veces. Una vez iban a matar a unos chismosos que había por aquí y él dijo que no lo hicieran porque eran padres de familia.

Dijo que con esa gente lo que había que hacer era hablar con ella y explicarle los objetivos de la revolución.

Lo que ocurre es que los guerrilleros, los que no estaban tan preparados, creían que matando a los chismosos era la solución. Pero lo que hacían era que se alborotaban más. A Argimiro no le gustó que mataran a Casto Hernández, de allá, de Chamizas. A este hombre, si caía en sus manos una carta para algún guerrillero, la llevaba a la comandancia y si no le hacían caso, se iba a Barquisimeto. Un día le metieron una ráfaga en la frente. Tenía una escopeta y un revolver, pero no hizo nada.

Yo conocí a otro cubano de nombre Máximo, era un hombre gordo. El traía una plata para los guerrilleros y se la robaron. Se la robó un doctor que cuando vio la plata se emocionó. Ellos llegaron a la casa contentos echando chistes. El doctor iba también para la guerrilla. Cuando se fueron, en el camino, se le puso atrás a Máximo. Como vio que Máximo estaba cansado porque llevaba la maleta con la plata y una ametralladora, se ofreció para ayudarlo. Máximo le entregó la maleta y al rato se dio cuenta que el doctor no estaba, creyó que se había perdido y echó una ráfaga al aire para que lo escuchara. El doctor echó a correr con la maleta en la *escuridá*. Eso fue una sola carrera hasta la carretera, ahí le pagó a unos tipos para que lo llevaran hasta Acarigua. Creo que la maleta tenía diez mil bolívares. Con esa plata se compraba mucha comida, ellos la recogían en Caracas y la traían para la montaña.

Había mujeres también, conocí a una llamada Elena, había otra María Fernández, otra de nombre Olivia. Y andaba una gordota que venía a dar clases de explosivos, era gordota y grandota. A esa la llevamos nosotros para la montaña, venía de Falcón. Bueno, esa se desmayaba y nosotros la aguantábamos. La llevamos mi cuñado Santos Goyo y yo. Nosotros nos reíamos mucho cuando ese mujerón se nos venía encima y se desmayaba a veces subiendo la montaña.

Entre los primeros que llegaron estaba Donato Carmona y Pedro Alastre. Recuerdo a otro que se quedó dormido y se dio un tiro en un pie. A ese lo saqué también yo. Ellos tenían una mula, la mula se quedó dormida. Estábamos esperando el carro que venía de Barquisimeto a buscarlo. Se había hecho tarde y nosotros esperando. De golpe esa mula se despertó y se asustó. Hizo así, como para caerse y se asustó, cuando le sonó la montura en el lomo se pegó un susto. Esa mula bombeaba *patás* y *onde* nos veía nos caía a *patás*. Yo

cargaba al hombre herido y lo escondí detrás de un árbol. Y esa mula echando carrera, nos costó para agarrarla después que le pasó el susto que tenía y el hombre chueco ahí, hasta que llegó el carro como a la una de la madrugada. No recuerdo bien su nombre creo que se llamaba Sótero, uno bajito.

Una vez me mandó a llamar el Coronel Betancourt de El Tocuyo, para conversar conmigo. Cuando llegué, me topé con él y me dijo: “Yo voy saliendo y vengo mañana a las diez, espéreme aquí”.

Me quedé durmiendo en el cuartel donde estaba ese poco de soldados, pero ahí no duerme uno, en ese **rebulicio** toda la noche.

Al día siguiente al no más llegar el Coronel Betancourt, me mandó a buscar y me preguntó: “Epa, ¿usted conoce a los guerrilleros?”. – Yo le dije que sí. “¿Y qué hace usted con ellos?, – me preguntó. Yo le dije: “Si ellos necesitaban comida, yo les daba y si necesitaban diez bolívares también se los daba. Porque la vida no retoña. Uno da una arepa y la repone trabajando, pero la vida no. Porque si a uno le dan un tiro por estar de maluco, hasta ahí llegó”.

Y él anotando todo lo que yo le decía.

Me preguntó: “¿Y si llegamos nosotros?” –“Pues también les doy. Al que llegue con hambre a mi casa le doy comida,–le dije– como todos andan armados, a todos puedo pedirle...”.

De ahí llamó a unos mayores de las Fuerzas Armadas y les dijo: “Vengan acá. Las declaraciones que da este señor, ¡yo sabía eso! Porque aquí se golpean y se matan a los campesinos y entonces, ellos dicen: ‘yo no conozco a *naide*, yo no *vide a naide*’, y este señor viene a decirme la *verdá*”.

Bueno, ése me tocaba por la espalda y echándome cuentos que hasta me hacía reír a veces. Era que me tenía una pregunta peligrosa para hacerme caer en su trampa. Ahí me dio un golpe duro por la espalda y me preguntó: “¿Desde cuándo no ves a Pedro Alastre?”. Yo hacía menos de un mes que lo había visto porque había estado en mi casa. Pero me quedé quietito un rato y le respondí: “Yo lo vide, pero hacen tres años que lo vide”.

Entonces dijo el coronel: “Yo perdí el tiempo con este hombre. La pregunta más importante era ésta. Todo lo que me dijo es verdad, pero lo más importante es saber dónde está Pedro Alastre. En tres años se ha podido morir o estará preso”.

No me hizo nada.

Dijo: “Que se vaya para su casa a cuidar a sus animales. Le ha dado de comer a los guerrilleros y eso lo hace cualquiera que no sea tonto. Los que se ponen de malos a negarle la comida a los guerrilleros es porque son unos tontos”.

Yo estuve con ellos en la escuela, allá arriba tenían escuela, a todos les daban clases. Como yo era cazador, no tenían mucho que enseñarme, tenía buena puntería. Esos nos daban clases de todo, nos decían quienes eran la burguesía, nos decían quienes eran los enemigos, nos hablaban de clases y nos ponían comparaciones. Cómo son la gente de la grande burguesía, de todo eso nos hablaban ellos. Nos hablaban hasta de la historia de Bolívar, nos decían que aquí tiene que llagar la *igualdá*, que aquí tiene que haber *igualdá*.

En cambio el gobierno venía atropellando a la gente, echando plan y llevando a la gente presa. Aquí mataron mucho campesino. Los ponían a hacer el hueco y después le echaban una ráfaga y los dejaban muertos, ahí, en el hueco. Los perros comiendo carne, pasaban por aquí con un brazo o un pie de un ser humano. En Chamizas mataron mucha gente. Gente que ni siquiera sabía de guerrilla, unos viejitos que lo que se la pasaban era puro trabajando. Y a los que sabíamos no nos hicieron nada, no ve que nosotros estábamos mosca. Uno estaba bien *orientao*. Uno cuando escuchaba esos transportes que andaban por ahí haciendo ruido como una avioneta, uno estaba pendiente para esconderse. Uno los vigilaba también. Ellos lo vigilaban a uno y uno los vigilaba.

A mi señora le mataron un hermano, Sabeino Goyo. Lo mataron en Cerro Grande. A él no le gustaba ir ni a la montaña, lo que cargaba eran cartas. Traía cartas de Cubiro que le mandaban a los guerrilleros. Era lo más que él hacía, porque a él le daba mucho miedo. Nosotros sí nos metíamos en la montaña y nos montábamos en el hombro esos sacos de cincuenta kilos, con armas, sardinas, leche condensada, de todo. Carne de buey. Esos eran viajes de comida y otros de armas.

En esta zona había muchos adecos. Ellos decían que los guerrilleros nos iban a llevar al comunismo, que eso era lo más malo que había, porque el que tenía una cosa se la quitaban, le quitaban las casas, todo, hasta los hijos. Ahora por aquí hay muchos comunistas y vienen algunos camaradas. Cuando los guerrilleros se fueron, aquí todo se eliminó. No hablamos casi más con ellos. No más que nos quedaron las puras ideas.



Cuando María Lourdes Goyo se fue con sus hijos a la montaña para cooperar con la guerrilla

Cuando un ser humano penetra en la selva se comporta como un animal más en su relación con la flora y fauna. A diferencia de los otros animales, él tiene la capacidad del raciocinio y acceso a recursos técnicos propios de los avances **civilizatorios** que por su puesto no alcanzan los demás animales, ellos tienen los suyos. Sin embargo, para los efectos de la naturaleza, ambos son iguales en este escenario: sólo se impone su ley, la del más fuerte.

Por eso cuando María Lourdes Goyo se fue a la montaña con su marido Gil Pérez y sus tres niños, de 2, 4 y 5 años, a colaborar con la guerrilla que dirigía Argimiro Gabaldón, estaban conscientes de los peligros que debían enfrentar en Cerro Blanco, donde el Frente Guerrillero Simón Bolívar tenía uno de sus centros de operaciones.

Yo estaba embarazada y tuve mi muchacho en la montaña, los camaradas me partearon. Allí había de todo pero más que las cosas materiales había mucho amor. Los guerrilleros decían: primero comen los niños, los atendían y jugaban con ellos. Eso era algo especial con las criaturas. A yo no me hacía falta el pueblo, aprendí como una tigra a defender a mis hijos de los animales y los enseñaba a ellos a tener malicia frente a cualquier fiera. Los cargábamos en un saco por esas montañas. Al hijo que tuve le puse por nombre Argimiro. ¡Lástima que después se me murió!

Los primeros trabajos que yo hice era de ayudar a la guerrilla aquí abajo en mi casa. Gil, mi marido, sí subía a la montaña y se reunía con los guerrilleros. Recuerdo que una vez un panadero que venía del Tocuyo traía unas armas, las traía escondidas por abajo de los panes. Un muchacho que tenía contactos con la guerrilla me informó para que las recibiera. Yo le dije: “¿Cómo hacemos si Gil no está aquí?”. Después me armé de valor y le dije: “¡Vamos a buscar esa vaina!”.

Eran cuatro maletas bien pesadas, yo en aquél momento tenía bastante fuerza, nos montamos esas maletas en el hombro y las íbamos a esconder por ahí en el monte. En eso me dice el muchacho: “¡Ay, Dios!, mire donde viene Benerito, así que nos jodimos”. Era un adeco. Yo le dije: “Espéreme aquí, ya yo voy a arreglar esto”. Entonces lo enfrenté y le dije: “Epa, Benerito, ayúdeme a cargar estas maletas, son unas armas para los guerrilleros, tenemos que ayudar a esa gente”. Entonces lo amenacé diciéndole: “No vaya a intentar decir nada, mire que esa gente está matando a los chismosos”.

–No, cómo se le ocurre –me dijo él y se fue.

El muchacho sorprendido me dijo: “Cónchale, usted si tiene valor, hablar con ese guaro y no nos pasó nada”. Un compadre mío las vio pero no dijo nada, porque él sabía como estaban de peligrosas las cosas. Cuando vino Gil le conté lo que había pasado y le dije: “Yo las escondí, pero tiene que

llevarlas usted, porque son muy pesadas”. Ahí venían metralletas, fales y otras armas, distintas cosas venían.

Yo fui presa por esas maletas, porque vino el hijo de un compadre mío, Iván Guédez, y nos denunció. Dijo que los guerrilleros se la pasaban aquí, en mi casa. *Jayó* unas mulas que estábamos cargando y dijo que eran corotos para los guerrilleros. Yo le dije que era maíz, y él insistía en que eran corotos para los guerrilleros. Por eso me llevaron presa a Barquisimeto, ocho días me tuvieron en un calabozo.

Cuando me sacaron para interrogarme me dijeron: “Epa, ¿usted quiere ver a Gil?”

–Sí yo lo quiero ver –les respondí.

Uno de los policías me dijo: “Gil está ahí”.

Como habían dicho que a Gil lo habían matado yo insistí en que me lo mostraran.

Otro de los policías dijo: “Él está ahí, está grave”.

Yo fui al cielo y volví, decía: “¿Esta vaina sería verdad, será verdad que lo agarraron?”

Un policía me preguntó: “¿Usted sabe leer?”

–No –le respondí.

Entonces dijo: “Aquí está una carta que traía Gil en el bolsillo y se la quitamos”.

–¿Sí? – le dije yo.

El hombre dijo: “Sí, mire: aquí dice Gil que lo que estaban amarrando en su casa eran corotos guerrilleros y usted dice que es maíz. Y Gil dice que es negativo porque esos eran corotos guerrilleros”.

Yo le digo: “Él no sabe nada”.

El policía dijo: “Sabe lo que ayudó a Gil, los amigos nuestros que están en la montaña, cuando él salió corriendo a avisarle a los guerrilleros que había llegado el enemigo a su casa”.

Ahí me le cerré yo, me vino otro valor, y le dije: “No sea usted tan embustero, eso es mentira de ustedes, porque donde nosotros vivimos hasta donde se dice montaña guerrillera eso es muy lejos, se gastan cuatro horas, tendría Gil algún avión. Eso que ustedes dicen es mentira y es mentira”. Nada me hizo cambiar. De ahí me metieron de nuevo en el calabozo.

Una vez Argimiro vino a invitarnos a una fiesta para allá, al otro lado del río, donde llaman Volcancito, dijo que era una fiesta pero de puros camaradas. Muchos se equivocaron, porque se metió mucha gente que no era camarada. Entonces, ellos tiraron una emboscada por dondequiera y no dejaban salir a nadie. Nosotros estuvimos ahí hasta que amanecimos, bailando toda la noche con ellos. Como Argimiro era el comandante le ponía orden a los guerrilleros, les decía que fueran unos a cuidar y los otros vinieran a bailar.

Argimiro, vino muchas veces a la casa, él era muy amigo de nosotros. Como será que a ese carajito que yo tuve allá arriba en la montaña, le puse su nombre, porque me gustó mucho ese nombre, Argimiro. Pero usted sabe, ya le dije, se me murió en el hospital.

A Argimiro le gustaban mucho las cachapas, él las llamaba “cachapas jervedoras”. Uno vaciaba la masa con una tacita en el budare bien caliente, él la volteaba y me decía: “La volteas así con un cuchillito y la deja un poquito en la candela, así me la pone en el plato y me la da con un cafecito”. Así hacía yo.

Nosotros hablábamos, pero más hablaba con ellos Gil, porque yo me quedaba haciéndoles la comida.

Un día yo estoy haciéndoles comida en la mañana, me habían dicho que venía una comisión de Cuba, que era bastante gente, y yo me pongo a hacer un poco de arepas, entonces llegó el ejército y me dice un militar: “Epa, ¿y esas arepas son para quién?” – Yo les dije: “¿Para quién van a ser?, para los muchachos míos porque yo trabajo”. – Entonces dijo otro “Pero ese arepero, eso tiene que ser para los guerrilleros”. – “No, para los guerrilleros no. Eso es para los muchachos míos, no ve que yo trabajo en el monte, porque el papá de ellos no está aquí y tengo que salir muy temprano y para que no se me vayan a quemar en el fogón, les dejo todo hecho”.

Entonces, ese hombre que era bien alto se puso el fal así con el cañón para abajo en un pie y se le fue el tiro, se echó un tiro en la pata. Otro le preguntó. “¿Epa, y qué te pasó?”. – “Me jodí” –le dijo.

Ese proyectil le salió por abajo del pie, y ese sangrero. El otro le quitó todo, la forniture, todo, y se lo llevó.

Vino otro guardia y me preguntó: “¿Y el señor que estaba aquí?, ¿qué se hizo?”. – “Cuál señor, aquí no hay ningún señor –le dije. – “Sí, de aquí corrió uno, yo se que fue un guerrillero” –dijo el hombre. Yo lo negaba: “¿Cuál guerrillero, usted no sabe que estos son rastrojos, que esto no es montaña? Los

guerrilleros están por allá, bien lejos. ¿Ustedes por qué no los buscan donde ellos están, sino que vienen a echarme vaina aquí a yo que soy una pobre mujer?”. Y se fueron.

Un día agarran a Gil. Ellos me habían dicho: “El día que lo *jayemos* aquí, lo matamos *alante* tuyo y lo amarramos en una vara”. Entonces llegaron de madrugada. La PTJ llamando y yo me paré con cuidadoito y tranquilé la puerta y aconsejé a los muchachos adentro para que no dijeran nada.

“¡Párate!” –me decían.

Yo les contesté: “Voy a pararme. ¿Ustedes creen que voy a pararme como ustedes piensan?” Me paré y me vestí, cuando salí me dijeron: “¡Prenda la luz!”. Eran las cuatro de la madrugada, y yo les digo: “¿Qué luz voy a prender?”. Yo tenía la linterna agarrada así hacia abajo, entonces, la escondí en un sombrero, le puse el sombrero encima y los fósforos también los metí ahí, y les dije: “No, no hay luz”. Ellos parados ahí en la *escuridá*, yo sí me senté porque sabía donde me iba a sentar. Así amanecieron parados. Entonces, les dije: “Ahí está un señor durmiendo en esa troja”. Era el mismo Gil. Entonces preguntaron: “¿Cómo se llama?”. –“Se llama Antonio Rodríguez” –les dije. Entonces, lo abajaron y se lo llevaron para monte.

Al rato escucho esa *tirería*, ráfagas detrás de otras, y yo digo “Cónchale, algún amigo mío que vendría a avisarme alguna cosa y ya lo mataron”. Era el mismo Gil que se había ido, se *juyó* y yo no sabía. Y viene uno de esos hombres muy bravo, uno alto y dice: “Vamos a llevarnos a esta mujer”. Entonces dijeron: “*Encañoná* es que la vamos a llevar”. Yo les dije: “*Encañoná* no, porque yo no he matado a nadie ni he robado”. Cuando eso me tuvieron ocho días en Barquisimeto.

Cuando vine esos guerrilleros bajaron de la montaña a felicitarme, porque yo había salido muy bien. Dijeron que a pesar de que a la señora no le hemos dado ninguna disciplina, ella salió muy bien, no nos hizo caer a ninguno de los compañeros preso y a otros que les hemos dado disciplina nos han hecho caer compañeros presos, ella no necesita que le digamos nada, porque sabe como defenderse.

Esos policías me torturaban pero ahí teníamos una pelea, ellos me decían y yo les decía también. Me decían: “Usted no quiere a sus hijos”. –“Cómo no los voy a querer” –le respondía yo. “Bueno, pero usted está aquí por guerrillera” –me decían. “Por guerrillera no, porque ustedes no me agarraron a

mi en la montaña, yo estaba en mi casa” –me defendía. Y les dije: “Ustedes tienen un complejo de que nosotros vivimos en la montaña y esos son rastrojos”. “Bueno, usted tiene que saber que de aquí va para Oriente” –me decían. Y yo les contestaba: “Bueno, si me llevan, me llevan; algún día me sueltan ¡cuánto no deseara yo conocer pueblos! pero no tengo los modos...”.

Ese día habían llevado presos también a varios de aquí. Yo le pregunté a un policía por ellos y me dijo: “Los compañeros suyos esos deben estar muy sabrosos en sus casas, comiendo bien y durmiendo bien, pero usted se queda porque no ha querido decir nada, es muy embustera, no quiere decir la verdad”. –“Yo tampoco le voy a decir vaina que yo no sepa” –le dije. Después llamé a uno que llaman ordenanza, le dije: “Epa, ordenanza, ¿usted no sabe si tienen ahí a un señor llamado Tarcicio, él se llama Tarcicio Aponte, y a un señor que se llama Baudilio?” –“Sí están, ¿por qué?” –me respondió. Yo le dije: “No, por nada”. Y dije para mis adentros: “¡Ah, guaros bien embustersos!, los acabo de agarrar en sus mentiras. Tan *avispaos* que se creen, y yo que soy una pobre campesina les gano con puras mentiras”. A veces les digo a mis muchachos miren no digan mentiras. Yo fui muy embustera pero para defenderme y defender a cualquier amigo. Uno para defenderse puede decir mentiras. Si lo vienen buscando a uno... ¡Cómo nos jodieron a nosotros, esos policías! Nosotros pasamos mucho trabajo.

Una tardecita como ahora, ya *escureciendo*, llegó el gobierno. Gil se había ido a una reunión a las cuatro, una reunión que tenían los comunistas por allá en el monte. Yo le pregunté: “Gil, ¿usted viene hoy?” –“No, quien sabe, depende a qué hora sale la reunión” –me dijo. Entonces yo no *jayaba* qué hacer, estaba muy mortificada porque habían muchos militares.

Al rato llegó el comandante de los militares, entró en mi sala y se sentó en una banqueta que yo tenía ahí.

Mire yo me apuré en sancochar el maíz, le puse tuzas a la candela para que largara humo para ver si se salía y él puro estornuda que estornuda pero no se salía. Le eché agua a la candela para hacer más humo, pero nada, el hombre ahí. Entonces le dije: “Epa señor, ¿ustedes se van a ir o se van a quedar? Y él me dijo: “No, nosotros nos vamos a quedar”. Yo le dije: “Bueno, si se va a quedar se sienta en esa troja que tenemos ahí afuera, porque yo vivo sola aquí con estos carajitos. Y si se va a ir, se me sale para afuera”. Y se fue.

Le tranquilé la puerta y apagué las luces.

A ese comandante cuando salió para afuera le dio mucho miedo y silbó a los otros, se reunieron ahí y se estuvieron hablando pajas, no se qué hablarían. Cuando, en eso, ladró una perra de la vecina y esos diablos salieron como unos caballos, cayeron en un pozo de agua y se fueron. “¡Ah, diablos bien flojos!” – dije yo cuando ellos se fueron.

Argimiro hablaba más con Gil que conmigo, a veces me decía: “Viene – ¿cómo es qué decía él?– una comisión de Cuba, para que estén preparados, para que me la haga, por ahí, algo de comer, unas arepitas, porque vienen de muy lejos” –nos decía él.

Un día me llegó un señor que decía que era comunista pero yo ya había pasado por muchas cosas. Cargaba unos cuadro, porque él dibujaba, y me dijo: “Señora, ¿usted es la señora Goyo?” Yo le dije: “Sí”.

–Mire yo vengo por aquí mandado de la casa del Partido –me dijo él.

Yo le dije no yo no sé nada de eso. Quiso entregarme una carta que según me la habían mandado, entonces le dije: “Yo no se leer ni le voy a recibí carta, a yo me da mucho miedo eso”. Y no se la quise recibir.

Después los guerrilleros se rieron mucho porque era verdad. Pero es que ese hombre venía muy raro dibujando y yo pensé: “La vaina está muy jodía”. Yo sí conocía a los guerrilleros, pero a ese era la primera vez que lo veía.

Los primeros que comenzaron a fundar las guerrillas por ahí fueron uno que llamaban Jesús, que cantaba música llanera; uno que llamaban Tamacún, Donato Carmona y Pedro Alastre, que lo conocimos como Jesús, ese era su sobrenombre. Yo también tenía un sobrenombre, a mí me pusieron Emilia, así me decían ellos. Y a Gil lo pusieron Ruperto.

Ahora la gente viene a mi casa y me dice: “Usted tiene que botar esas fotos que están ahí en la pared”. Yo les digo: “Cómo las voy a botar, más bien voy a forrar toda la casa de puro Chávez, porque ése es mi gobierno”.

Después que me echaron tanta vaina los gobiernos, ¿usted cree que yo voy a tener ganas de ser escuálida? Otro día vino uno y me dijo: “Epa, ¿usted por qué tiene esas fotos?, debe poner las de Manuel Rosales”. Y yo le dije: “¡Uju! Ni me lo nombre, porque es Chávez el que tiene que estar aquí”.

Yo me siento orgullosa del trabajo que haya pasado. Así se lo dije a la Guardia allá abajo, a un cabo que me quería conocer y me llamó y me dijo: “Epa señora María, ¿tú eras la guerrillera, la famosa guerrillera? Y entonces me

preguntó: “¿Tú no te sientes mal porque te llamen guerrillera? Yo le dije: “No, ¿por qué?, me siento muy orgullosa”. –¿Y por qué te sientes muy orgullosa? – me dijo él. “Ah, porque cualquiera no me echa vaina, porque sabe que yo no soy pendeja” – le dije.

Algunas personas del lugar me han preguntado como para ofendernos: ¿Y ustedes por qué no tienen una buena casa, siendo chavistas? Bueno, así mismo le dije yo: “Nosotros estamos bien. Estamos bien de todas maneras. Con tal que uno no se muera de hambre, así no tenga buenas casas, así *semos*, pero con la frente en alto, *semos* revolucionarios...”.



José Sótero Villegas:

*Nuestros comandantes nos dieron historia, pista
y avisamiento sobre lo que es una revolución*

A veces, para algunos, la infancia y la adolescencia no cumplen sus funciones en armonía con las etapas que la sociedad ha determinado como elementos del crecimiento humano. Desde muy temprano se es adulto cuando se debería ser un niño.

Hay que buscar el agua al río para los oficios del hogar cuando se debería estar jugando o en la escuela. Hay que cumplir jornadas de trabajo en el conuco a los seis o siete años, cuando esas labores están destinadas, incluso por ley, para los adultos. Quizá por eso a José Sótero Villegas, desde que nació en el Cerro del Zamuro, en las montañas que bordean al río Yacambú, en el estado Lara, le tocó asumir tareas, desde muy niño, que no le correspondían por su edad.

Momentos difíciles los de José Sótero, en el seno de una familia campesina de muy bajos recursos, que se alimentaba con los favores que le prodigaba la naturaleza: una guacharaca u otro animal que podían cazar los hermanos mayores. Tareas a las que él se iba sumando en la medida en que su minúscula figura anatómica se lo permitía. Se amanece sin saber qué se comerá ese día. La madre naturaleza siempre benévola algo les depara a los Villegas en su cotidianidad. Mientras tanto, Juan Estanislao, Juan Pablo y José Sótero veían cómo su madre, María Olimpia, era consumida por una terrible enfermedad que no le permitía vivir en paz. Había sido víctima de “un daño”, maleficio que convertía en tierra todo lo que ella tocaba.

El abuelo Cecilio Villegas se lleva para Volcancito donde él vivía, a José Sótero, que era el menor de sus nietos. Allí recibe una mayor protección y una vida un poco mejor, aunque en medio de grandes limitaciones y sacrificios. “Nos alimentábamos con camburitos sancochados y casi nunca se comía carne...”.

A los doce años de edad, siendo un imberbe, José Sótero tiene contactos con otros campesinos vinculados a la guerrilla que organizaban en las montañas de los Humocaro. El Frente Armado Simón Bolívar. Recibe las primeras nociones acerca de los propósitos de este movimiento revolucionario y opta por colaborar por un tiempo con la guerrilla hasta que se hace militante activo bajo la conducción del Comandante Carache.

Nosotros, los campesinos, no sabíamos prácticamente nada sobre la revolución. No teníamos conciencia revolucionaria. Eso lo aprendimos cuando nos fuimos a la guerrilla que dirigía el comandante Argimiro Gabaldón. Ese amor por el pueblo, por la revolución, nos lo dio nuestro comandante líder. Esa conciencia revolucionaria la aprendimos de él. Él siempre con sus enseñanzas, con su doctrina sobre la lucha por el bien de todos. De tal manera que las cosas que hoy dice el Presidente Chávez ya nosotros las sabíamos porque las aprendimos de nuestros comandantes. Ellos nos dieron historia, pista y *avisamiento* sobre lo que es una revolución.

Yo estuve en la montaña, yo estuve con varias gentes, anduve con Argimiro Gabaldón, el Comandante “Carache”, y mucha gente campesina que nadie sabe que anduvo en la montaña. Gente que conoció la revolución bonita

siguiendo los pasos de la historia que nos dejó Simón Bolívar, sus enseñanzas, su amor por lo pobres.

Hablar de revolución no es solamente uno hablar de revolución por llenarse los labios, hablar de revolución es hacerlo de corazón y de conciencia. Nosotros traíamos una media conciencia sobre nuestra historia pero con nuestro comandante aprendimos todo. Él era un hombre bien concientizado sobre la historia, era un hombre sencillo, muy querido, muy popular. Nos enseñó la conciencia del amor por la comunidad, que él traía en su cabeza, mejor dicho, en su inteligencia.

Por cierto, yo que estuve en la revolución y manejo ciertas partes sobre lo que es una revolución, veo que hay gente que también estuvo en la revolución, pero no ha desarrollado una inteligencia que le permita extender esos conocimientos al público. Yo sí me he extendido en mis conocimientos y los medios que aprendí en la revolución los comparto con el público. No con tanta sabiduría porque yo no tuve lectura de leer bien y escribir bien, pero tengo algo de conciencia de lo que significa la revolución y de ahí es de donde me viene la conciencia y la capacidad de revolucionario.

Porque el caso no es, como le digo, que yo sea revolucionario porque me ponga una camisa roja o una gorra roja, no. El caso es tener conciencia. Conciencia. La revolución viene desde adentro, desde el corazón y eso lo llevamos en la sangre, por nuestro sacrificio en la montaña. Por aprender las cosas. No anduvimos en la montaña por curiosos sino que algo fuimos a aprender y el que fue a la montaña y no fue con la voluntad de aprender nada, pues valía más que se hubiera quedado en el sitio y que el enemigo lo siguiera vejando y torturando.

Pero los que fuimos a la montaña en forma verdadera tenemos que tener algo concreto sobre lo que significa la revolución. La revolución es un respeto, la revolución es sagrada; la cosa más bonita es la revolución bonita que hubo en la montaña. La revolución legal, la revolución normalizada del que viene por la vía legal. No por la vía ilegal, como mucha gente que dice que es revolucionaria pero no viene por la vía legal que establecieron esos comandantes y esos líderes en la montaña, como fue Argimiro Gabaldón, como fue Ezequiel Zamora, y otros comandantes que fueron a la montaña para defender a los humildes, a los que no tienen nada sino sus puros sentimientos. Esos que siguieron los pasos de Simón Bolívar.

Hubo muchos que vinieron a la montaña pero no acataron la revolución como historia, no la sostuvieron como historia, no la sostuvieron como una revolución normal, como debemos hacerlo para crear conciencia sobre la hermandad, para estar claros de que la lucha es por el bien de todos, no para uno sólo nada más, sino para el colectivo, para el mundo entero...

Argimiro Gabaldón decía: la revolución es un respeto. Es una enseñanza. La revolución no es sólo la formación profesional porque una persona puede estudiar para ser un ministro, un profesor, un periodista, pero si no aporta los beneficios que espera la comunidad de esos conocimientos, entonces esa persona no está haciendo ninguna revolución. Se está lucrando ella en forma egoísta, individual, que son comportamientos ajenos al ser revolucionario. El revolucionario crea conciencia, crea iniciativa, se sacrifica por el pueblo. El revolucionario debe crear pensamiento sobre lo que significa el sacrificio de uno poner ese corazón grande y bonito en beneficio de la comunidad.

Sí, yo estuve en combate bajo el mando de Argimiro, esos son casos que no se pueden decir, no se pueden publicar. Tengo una cosa que yo no la publico porque eso es peligroso. Eso se lo diría yo personalmente pero no lo puedo hablar por la radio. Mire, para que pueda haber enfrentamiento en la revolución hay que chocar al enemigo. Hay un caso en el que nosotros chocamos al enemigo y ahí se prendió la pelea, el enfrentamiento con el gobierno. Esa fue una operación que hicimos nosotros aquí cuando operamos en la represa Yacambú.

Yo sí estuve preso. Me llevaron al pabellón número uno en El Tocuyo, como preso político. Preguntaron muchas cosas, me decían: “¿Por qué te gustan las guerrillas? ¿De dónde sacan las armas? ¿Qué tipo de armas usan?”. – Nosotros respondíamos con evasivas sin acusar a nadie, porque el aprendizaje que nos daban en la guerrilla era no acusar al compañero. Era preferible morir uno solo, pero no acusar a nuestros camaradas, a los compañeros de nuestra revolución.

El caso fue, gracias a Dios que salimos bien, cuando me preguntaban: “¿Qué armas cargaba usted?”, –yo les respondía: “No sé”. –“¿Cuáles son los tres tipos de armas que usan en la montaña?”. Yo les decía: “Qué armas le voy a decir yo, yo no sé de armas, cómo cree que le voy a meter un embuste”. – “Que a mi me dijeron”. –“¿Quién le dijo? No solamente tiene que decir que le

dijeron, usted me tiene que decir quién le dijo. Pues esas son mentiras, puro embuste”.

“Mire, hay otro caso, si usted no *dice* que tuvieron que matar a tres soldados y un teniente, lo vamos a matar”. Entonces yo le dije: “¿Quién le dijo eso?”. –“A yo me dijeron”. –“No, usted tiene que decirme quién se lo dijo, no solamente que le dijeron, si usted no me dice quién se lo dijo es porque es una *inventá* suya, son cosas *inventadas* suyas”.

El hombre se quedó pensando y me dijo: “Esas son vainas mías, *inventás* mías. Está *despachao*, váyase...”.

Nosotros duramos poco ahí, unos siete días porque no dijimos nada. Pero si nos ponemos a cantar, a acusar a mucha gente, nos pasan para Maracay, y nos raspan. Todo el que canta, lo fusilan, lo matan. Por eso es que le digo, ser guerrillero no es cualquiera, ser revolucionario no es cualquier persona. Ahorita dice cualquiera que es revolucionario, pero cuando se llega el caso de que el enemigo se le enfrenta, ahí es donde está el caso. Ahí es donde se va a saber si es una persona sostenida y que le guarda la espalda al compañero, al compatriota, al camarada. Ahorita pueden decir: yo soy camarada, yo soy revolucionario. Vamos a ver cuando le llegue un caso sino se *cambea* para el lado del enemigo y se pone contra la revolución.

Era preferiblemente caer uno sólo pero que no mataran a diez o veinte. Ese era el criterio que uno tenía que tener. La conciencia que uno tenía que tener, y eso fue lo que nosotros aprendimos del señor Comandante Argimiro Gabaldón.

Argimiro nos daba muchos ensayos, nos decía de qué forma venía el enemigo, de qué forma venía hablando con la gente para que le dijeran dónde estaban los guerrilleros y sobre el peligro de los chismosos. Porque cualquier cosa que supiera el enemigo, entonces se ponía a buscar y torturar gente buscando a los guerrilleros donde estaban, por la orientación que le daba el chismoso.

Uno tenía que tener mucha cultura y mucho *guardamento* de conciencia, no tirar el compañero al peligro, guardar, cuidar al camarada, aún poniendo en peligro su propia vida...

En muchos casos nos planteábamos que si un enemigo mataba a un camarada nuestro, nosotros teníamos que matar a unos cuantos de ellos, porque un camarada, un compatriota y un revolucionario, no tiene precio.

Esa conciencia del revolucionario no la tiene cualquiera, algunos dicen que la tienen pero eso es embuste.

Yo le digo por ejemplo que el señor Comandante Hugo Chávez Frías es un hombre muy patriótico, muy bueno y sincero. Que él desea andar por el mundo entero ayudando a la gente, pero como él es muy ocupado no puede andar como él quisiera. No puede ir por todos los campos, por todos los caseríos visitando a los necesitados y pone a gentes de su confianza para que luchen a favor de los pobres; pero esas gentes le fallan, no hacen lo que quiere el Presidente que hagan.

Él se confía en ellos, cree que ellos están haciendo lo mismo que él está haciendo, pero resulta que no es así...

El caso es que no se puede decir que yo soy un Concejal, un Alcalde o un juez y llenarse la boca con eso. Lo importante es ver qué es lo que usted hace, que lo diga el país, el país es el que va a dar fe de su comportamiento. Qué es lo que estoy haciendo yo, si estoy haciendo o no estoy haciendo. Yo digo mi verdad, si a mí me preguntan qué está haciendo tal o cual funcionario y no está haciendo nada, entonces yo digo: “Ése no está haciendo nada”. Pero si está haciendo, yo digo: “Él sí está haciendo”. Esa es la cuestión, hay que decir la verdad. El pueblo es el que sabe si usted, que ha sido puesto por el Presidente para luchar por los pobres, está cumpliendo o no está cumpliendo.

Yo sufrí un accidente en la guerrilla, me di un tiro en un pie, fue un accidente: un compañero puso en el suelo una Uzi, esa es una ametralladora, y cuando yo llegué saludando tropecé con el arma y se disparó. Los camaradas me llevaron para la casa de un colaborador de nombre Gil Pérez, me llevó un camarada de nombre Albino. A él lo mataron, lo mataron por eso que yo le conté, por culpa de un chismoso. Una persona que después de estar en la revolución le echó paja a la revolución, acusó a los mismos compañeros. Yo estuve ahí, en la casa de Gil, varios días. Pensé, “Bueno aquí me matará el enemigo, veré como me defiendo”. En aquellos momentos a uno no lo podía *jallar* el enemigo porque lo mataba, se lo llevaban para el monte y sin ningún reparo lo mataban.

Bueno, yo estuve varios días ahí hasta que me llevaron para Barquisimeto. Me llevaron hasta la carretera, de noche, por la montaña, en una mula, y de ahí me trajo el señor Silvino para Barquisimeto. A ese señor Silvino también lo mataron, lo acusaron de que era el que llevaba la comida para la

guerrilla, y el que lo acusó lo ha contado como una gracia. Yo, cuando supe, dije: “Esas no son gracias. Lo llegan a saber los camaradas y ese chismoso es fusilado, por traidor, porque traicionó a nuestro compañero”.

¿Usted cree que yo voy a empujarlo a usted al peligro?, no. Ese no es mi criterio, esa no es mi conciencia. La conciencia es yo guardarle a usted la espalda y guardarle el honor, pero no zumarlo al peligro...

En Barquisimeto me tuvieron seis meses mientras me curaba y me preguntaban: “¿Qué le pasó en ese pie, eso fue un tiro? Y yo les respondía: “No, eso fue una caña brava que se me clavó ahí trabajando y me perforó el pie de banda a banda...”.

Yo en la guerrilla era mensajero, informaba dónde se encontraba el enemigo para que pudieran pasar los compatriotas, los compañeros, los camaradas revolucionarios. Yo hablaba con una camarada y ella transmitía la información, ese era mi trabajo. En cuanto a las armas yo sólo contaba con mi fal. Confiaba en mi fusil terciado en la espalda, porque uno tenía que cargarlo por cualquier encuentro con el enemigo; entonces, había que defenderse. Uno tenía que responder con lo que tenía, para eso se lo daban a uno. Si uno carga un arma y no se defiende ni defiende al compañero, al camarada que ande con uno, vale más no meterse en eso, vale más quedarse en la casa.

Mi nombre en la guerrilla era Antonio Díaz. Por cierto que aquí buscaban a un hombre que se llamaba Antonio Díaz. Una vez él dijo: “Caramba y quién será ese que se llamaba así en la montaña, porque aquí venía la policía buscándolo y me echaba mucha vaina”. Y yo le respondí: “Pues yo no sé, ese no soy yo” –y resulta que era yo.

En la guerrilla estábamos varios de aquí: Gabriel Rivero, José Tadeo Villegas, un hermano mío que por cierto lo guindaron como una piñata para arriba, lo guindaron tres veces y le decían: “Cante pues”. El después contaba: “¿Con qué valor iba a cantar yo si cuando caía abajo caía sin conocimiento”. Lo guindaban por aquí por el pescuezo y le decían: “¿No va a cantar?” Entonces él les decía: “No, es que yo no sé nada”. Uno de los militares cazadores dijo: “Este hombre si es guapo, lo guindamos por el pescuezo para que diga y no dice nada. Éste prefiere morir y no dice nada”. Mi hermano pasó mucho trabajo, lo tuvieron seis meses en el Tocuyo.

Ahí en la montaña estaba también Pedro Calajía, un hombre muy bueno, un hombre muy luchador, un buen revolucionario. Era un guardaespaldas del

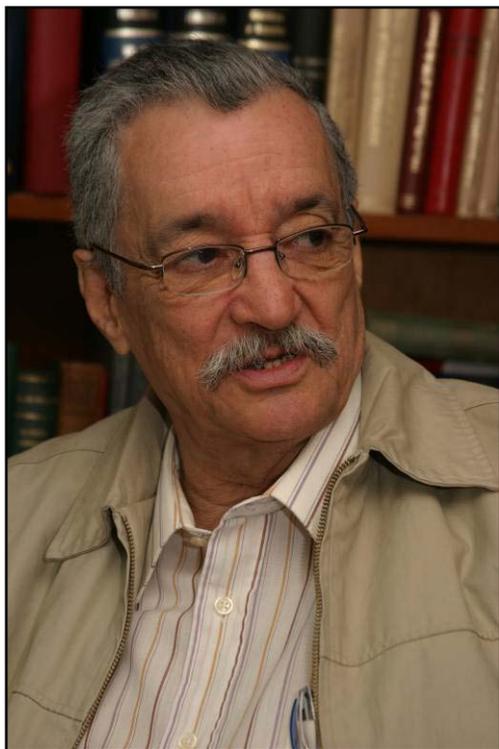
Comandante Carache. Estaba Arcadio Castillo, allí murió mucha gente, murieron Teodoro, Julián, Juan. Un hombre llamado Crucito los acusó, llevó a los cazadores al campamento donde ellos estaban. En ese caso es que yo hablo sobre la conciencia revolucionaria. En la revolución mucha gente le tira a los mismos revolucionarios. Por eso revolucionario no es cualquiera.

Yo conozco a un señor que estuvo en la guerrilla pero no tiene conciencia de guerrillero, él se llama Rafael Pérez. Él habla de revolución pero si él fuera una persona revolucionaria no votaría por la derecha, el vota y apoya es a la derecha. Nosotros si somos de izquierda tenemos que apoyar a la izquierda. Nosotros todo el tiempo nos hemos mantenido en el PCV, desde los años sesenta hemos sido del PCV, del Partido Comunista. Apoyamos al presidente Hugo Chávez Frías porque él tiene buenas ideas a favor de los campesinos y a favor de los pobres.

Yo conocí mucha gente del partido, conocí a Pedro Abarca, conocí a Rafael Linares, a Paúl Colmenares, a Pablo Almao, que todavía existe en Barquisimeto, vive cerca del Terminal de pasajeros. Ése es un hombre revolucionario de verdad. En cambio un policía se llevó a un tío mío y le dio unos culatazos por el pecho. Mi tío, que ya está muerto, se llamaba Manuel Jacinto Villegas. Ahora ese hombre, que no lo voy a negar, dice que es un chavista, es de apellido Silva. Ese hombre torturó a mucha gente aquí cuando era de la DIGEPOL, ahora se la quiere echar de chavista...

Yo le voy a dar una idea, lo que quería hacer Argimiro Gabaldón, lo mismo que yo le hablaba ahora del señor Comandante Hugo Chávez Frías, él quiere hacer muchas cosas pero la misma gente no lo ayuda salir adelante, y eso mismo buscaba Argimiro, y el mismo debate que hay ahorita, eso se hacía en la revolución. Por eso yo le he dicho a la gente: “Eso viene desde hace mucho tiempo”. Las malas amistades y muchas cosas, mucha gente que fue a la montaña hoy es escuálida...





Cuando Jonás, desde lo alto de las montañas, sentía con Argimiro el olor a mojito de huevos con chicharrón y caraotas aliñadas con bastante cilantro...

Cuando se está en la montaña, los recuerdos afloran en la memoria con especial sensibilidad. Por lo general, esas imágenes del subconsciente se asocian o se confrontan con la experiencia que uno va teniendo en la vida diaria del guerrillero. Se recuerda a la familia, a los amigos, a veces aparecen en la película “fotogramas” con escenas que para uno resultaban intrascendentes como la del señor de la esquina que vendía periódicos, o como la de aquella señora que todas las mañanas cuando salíamos para la Universidad, nos la topábamos en el ascensor con un perrito para que hiciera cacas en el jardín del edificio.

Se recuerdan cosas que parecían insignificantes en nuestra cotidianidad, pero que habían quedado grabadas en nuestro subconsciente.

Los dialectos, por ejemplo, rondan permanentemente en los recuerdos cuando se anduvo por otros países, como le ocurría quizá a Jonás Castellanos, de Santa Ana de Trujillo, quien se había ido a Bogotá a estudiar Derecho. Pero, tiempos después, se vinculó a movimientos de izquierda liderados por el Partido Comunista y se incorporó a las FARC en el Caquetá, bajo la égida del Comandante “Tiro Fijo”, Manuel Marulanda Vélez. Luego retornó a Venezuela y se enroló en el Frente Guerrillero Simón Bolívar al lado de “Chimiro”, el “Comandante Carache”, Argimiro Gabaldón.

Cuando se está de guardia o uno se desplaza en las tareas diarias del guerrillero, ese silencio que por disciplina debe observarse va cargado de imágenes que de manera retrospectiva nos traen al presente la ciudad que dejamos atrás: los olores, la música tan pegajosa que escuchábamos a todo volumen en los autobuses, la voz afónica y nasal del vendedor de frutas y hortalizas que desde sus camiones comunica con altavoces, a los vecinos, las ofertas de sus productos.

Hoy Jonás Castellanos, en su “Librería Historia”, a media cuadra de la Plaza Bolívar en Caracas, en la esquina de Sociedad, revela por primera vez sus vivencias como jefe de escuadra guerrillera en los estados Lara y Trujillo:

En lo alto de la montaña, una mañana, ya amaneciendo, estábamos Argimiro y yo sentados en una inmensa piedra, los primeros rayos del sol iluminaban las distancias. Yo tenía el fusil montado como se hace cuando se está de guardia en la guerra. Todo estaba quieto, una helada y pertinaz ventisca humedecía nuestros rostros. El ruido de las hojas secas que arrastraba el viento nos mantenía ojo avizor. Veíamos a lo lejos las casas de los campesinos y desde una de ellas salía un humo tenue. Ambos nos quedamos pensativos, entonces Argimiro me dijo:

–Carajo, Jonás, en ese fogón debe de estar montado un mojito de huevos con chicharrón y unas caraoticas negras bien aliñadas con ají, cebollín y bastante cilantro...¡Ah diablo! ¿No se te hace agua la jeta...?

– Claro que sí –le contesté, porque la verdad es que se me aguló la boca.

En otra de esas ocasiones en las que salimos, porque salíamos a menudo juntos en labores de reconocimiento, me dijo: “¿Tú como que eres trujillano?”

Le respondí: “¿Por qué?” Me dijo: “Por tu forma de hablar”. Le contesté que sí y le pregunté: “¿Y usted, Comandante?”. Él contestó: “Yo también soy trujillano”.

Son cosas que se pueden contar ahora.

Argimiro me dijo: “Disculpa, ¿de qué parte de Trujillo eres tú?” Le respondí: “De Santa Ana”. Comentó que conocía allí a una persona de nombre Rafael Ramón Castellanos y a su cuñada que era maestra en Chabasquén.

Yo le dije: “Ése es mi hermano”.

–¡Caramba, no puede ser! –expresó; y me dijo: “Bueno, para tu conocimiento, so pena de muerte, –señalándome con el dedo en parte en serio y en parte en broma– yo soy Argimiro Gabaldón”.

Le manifesté que conocía a los Gabaldón de Trujillo, que conocía a Joaquín Gabaldón Márquez, que conocía a Edgar Gabaldón. Desde ese momento nació una bonita relación, él me distinguió con su amistad y confianza y quedamos sobreentendidos que él era Gabaldón y yo Castellanos, pero hasta hoy cuando lo vengo a contar, nadie más supo de ese pacto.

Una vez aparecieron unas pavas y salimos a cazarlas, Argimiro le disparó a una y la peló. Yo tenía un rifle 22 y le hice dos disparos a una distancia más o menos regular, el animal cayó. Entonces él me preguntó: “¿Epa, y esa buena puntería de dónde la sacaste?”. Le explique que había tenido mucha práctica con **flobert** y había estado por allá en la zona del Caquetá, en Colombia, donde agarré algo de precisión en las prácticas de puntería. Argimiro Dijo: “¡Basirruqui!, ahora tiene que andar conmigo para todas partes”. Y así sin una amistad estrecha pero con confianza sobreentendida, yo andaba con él.

Cosas que yo recuerdo.

Cuando bajamos de noche para cruzar El Río Tocuyo y avanzar sobre Humocaró, recuerdo una anécdota bien simpática con alguien que no he vuelto a ver y espero que esté vivo, un combatiente muy valiente y decidido, sobre todo muy prudente. Ya lo había conocido en El Guarataro, en las Unidades Tácticas de Combate, de nombre Daniel Linares Bracho. Tenía su seudónimo, por supuesto. Cuando íbamos a atravesar el río en una parte que no estaba tan ancha, se sentó para quitarse las botas, yo le dije que no, que avanzara, respondió que no quería dañar sus botas. Argimiro me hizo una seña y yo

monte el fusil. Cuando Linares Bracho escucho el traqueteo dijo: “¡Coño por las buenas sí!”. Y cruzó el río.

Seguimos hasta que llegamos a un campamento del MOP. Yo cubrí la retaguardia tenía un dominio casi total del lugar. Dos tipos dispararon con revólveres corriendo, los tenía apuntado pero pensé: “Ésta ya va en retirada, no vale la pena...”.

Allí en esa incursión, tomamos unos vehículos y avanzamos sobre Humocaró, después los atravesamos en un sector en la carretera para burlar al enemigo y poder llegar. En la toma del pueblo me tocó cubrir la retaguardia. Por cierto que hicieron resistencia, pero poca porque los cubrimos.

Recuerdo que allí un tipo saltó con el revolver en la mano. Yo estaba con dos compañeros y lo apunté pero me di cuenta que estaba en plena huida. El tipo miraba desesperado para todos lados porque no le quedaban cápsulas.

Por cierto nosotros llegamos calladitos, estaba todo en silencio. Un lugareño salió a la calle y caminaba por una acera alta, miraba como buscando algo, probablemente porque había escuchado algún ruido extraño, yo estaba con cuatro camaradas y lo tenía en la mira del arma. De repente me vio, entonces lo amenacé: “Quédese quietecito, ¡quieto ahí!” El hombre casi llorando dijo: “¡Ay! ¿Qué pasa?”.

Era el dueño de un negocio. Nosotros agarramos mercancía y le firmamos unos vales a nombre de la revolución. Empacamos sardinas, papelón, velas, una cantidad de cosas. Después empezó la plomazón, tomamos Humocaró y emprendimos la retirada.

Allí frente a la prefectura hubo un muerto de ellos. En los calabozos estaban unos presos y todos se fueron con nosotros, uno se quedó por que dijo que no podía dejar sola a su mamá que estaba muy enferma, le ordenamos que se quedara tranquilo ahí.

Avanzamos. Amaneciendo agarramos la montaña, recuerdo que uno de los muchachos llevaba una emisora, eran unos equipos muy pesados, a larga distancia nos detectaron y nos dispararon, pero no nos veían bien, sino simplemente el bulto. Nosotros les respondimos. Dos o tres personas nuestras cubrían la retirada, una de ellas, tenía una chaqueta roja, yo le hacía señas para que se quitara la chaqueta por que ese color se veía con facilidad y lo podían alcanzar con un disparo, él no se daba cuenta y al rato se la quitó. Le expliqué el error y le formé un buen saperoco.

Hubo plomo y plomo mientras la columna avanzaba. Íbamos buscando orientación y no sé si estábamos en la naciente del Río Tocuyo, cuando sostuvimos un encuentro con el enemigo. Pero recuerdo que antes habíamos visto una fruta, era un helecho, después supe que se llamaba Urupagua, pero creo que tenía otro nombre, los campesinos la llamaban de otra manera. Esa planta daba unas frutas pequeñitas como una uva o como una arveja o un garbanzo, sabrosa, yo me comí tres o cuatro, pero hubo un camarada que se comió varias prácticamente se hartó, y murió envenenado.

Yo creo que a estas alturas hay que darle reconocimiento a la valentía no sólo de nuestra parte sino del enemigo también. Recuerdo que en esa operación de retirada, un cabo era la avanzada del batallón de militares. Ese hombre nos tenía, no diría que copados totalmente, pero sí en ascuas. Nosotros tuvimos que atrincherarnos bien... Bueno, eso nos dividió, yo me quedé con dos hombres y deambulamos, deambulamos por la montaña. Traté de orientarnos y pensé: “Si éste es el Río Tocuyo, probablemente debemos estar en los límites con Trujillo”. – Continuamos avanzando durante varios días.

Avanzábamos día y noche pero nos desplazábamos más que todo por la noche. Atravesamos el páramo de Cendé, íbamos bajando cuando vimos el humito de las cocinas de unas casas. Dejamos las armas escondidas y nos fuimos a ver el lugar, allí nos dieron de comer. Con ese cansancio y con la comida nos quedamos dormidos. Cuando despertamos teníamos el cañón de un revolver y un cuchillo en el cuello. Los mismos campesinos nos llevaron caminando.

Por cierto, íbamos avanzando, en el camino yo veo unos cascos que se escondían, así, entre las piedras y digo para mis adentros: “Cónchale, la tropa”. Nos agarraron y nos llevaron para la comisaría de la concepción de Carache, allí nos golpearon fuertemente. Me acuerdo que vi una cara que se me medio pareció a un teniente asimilado que nos daba clases de música en el liceo de Trujillo, y le dije: “¡Fulano de tal!” Entonces me respondió: “Ni de vaina, yo no soy” –y me dio un culatazo.

Da la casualidad que el jefe de ahí sí me conocía y le informó a mi familia. Después nos llevaron a Carache, ahí no nos golpearon, sino simplemente lo tedioso de la espera con las manos esposadas y las restricciones a que está sometido un guerrillero preso.

Llegó más tropa, nos metieron en uno de esos camiones especiales de guerra y nos sentaron en la parte de atrás.

¡Claro, esposados!

El tipo que iba adelante al mando del camión lo mandó a parar. Yo pensé que nos iban a liquidar, el hombre vino hacia nosotros y me dijo:

–¡Carajo Jonás! ¡Cómo me echa usted esa tronca de vaina!

Era mi amigo el teniente Cristóbal Mendoza que llegó a coronel. Habíamos estudiado juntos. Me preguntó: “¿Te gustaría fumar?”. – Me quitaron las esposas y me llevaron un cigarrillo Belmont, que por cierto era la primera vez que lo veía. Conversamos un rato. Seguimos la marcha hasta que llegamos al cuartel en Trujillo. Allí estaba toda la tropa formada. Nos pasaron para un calabozo, esposados. Era Semana Santa, el comandante del cuartel vino con unos insultos pero después se suavizó un poco.

A Daniel Linares Bracho, que era el mayor de todos, lo llamaron y le dijeron: “¿Y este viejo qué hace metido en esta vaina con estos muchachos?”. Él respondió: “Bueno y qué voy a hacer...” –y otras cosas. Entonces, el militar le dijo: “¡No me grite!”. –“Yo no lo estoy gritando” –le respondió.

Luego se corrió la voz de quienes éramos y hubo un poquito más de consideración. No nos torturaron ni nada. Llegó un periodista, no recuerdo el nombre, y nos interrogaron.

Recuerdo que escribía en una máquina rudimentaria, y me dijo: “¡Caramba, Castellanos! Yo conozco a toda tu familia”. – Se trataba de un periodista que trabajaba de manera accidental como secretario de guerra.

Estuvimos ahí unos días. Cuando salimos estaba toda la tropa formada con bayoneta calda y el comandante nos dijo con cierto tono amigable: “Bueno, agradezcan que aquí no los matamos pero en Caracas no los van a pelar, allí sí los van a raspar”.

Al final de ambas columnas de tropas me encontré con Alejandro Sánchez Cortés, que era Secretario General de Gobierno, nos saludamos, pero quien me ayudó mucho fue el doctor Falcón Campíns, esposo de Dora Maldonado; ella también me visitó. Él cuando me vio hizo como que no me conocía yo hice lo mismo. Me saludó utilizando elementales normas de disciplina militar, pero después conversó con los altos oficiales y les dio referencias favorables sobre mi persona.

Bueno, nos trajeron a Caracas y nos recluyeron en el SIFA, allí ocurrió una cosa muy curiosa: nos dejaron en un pasillo largo, con poca luz y solos. A mi me metieron en un calabocito. En ese pasillo había uno que me miró y entonces yo le hice señas para que actuáramos como si no nos conocíamos. Era de apellido Cedillo, que trabajó bastante tiempo aquí en la Contraloría. Creo que se llamaba Víctor José, muy locuaz, con mucho sentido del humor, muy amigable. Vi a otros que iban llegando.

A mi calabocito me metieron a un italiano casi llorando que me dice: “Coño camarada, ¿a qué célula perteneces tú?”.

Yo le dije: “¿A qué célula de qué?”.

–A la célula del partido.

–¿Qué partido? – le respondí a secas, con cara de confundido.

–El Partido Comunista –dijo.

–Tú estás equivocado, yo no soy de ningún partido.

Entonces me preguntó si yo sabía jugar ajedrez.

–No mucho, un poquito – le dije.

Sacó un ajedrez hecho de papel como laminado parecido al que traían las cajas de los cigarrillos. Las figuritas arruinadas con todas las características de un tipo que llevaba bastante tiempo preso, nos pusimos a jugar y tratando de tomar confianza me preguntó: “¿Por qué estás aquí?”.

–No sé, yo estoy sorprendido...

–Coño, pero te van a torturar...

–Si es que yo no he hecho nada. Ni siquiera sé por qué me tienen aquí.

Seguimos conversando. Muy temprano en la mañana me llamó creo que el director o subdirector del SIFA, no sé si era coronel o comandante, de apellido Márquez Añez. Me preguntó si había desayunado, le respondí que no.

–¿No te provocan unos huevitos fritos con jamón y arepa?

–¡Claro que sí!

Entonces llamó a un soldado y le dio la orden. Cuando el soldado vino con los dos desayunos él me dijo: “Si quieres cambiamos de platos para que no vayas a pensar que te vamos a envenenar”.

Después que desayunamos me dijo: “Castellanos, yo conozco a tu familia. Lamento que estés aquí. Por lo menos cuenta con mi ayuda”. Después me propuso: “¿Y qué tal si salimos por ahí, de noche, nos echamos unos traguitos?”.

Yo detuve mi respuesta. Luego comentó: “Yo sé como es la disciplina de ustedes. Mejor es que no, porque de repente te fugas y yo me meto en un problema”.

Después nos pasaron para el Cuartel San Carlos, de ahí al Castillo de El Vigía en La Guaira. Allí se montó un Tribunal Militar Accidental y entonces nos leyeron las sentencias. La mía: Castellanos Villegas Jonás José: dieciséis años, ocho meses, y él interrumpió al que leía la cuestión diciéndole: “Eche el resto”. Bueno de vaina no le dieron unos culatazos, hasta lo amenazaron.

De La Guaira a algunos los trasladaron para la Isla del Burro. A mi me soltaron. Custodiado por la Guardia Nacional, bajamos en un auto de doble tracción, desde el castillo a la avenida principal de La Guaira. En la prolongación de la autopista y bajando del carro de la guardia estaba ahí la DIGEPOL, esperándome. Un cabo de la guardia montó el arma para que no le quitaran al preso, sin embargo, me montaron en la patrulla. Por cierto, me acuerdo que entre los digepoles estaba Orlando García, que creo era quien comandaba la operación, y andaban también dos portugueses que trabajaban para la DIGEPOL, los hermanos Corao.

De ahí me trajeron para la DIGEPOL de los Chaguaramos, en Las Brisas. A mi hermano Rafael Ramón lo dejaron pasar y a una amiga que estaba casada con un primo mío, Juan Cortez Pérez. Ella conocía a Erasto Fernández e intercedió por mí. En la conversación se refirió a su primito Jonacito, que era muy bueno. Erasto tocó un timbre y dijo: “Tráiganme la carpetita de Jonás Castellanos”. Al rato llegó el tipo con una carpeta de este tamaño, que le costaba levantarla. Entonces Erasto mostrándosela le dijo: “¡Mire ahí! Las travesuras de su primito”.

Después me soltaron y me incorporé otra vez a las unidades de combate. Recuerdo que participé en algunos acontecimientos como el hospital de Ciudad Bolívar, que lo tomamos para sacar a un camarada. Bueno, el enfermo salió y nosotros caímos presos porque la ambulancia no prendió. El chofer al que se la quitamos le había hecho una trampa y el motor no arrancó. Ahí nos agarraron y nos dieron de palos, duro. Pero esa actividad la hice con otra gente, con comandos que operaban en la ciudad.

En aquel entonces la prensa ejercía un papel muy importante, si uno caía preso y esa detención quedaba en el anonimato, a uno lo podían desaparecer o matar y nunca se sabía nada. Pero si la noticia la publicaba algún

periódico había un trato distinto porque el gobierno se cuidaba de ser acusado, por crímenes, ante los organismos internacionales. Eso fue lo que nos salvó en Ciudad Bolívar, nos tenían listos para liquidarnos pero la noticia salió publicada en la prensa.

Un distinguido de la policía prácticamente nos salvó la vida.

Ocurre que días antes yo andaba clandestino y un paisano, José Ramón Graterol, que trabajaba en la construcción del puente sobre el Orinoco, en Ciudad Bolívar, me había visto. Nos saludamos pero él no sabía en lo que yo andaba. Graterol había conocido a ese policía en Tumeremo y él fue quien le dio la noticia, le dijo: “Un paisano tuyo de apellido Castellanos cayó preso” – y le contó mi situación. Graterol se las ingenió para avisar e hizo que la noticia se publicara en Clarín.

La vida de uno está llena de anécdotas, sobre todo a nivel de paisanos, los trujillanos somos muy solidarios. Recuerdo cuando estaba preso en el Cuartel San Carlos. Creo que fue la primera vez que nos sacaron al patio. De repente veo en el tumulto al Teniente Martorelli, gran amigo y compañero de estudios. Me emociono y pienso: “Por lo menos un oficial amigo”. – Entonces, le grité:

–¡Martorelli!

–¡Epa Jonás!

–¿Estás de guardia aquí?

–¡No pendejo, estoy preso también!

Los soldados no dejaron que nos acercáramos: “Hasta ahí, hasta ahí”.

Por cierto, en esas crónicas que hacen y en los nombres de combatientes para misiones, calles, etcétera, se ha olvidado a Rafael Antonio Martorelli; como también a una camarada de toda la vida que es un símbolo en la Universidad Central, Rebeca Jackert.

Creo que a ella se le recuerda pero no se la he hecho el honor correspondiente a su entrega total a la lucha revolucionaria.

Los campesinos eran factor clave para nosotros tanto por el abastecimiento como por sus conocimientos de la zona. Muchos de ellos cayeron presos, los torturaron y los mataron. Siempre he pensado que se trata de un sector que desde la época de Pío Tamayo y del alzamiento del General Gabaldón, opera en su mente una especie de ascendiente. A pesar de no poseer

una formación ideológica profunda, tienen muy claro el concepto de la lucha como forma política de liberación.

El campesino con el que nosotros nos relacionamos tenía dos cualidades extraordinarias: era valiente y generoso. Otro elemento importante es la discreción. Pareciera que estuviera entrenado para la lucha clandestina porque actuaba con toda normalidad. Yo diría que era una vanguardia de información casi perfecta.

Nosotros en la montaña realizábamos reuniones de discusiones políticas. A veces llegaron a alterarse un poco los ánimos, porque había posiciones encontradas sobre la predisposición o las condiciones de la lucha armada. Algunos para argumentar sus posiciones negativas opinaban que no estaban dadas las condiciones para tomar el monte. Pero Argimiro estaba claro en su cosa, como también algunos de nosotros que coincidíamos con él. Fueron muy pocos, una o dos personas, a las que se les retiró del frente, inclusive, por su propia voluntad. Hubo uno que se fugó y después me lo encontré aquí en Caracas. Él se fugó pero vino a la ciudad y se incorporó a las unidades tácticas, porque le pareció muy fuerte el asunto allá en la montaña. Yo salí a buscarlo con tres camaradas más y lo vimos bien lejos llegando abajo, entonces, dijimos: “Que se vaya, de todas maneras le costará llegar”. No se como hizo pero el hombre llegó a Caracas.

Hasta ahora yo no he revelado mi nombre de guerra, eso quedó en los archivos cerebrales, porque esas informaciones no se escribían, se guardaban en la memoria. Me incorporé a la lucha armada después de haber estado aquí en Caracas en las Unidades Tácticas de Combates (UTC). Traía la experiencia de Colombia, porque ya a estas alturas eso se puede decir. Sobre todo ahora que está en plena vigencia un conflicto internacional donde la FARC tienen reconocimiento internacional, independientemente de la posición del gobierno colombiano que preside el señor Álvaro Uribe Vélez.

Se puede hablar de que yo traía cierta experiencia de la lucha guerrillera en Colombia, donde fuimos varios estudiantes que estábamos incorporados a la Juventud Comunista de Bogotá. Algunos regresaron a Venezuela y otros fuimos al frente guerrillero en el Departamento del Caquetá.

Traíamos esa experiencia más que todo de entrenamiento y de formación ideológica, como de compartir con los campesinos, vivir con ellos,

compenetrarnos con sus necesidades, sus aspiraciones, la honestidad y la capacidad de organización y combate que eran imprescindibles.

Con esa experiencia ingresamos, uno al frente en formación en el sector La Azulita del estado Mérida, el camarada Augusto Vergara, y yo me incorporé al Frente Simón Bolívar en el estado Lara.

Ya en Lara, después de muchas peripecias para el desplazamiento con muchas medidas de seguridad, hicimos los contactos en Barquisimeto. Nos trasladamos a otra parte y en ese sitio nos colocaron unas vendas en los ojos. Avanzamos, avanzamos, avanzamos, hasta que a altas horas de la noche, tal vez de madrugada, se detuvo el carro en un lugar de la carretera y nos quitaron las vendas. Caminamos, caminamos y después fue que yo supe que estábamos a las orillas del Río Tocuyo. De ahí avanzamos, nos quedamos en las casas de unos campesinos, nadie sabía que estábamos allí, ellos nos llevaban comida y por la noche nos movilizábamos hasta que llegamos al campamento en plena montaña.

En la primera entrevista que tuve no estaba todavía Argimiro en el lugar. Al frente del comando estaba Gregorio Lunar Márquez, con quién hablé y según lo que le expresé me dijo: “Quedas al mando de una escuadra”. Por cierto que días pasados hablando con él le pregunté: “¿Tú me asignaste ocho hombres?” Y él me respondió: “¡No, te asigné diez!”

Yo empecé a entrenar al grupo, asistíamos a reuniones de formación política y entrenamiento. Después llegó Argimiro, El Comandante Carache. Seguimos con el entrenamiento militar y las discusiones políticas, él seguía las instrucciones del Comité Central del Partido. Eran conversaciones de mucha lógica de interpretación y de desempeño en la actividad guerrillera. Estuvimos un tiempo ahí entrenándonos, salíamos a buscar comida, la conseguíamos a través de los campesinos y particularmente de un viejito que nunca se me olvida, porque a su edad llamaba la atención la capacidad física que tenía para desplazarse desde la casa que estaba abajo en las márgenes del Río Tocuyo, hasta arriba cerca de la montaña.

Ése era El Gavilán. Yo hice amistad con el viejo porque como comandante de la escuadra me correspondía recoger el abastecimiento. Era un hombre simpático, muy hábil, que no dejaba sospechas de nada, sabía lo que estaba haciendo.

De la gente que estuvo con nosotros en la montaña en aquellos momentos que hoy está activa en la vida pública y en la política que yo recuerde puedo citar a Gregorio Lunar Márquez, Edgar Rodríguez Sarralde el “Catire”, Carlos Mendoza Potelá, Daniel Linares Bracho, Alwinson Querales, Daniel Álvarez “el español”, Eduardo Liendo el escritor, Oswaldo Urbina, William García Inchausty, Oscar Cedillo y algunos otros nombres que se me escapan de la mente en estos momentos.

Fíjate lo que está sucediendo ahora. El despertar de un pueblo, la claridad política ante las circunstancias internacionales y la predisposición nacional a luchar contra el imperialismo y fortificar el sentido de la nacionalidad y la venezolanidad.

Y del grupo que estuvo en la escuadra que yo comandaba recuerdo que han muerto dos. A uno lo mataron y al otro no sé, creo que también lo mataron.

Recuerdo una anécdota con un campesino que creo que mató a una o dos personas y se incorporó a la guerrilla, lo asignaron a mi escuadra. Lo recuerdo muy callado, con un sombrero marrón y flux de caqui. Claro la diferencia entre la vida campesina y la de los ciudadanos era muy grande. Por eso dicen que para uno volver a ser campesino tiene que estar de nuevo en el campo, por lo menos ocho años. Este hombre comía muy lento a diferencia de los demás de la escuadra que prácticamente devoraban la comida. Yo me quedaba mirándolo y pensaba: “Será que a este hombre no le gusta la comida”.

Después lo desincorporaron y una noche antes de irse se despidió de mi diciéndome: “Mire Comandante yo a usted le tenía mucha arrechera”. Le respondí: “¿Por qué? Si aquí le dimos trato igual que a los demás”. Entonces dijo:

–Es que usted me miraba muy feo la comida...



ARGIMIRO NOS GUIÓ A LO QUE ERA LA GUERRA DEL PUEBLO

La entrega sin mirar costos es condición propia del revolucionario auténtico.

Esa, quizá, sea una cualidad que caracterizó a jóvenes universitarios de los años sesenta que, como Juan Carlos Parisca, mochila al hombro, más libros que otra cosa e imbuidos en principios ideológicos progresistas, optaron por dejar el aula universitaria para incorporarse al Frente Guerrillero Simón Bolívar, que encabezaba en las montañas de Lara, Argimiro Gabaldón.

A mi me parece muy importante la ideología de Argimiro Gabaldón, dentro de esa ideología estaba la concepción de la guerra del pueblo. Lo que estamos viendo hoy, después de tantos años, confirma totalmente esa percepción. Esas ideas calaron tan hondo que hoy son sustento del proceso revolucionario.

Argimiro, desde que nos incorporamos a las luchas aquí, en el valle del Yacambú, nos metió en la cabeza que había que ganarse, poco a poco, la simpatía y confianza de las masas. Que no era una cuestión de pocos meses lo que estábamos haciendo.

Nosotros, los venidos de Caracas, de la Universidad Central, veníamos imbuidos de la concepción cortoplacista. Creíamos que todo iba a ser fácil. Rápido. Pero, naturalmente, nosotros nos empezamos a dar cuenta de las carencias que había hasta en nuestra propia conducta, en nuestra propia cultura. De que si queríamos construir un ejército de masas, teníamos que comenzar por transformarnos nosotros mismos y adaptarnos a las necesidades del medio.

Bajo la dirección de Argimiro nos organizamos en grupos pequeños, porque los grupos grandes eran difíciles de mantener y atraían inmediatamente la mirada del enemigo.

En el valle del Yacambú hubo diversas agrupaciones, pero la primera de ellas fue la que se organizó en el caserío de Cerro Blanco. Detrás de ese caserío está la Fila de Miracuy y allí se creó primero una concentración donde Argimiro recibió gente, entre las que vinieron Antonio Díaz “El Gavilán” y Pedro Duno, “Horacio”, el profesor de la U.C.V. Allí habían estado haciendo trabajo político por el Partido Comunista Pedro Alastre, Donato Carmona “Breto”, Joel Linares “El Taparo” y Marcelo Vásquez. Por allí llegamos nosotros en el 63, junto con otros camaradas: Tirso Meléndez “Elías”, “Calandro”, “El Medico”. Y de allí nos desplazamos hacia occidente, por la Fila de Miracuy. Quedó un grupo pequeño en las cabeceras de Cerro Blanco, para mantener una presencia viva en la región.

De allí salieron los cuatro primeros baquianos del Frente, por los que guardo un carísimo recuerdo: Amadeo Rivero “Rafael Miracuy”, quien estuvo con Argimiro hasta su muerte; “Castaño”, el único que todavía vive; mi baquiano por dos años, “Luzbel” y “Villapol”.

Nos fuimos expandiendo hacia occidente. Con nosotros iba el lugarteniente de Fabricio, “Comandante González”, Pedro Medina Silva, no el

militar, pero que tiene ese mismo nombre. Era un dirigente nacional de URD, que estuvo en la primera incursión de Fabricio en la zona de Santa Marta y María Lionza (de Lara). Y dejó unas raíces muy importantes. Ese grupo, acompañó al Gavilán en su camino hacia los Humocaros. Tiempo después acompañó a Juan Vicente Cabeza, “Pablo”, que pasó por aquí con un contingente que iba hacia el Charal. Recuerdo que lo dejamos en el Río Morador.

A Juan Vicente, mi amigo de la Universidad Central, lo acompañamos hasta el Río Morador, otro de los ríos memorables de estos recuerdos. El Morador nace en la Sierra la Portuguesa, en el Municipio Morán de Lara y desemboca, ya en el llano, en el Río Portuguesa. Nosotros lo atravesábamos siempre en camino hacia occidente, hacia la región trujillana.

Allí, en la zona donde había estado Fabricio se formó otro grupo dirigido por el Comandante González. Perduró allí por mucho tiempo. Por cierto, tengo años que no lo veo. Ojalá que lo traigamos al Festival de la Montaña Mágica, aquí en Sanare. Él quedó como jefe y su segundo al mando era Gilberto Matheus, “Espartaco”. Un camarada muy querido que ha estado recientemente por aquí.

Ellos estuvieron allí en otro grupo pequeño como el que quedó en el Yacambú y, en el medio, formamos otro grupo, en las cabeceras del caserío Santo Domingo, que está antes de llegar al Río Morador. En una montaña muy alta, donde vivía Juan Vargas, un campesino que había sido luchador desde la época de Montilla. Él nos narraba sus aventuras juveniles bajo el mando del General Rafael Montilla, el indio, el Tigre de Guaitó.

Juan Vargas tuvo que huir de Guaitó en la época de la persecución cuando Gómez, después de la gabaldonera. Se fue hacia los Humocaros. Allí fue perseguido cuando Pérez Jiménez y se vino con su familia a vivir en lo más alto de Santo Domingo, donde nosotros fuimos a buscarlo. Naturalmente, recibimos de él un gran apoyo que nos permitió crear una presencia que nos ganó el favor de todo ese caserío. Juan Vargas, resistió la persecución, se metió en la montaña varias veces junto con nosotros, algunas veces junto con toda su familia. Murió antes de la bárbara represión del año 1965.

Como ves, para ese entonces se habían formado tres grupos. Argimiro los llamó “escuadras”. Los primeros jefes de escuadra éramos “Pedro Calajía”, un dirigente sindical del Partido Comunista, en el grupo de Cerro Blanco, el

Comandante González, en el grupo de Maria Lionza, y yo en Santo Domingo. Esa pequeña organización después fue la Brigada 31.

Argimiro se movía libremente, recorriendo todo el Frente. Bajaba a la zona de El Tocuyo, donde el Partido era muy fuerte. Tenía gran flexibilidad. Con él iban siempre Rafael Miracuy y “El Paisa”, un andinito del Táchira, también muy buen baquiano. Le dio el grado de teniente de la FALN.

De esa formación salimos a explorar otras regiones. Yo hice una larga hacia el sur, hacia Ospino, llevando como baquiano a Tiburcio González, “Castaño”. Así abrimos una nueva ruta por la montaña, por donde metimos comida y gente. Por allí salieron los heridos de la acción de Villa Nueva, en el 64. Esa región nos sirvió de alivio por mucho tiempo. Era de clima más benigno. Mas seco. Había mucho ganado. Comíamos carne. Algunos ganaderos de Portuguesa sabían que andábamos por la zona pero mantenían el secreto. No les importaba que de vez en cuando nos comiéramos una res. Aprendimos a aprovechar toda la carne. A salarla y ahumarla para que nos durara. Esa técnica nos la enseñó un guerrillero de Sanare que había sido carnicero, Rito Martínez, “Villalobos”.

La táctica de mantenernos en grupos pequeños y reunirnos para combatir con el enemigo nos permitió perdurar en el tiempo. Recuerdo acciones con grupos grandes en las tomas de Córdoba, la estación de Ospino y Villanueva. En la emboscada de el Cepo. Tan es así que todavía la manteníamos después de la división del Partido, cuando nos reunimos por unos meses con la Columna del Frente José Leonardo Chirinos, que pasó por el Yacambú con Douglas Bravo, Luben Petkoff, el Catire Larralde y los internacionalistas cubanos bajo el mando de “Antonio”, el General Ochoa y sus compañeros.

Esa experiencia. Esos recuerdos y el cariño de la gente que nos conoció o supo de nosotros, es el fermento de ese movimiento tan fuerte que perdura y permite asentar ahora el socialismo, a través de la Comuna Argimiro Gabaldón.



Cuando Cheo vendía Clarín y la Pava Macha y lo detuvo la DIGEPOL en la Plaza Venezuela...

De humilde procedencia José Rodríguez “Cheo”, provinciano pie de montino de la Cordillera Andina, había llegado a la gran ciudad, en los años sesenta, ilusionado por llegar a la cima, colocarse como otros jóvenes de su pueblo, Boconó, estado Trujillo, su toga y su birrete. Con el propósito de alcanzar esa meta y darle tal satisfacción a su madre, ingresó a la Escuela de Ingeniería de la Universidad Central de Venezuela.

El adolescente José culmina sus estudios de bachillerato. Había superado las bondades que en el campo de formación de conocimientos le ofrecía el pueblo donde vivía, Boconó. Durante los estudios para graduarse de bachiller había conocido profesores que, por su militancia política, sembraron en él inquietudes revolucionarias. Su sensibilidad, producto del origen humilde, le decía que el país no podía seguir así, que había que cambiar. Las charlas y conversaciones extra cátedra con sus profesores le aportaban respuestas a sus preguntas y le generaban otras inquietudes. Así vino la militancia en la política, actividades de las células, realizar las primeras incursiones en causas revolucionarias, pintar paredes con consignas reivindicativas y contra el gobierno. Muchas de esas consignas llegaban más allá, hasta la denuncia de acontecimientos internacionales: se protestaba contra la muerte del líder africano Patrice Lumumba o contra la insaciable voracidad del imperialismo norteamericano engulléndose nuestras principales riquezas no renovables. Por las noches se escuchaba Radio Habana Cuba y se leían publicaciones que llegaban a través del Partido Comunista.

Así, cuando el joven José llega a Caracas para matricularse en la Universidad Central de Venezuela, viene con ideas formadas acerca de la situación que imperaba en el país en manos de gobiernos disfrazados de democráticos que había que combatir. Ya en Boconó, estado Trujillo, había surgido en él ese espíritu combativo y sensible a causas nobles. Su vínculo con políticos de izquierda le habían hecho conocer el mapa político elaborado por los revolucionarios de entonces. Muchas habían sido las paredes que José había pintado con consignas revolucionarias y hasta había perifoneado por las calles de Boconó, en autos que uno u otro profesor facilitaba, para invitar a asambleas populares o a algún acto con motivo de la visita de un dirigente político proveniente de la capital de la República. E incluso ya José había pisado los calabozos de la policía y hasta de la cárcel más cercana, la de Trujillo, bien como preso por manifestar contra la conducta antidemocrática del gobierno o de visita para atender a algún compañero detenido por causas revolucionarias.

José, se inscribe en el partido Unión Republicana Democrática (URD). De manera que cuando llega a Caracas para estudiar en la UCV es urredista y se conecta de inmediato con sus compañeros de partido, lo cual era una gran ventaja para cualquier joven provinciano porque la militancia genera cierta

seguridad e incluso estabilidad ya que por lo general se fundamenta en la solidaridad.

En su casa, sus familiares respetaban las decisiones de José porque había antecedentes de luchas revolucionarias de algunos de sus antepasados.

Mi mamá, Julia Rodríguez peleó contra la dictadura de Juan Vicente Gómez, en los años treinta, al lado del general José Rafael Gabaldón. Así que cuando me fui a la montaña a combatir en el Frente Guerrillero Simón Bolívar que comandaba Argimiro Gabaldón, mi vinculación con la familia Gabaldón no era nueva.

Mis primeras incursiones en la guerrilla de montaña las tuve en la brigada 21 en los Humocaros, pero yo me incorporé a la guerrilla en Caracas, después que me pusieron preso en la Plaza Venezuela vendiendo los semanarios Clarín y La Pava Macha. Esos periódicos nos los daba José Vicente Rangel para que recaudáramos finanzas para la lucha política, a mí me comisionaron como responsable de la distribución. La gente era solidaria con nosotros y por lo general cuando pagaba con un billete decía que nos quedáramos con el vuelto. Algunos de los compañeros al momento de entregar el producto de sus ventas lo hacían en base al número de ejemplares que habían recibido y dejaban para ellos el sobrante proveniente de la solidaridad. Por eso a veces yo tenía que ir a vender los periódicos, hasta que caí en manos de la DIGEPOL. En ese momento yo era estudiante de Ingeniería, como militante de URD colaboraba con los urredistas de izquierda, entre ellos José Herrera Oropeza (Cheíto), nacido en Carora.

Bueno, al no más salir del edificio Las Brisas, donde me tenía preso la DIGEPOL en Los Chaguaramos, cogí el monte. En aquél momento era mejor estar libre en la montaña que en la ciudad al acecho de la policía. Pues si no te agarraba el SIFA, lo hacía la DIGEPOL, o la DIM. Había muchos paramilitares buscando izquierdistas por todas partes, cualquier sospechoso iba preso.

Recuerdo que cuando estudiaba bachillerato y me hice militante de la izquierda uno de mis profesores era el poeta Ramón Palomares. Él militaba en el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria), nos enseñaba mucho sobre libros necesarios que debía leer cualquier revolucionario, incluso nos daba clases para aprender a leer en voz alta, eso de la respiración. Era un hombre muy querido por los estudiantes. Yo estuve preso con él en Boconó, de allí nos

trasladaron a la cárcel de Trujillo, éramos como cincuenta entre estudiantes y políticos veteranos.

Recuerdo también que en ese momento, cuando estábamos en la cárcel de Trujillo, ocurrió el golpe militar en Puerto Cabello, “el Porteñazo”. Cuando nos enteramos, el poeta se puso bravo y dijo: “¡Caramba, por qué no avisan! A uno lo matan aquí sin poder hacer nada. Hemos podido haber muerto como unos pendejos...”.

Los estudiantes en Boconó hicieron una huelga, cerraron el liceo y como dicen en criollo formaron la “sampablera”. Los muchachos habían planeado tomar la carretera para aislar al pueblo como presión para que el gobierno pusiera en libertad a Palomares. Cuando nos pusieron presos a varios estudiantes ya yo había salido del liceo, pero andaba por ahí agitando antes de irme a Caracas. Andábamos en un trabajo clandestino y nos descubrieron porque íbamos en el carro del poeta Palomares, un Volkswagen blanco que estaba muy “rayado”, la policía lo conocía desde lejos. Al no más vernos nos puso la mano. Después de varios años nos volvimos a encontrar, entonces formábamos parte en Caracas de la Comisión de Promoción y Cultura de las FALN.

En la guerrilla me tenían varios apodos, me llamaban “Pelo e rata”, pero mi nombre verdadero de guerra era Aníbal. También me decían “Miquilena”, por mi origen urredista, sobre todo los camaradas del PCV que se creían los más puros. Pero yo no estaba con Miquilena, estaba con Horacio Scott Power, que era un dirigente obrero revolucionario.

Las primeras reuniones para formar la guerrilla tuvieron lugar en Boconó, entre los años 60 y 61. Ya se había experimentado con algunos focos armados de La Azulita del Estado Mérida. Para mí, en Trujillo Argimiro Gabaldón dio demostraciones de sus habilidades como organizador político-militar. Fue reuniendo a gentes de todos los partidos. No fue sólo gente del PCV, no, allí se reunió gentes de URD y del MIR. Se formó lo que llamamos el triángulo negro. Ese nombre se debió a que el color negro representa a todos los colores, pega con todo. Entonces como allí entró todo el que tenía una concepción revolucionaria, no importaba el color de su partido, se le dio esa denominación.

Argimiro tuvo la gran visión selectiva. A mí me encomendó que fuera buscando muchachos que tuvieran liderazgo en la juventud y que se

distinguieran en sus medios por sus actividades como revolucionarios. Él estaba en Biscucuy, donde se desempeñaba como profesor en el liceo. Argimiro era un líder que captaba mucho la simpatía de la juventud, era buen conversador y accesible a los jóvenes, no se cerraba ante cualquier pregunta que se le hiciera, era simpático y ameno en el trato. A los muchachos les gustaba ir a la hacienda Santo Cristo porque él los recibía con los brazos abiertos.

El general José Rafael ya no estaba allí, se había mudado para Caracas. Yo lo conocí personalmente cuando él iba a Biscucuy y a Boconó, porque mi mamá me llevaba a saludarlo. Pero en Santo Cristo nunca llegué a verlo, allí quien estaba era Argimiro. Argimiro nunca planteaba cosas de gobierno sino del sistema, eso es lo que yo recuerdo. Él decía que lo que teníamos era un sistema capitalista disfrazado de democracia que de por sí, por su esencia misma, es injusto. Ese sistema nunca podría ser revolucionario, decía. Porque está desligado de los problemas fundamentales del obrero y el campesino. Para ese momento, ya se había establecido el Pacto de Punto Fijo entre AD, COPEI y URD.

Cuando yo me fui a la montaña Argimiro reclamó que no le hubieran participado mi incorporación a la brigada 21. Luego me trasladaron por decisión suya a la 31 que él comandaba.

Pero a pesar de tantos sacrificios importantes de vidas de compatriotas comprometidos con ideas nobles, las cosas como que no cambian, siguen igual. Yo creo que el pueblo necesita mucha educación y estrategia revolucionaria, el pueblo en sí es revolucionario porque finalmente es el que lleva el peso de las injusticias, vengan de donde vengan y entonces lucha por combatir esas injusticias. Es el pueblo, el proletariado, el que hace las revoluciones, el que se inmola por una causa justa que es su propia causa. Esos conceptos y criterios los discutíamos con Argimiro y de él aprendimos mucho.

Yo no pude seguir estudiando en la universidad, entregué todo a la causa revolucionaria. Todavía a estas alturas de mi vida y del desarrollo que ha alcanzado el país sigo creyendo que la base de todo cambio revolucionario está en la educación y formación revolucionaria del pueblo. Por eso mi interés está centrado en la creación de una escuela para la formación política del pueblo, en Sanare y a lo largo de la montaña hasta los Humocaros. Una escuela de cuadros

para formar hombres éticamente para la revolución. Gente con principios y moral revolucionaria, lo que nosotros llamamos la moral comunista...



Cuando María Cristina Camacho, siendo una niña, disparó con un arma guerrillera y dio en el blanco...

Momentos difíciles los de la Venezuela de principio de los años sesenta, cuando descontentos con la forma arbitraria de gobernar del presidente Rómulo Betancourt, jóvenes, estudiantes, campesinos, obreros e intelectuales, se declararon en rebeldía y optaron por la creación de grupos armados para combatir al gobierno en escenarios urbanos y rurales.

Peleaban por un sueño: vivir en un país donde se respetaran derechos ciudadanos elementales, como la vida, que tras la figura de suspensión de garantías eran violados con absoluta impunidad.

La persona que se vinculase de una u otra forma a los grupos revolucionarios ponía en peligro su vida y la de sus familiares. Así, muchos inocentes murieron, estuvieron en prisión o sufrieron macabros allanamientos en sus hogares.

María Cristina Camacho era una niña en 1963, año en el que se realiza su primer contacto con la guerrilla en las montañas de Cerro Blanco, estado Lara. Desde ese momento, tanto su vida como la de sus padres y abuelos se constituyeron en blancos posibles para que la policía y el ejército, dieran cumplimiento a la decisión emanada del Palacio de Miraflores, sitio desde donde Betancourt articulaba las cuerdas de sus marionetas que se movían vilipendiando y matando a su pueblo.

Ese primer contacto ocurrió en la casa donde vivía Marcelo Vásquez, en Cerro Blanco. Ahí siempre se hacían reuniones, los guerrilleros bajaban de la montaña y se reunían con la gente.

Un día me invitaron a mí. Ellos les daban remedios a los campesinos que estaban enfermos, le daban ropa y bolsas de comidas a la gente que era muy pobrecita y daban charlas también. A veces se pasaba todo el día divertido, hablando de todo un poco. Nos sacaban fotos y nos daban también entrenamientos de armas.

Yo conocí a Argimiro Gabaldón. Recuerdo que nuestro último encuentro fue en la pata de la montaña en Cerro Blanco. En ese momento, como era costumbre, hablamos de la revolución. Me dijo que él quería un pueblo mejor que el que teníamos en aquél momento, que él luchaba por un pueblo donde no hubiera tanta pobreza y donde todo fuera distinto, donde todos pudiéramos vivir en paz, sin tantas miserias, donde hubiera igualdad de oportunidades, no donde sólo los ricos mandan y los pobres obedecen. Me dijo que su lucha era por lograr un país de igualdad y hermandad en el que todos nos quisiéramos como si fuéramos familia. Argimiro era una persona espectacular, muy sencilla, trataba con todo el mundo, buscaba el bien para todos, era así como un padre, siempre dándonos consejos, siempre buenos consejos, procurando lo mejor para todos.

Una vez en las prácticas de tiro yo apunté con el arma y le di al blanco. Entonces, él se interesó por mí. Preguntó si estaba estudiando y dónde estaba estudiando, y le dijo a mi mamá: “Ésta es una muchacha muy inteligente y

merece que se prepare bien”. Le dijo a mi mamá que la guerrilla nos iba a ayudar, no en adopción ni mucho menos, sino que nos ayudaría para que yo estudiara y cuando fuera una mujer preparada regresara para que velara por mi familia y trabajara por la revolución. Pero era para mandarme a estudiar a Caracas y mi mamá dijo que no porque le parecía que era muy lejos de Caracas acá donde nosotros vivíamos, ella pensaba que si me dejaba ir no me iba a ver más.

El dijo: “No, en absoluto. Nosotros no se la vamos a quitar para siempre, sólo queremos prepararla para que venga a seguir luchando aquí como generación de relevo.

Yo aprendí a disparar ametralladora y fusil. La verdad es que tenía muchas ganas de que mi mamá y mi papá me dejaran ir para Caracas. Pero, en ese tiempo, ¿cómo le digo?, uno era muy campesino, porque los papás no dejaban a uno solo para nada. Mi mamá decía: “Ella es la mayor y la que me ayuda aquí con los más pequeños y la que me ayuda en el trabajo, entonces cómo la voy a mandar por ahí tan lejos”. Yo le decía a Argimiro: “Sí, dígame, dígame, sígame diciendo hasta que la convenza”. Pero él fue respetuoso y no volvió a tocar el tema.

Pero vino ese proceso de militares por todas partes persiguiendo a la gente, supiera o no de la guerrilla. Los soldados se la pasaban prácticamente aquí día y noche. Eso era terrible, ya no se podía vivir. Allanamientos y más allanamientos. Se llevaban a los hombres y no se sabía ni siquiera para donde. Entonces Argimiro se tuvo que alejar para la montaña arriba donde los soldados no podían llegar porque eran muy intrincadas.

De repente, si eso no hubiera pasado, quizá con el tiempo a lo mejor, sí me hubiera ido, porque hubiera insistido hasta convencer a mi mamá para que me dejara ir. Pero vino todo eso y la mayoría de la gente se mudó del sitio, otros se fueron para los pueblos. Ahora lo que queda en Cerro Blanco son los puros recuerdos. Son muy pocos los del lugar, unos se han muerto y otros andan por ahí por los pueblos y ciudades trabajando. La poca gente que usted ve no nació aquí, ha venido de otras partes.

Yo iba al campamento y le llevaba comida a los guerrilleros pero nunca combatí en el monte. Los camaradas bajaban a la casa y se les hacía la comida, ellos venían a buscarla o nosotros se la llevábamos allá en la parte alta de Cerro Blanco, en la fila La Cruz, siempre sigilosamente para que no supiera nadie. Le

llevábamos una amasada de arepas, una lata de fororo, huevos, y cuando ellos bajaban hasta las casas se le guardaba caraotas o cuajada, porque mi mamá siempre tenía vacas. Les guardábamos suero y queso para que llevaran.

Después empezó a entrar el gobierno, a agarrar campesinos, a ponerlos presos. Los desaparecían y alguien me denunció y entonces me buscaban. El ejército cuando iba preguntaba por mí, a mamá le daba miedo y entonces me sacaron para Barquisimeto con una familia conocida de mi abuela, y de ahí me mandaron para Caracas. Hace dos años regresé a mi pueblo, sólo pude sacar la primaria. He hecho muchos cursos, pero no he entrado al bachillerato.

Mi mamá creía en ellos porque a ellos como que se les veía que ayudaban a las gentes, nos daban consejos, nos decían cómo defendernos en algún momento cuando llegara el gobierno a atropellar o a interrogar, cómo había que hablar. Porque el gobierno llegaba golpeando a los campesinos, maltratándolos, entonces, para que se supieran defender, los guerrilleros les daban instrucción sobre lo que tenían que responder, que no se asustaran que tuvieran calma y que respondieran con precisión, sin equivocarse ni tartamudear.

Recuerdo que una vez vinieron tres digepoles y se hicieron pasar por obreros, llegaron a la casa de un tío mío, vinieron buscando trabajo, vino otro tío y los invitó para que fueran a otro campo, ellos no quisieron sino que dijeron que estaban esperando al dueño de la finca. Se quedaron ahí, venían disfrazados de obreros, para investigar el caserío, para ver quienes colaborábamos con la guerrilla.

Esos digepoles venían de El Tocuyo, pero para llegar dieron muchas vueltas porque les habían informado que esta era una zona totalmente roja. La verdad es que todos estábamos con los guerrilleros. Sí habría tal vez uno que no colaboraba, pero ése estaba bien escondido. La razón sobre el objetivo de los digepoles llegó primero a la montaña que ellos al caserío. Cuando llegaron ya los camaradas arriba, en la montaña, tenían la información.

Los guerrilleros vinieron y se enteraron que habían llegado los digepoles, los agarraron y se los llevaron amarrados. En las mochilas que cargaban como bolsos se les consiguió armas, pistolas, granadas y revólveres.

Después se apareció el ejército en la madrugada. Eso fue como un allanamiento, entiendo yo ahora. El ejército ocupó todo el caserío y metió a la gente presa ahí en casa de mi tío, ahí estuvieron como una semana. Se comían

como que era un saco de maíz hecho arepa, se comían una res por día, porque era todo el caserío más el ejército. A los hombres los ponían a buscar leña y agua, y a las mujeres a hacer arepas, a moler el maíz, porque se molía el maíz. Esos no pagaban nada, todo lo tomaban de los bienes de mi tío. Se pasaron como ocho días buscando a los guerrilleros que se habían desaparecido y no pudieron dar con ellos.

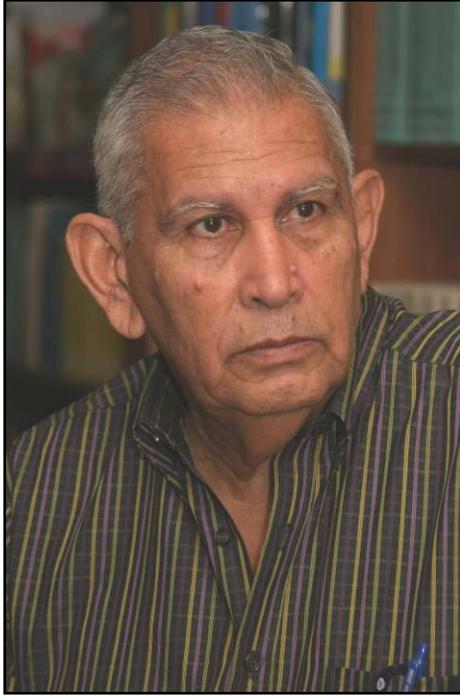
Yo estaba en otro caserío, en Quebrada Honda de Guache, donde me había ido el día que llegaron los digepoles. Ahí vivía mi tío Leonardo, Leonardo Villegas. Mi otro tío donde estaba la gente presa y el ejército se llama Luís Villegas.

Mi tío Leonardo se vino para la casa de su hermano Luís, ahí lo pusieron preso. Yo me había quedado con su esposa y los niños. Como él no regresaba, vinimos su esposa y yo para ver qué pasaba, pero eran caseríos muy distantes uno del otro, como dos o tres horas de camino por dentro de la montaña. Nosotras pensamos: “A los guerrilleros no se les tiene miedo porque son gente buena pero a los soldados sí porque nos pueden matar, nos violan o nos hacen presas”.

Caminábamos un tiempo por dentro del monte y un tiempo por el camino hasta que llegamos a Las Virtudes, otro caserío. De ahí seguimos a Cerro Blanco, llegamos a la casa de mi abuela y ella estaba solita. Entonces nos dijo que por qué nos habíamos venido, si todo el que llegaba a Cerro Blanco lo ponían preso. Ese día se los habían llevado para El Tocuyo.

A mi tío Luís le quitaron todas las mulas y los caballos. Se llevaron a todos los campesinos a pie, presos. Eran tiempos de invierno y el río estaba crecido. Se llevaron a mi mamá, a mi papá, dejaron sólo a mi abuela porque estaba viejecita y a los niños pequeños.

Cuando llegaron los convoyes donde tenían los camiones, soltaron a alguna gente y dejaron sólo a los que ellos consideraban que tenían contactos con los guerrilleros.



Cuando Raúl Zurita se topó en una guardia nocturna con su hermano Pavel en la montaña de los Humocaros, donde además militaba otro hermano, El Chino Daza...

El activismo clandestino en política demanda entre otras exigencias la de guardar en secreto esa decisión que se ha abrazado cuya violación podría pagarse con la vida. Cualquier alteración de ese compromiso, si llega a manos enemigas no sólo puede causar la muerte de quien lo alteró sino la de otras personas aliadas o inocentes.

A comienzos de los años sesenta, cuando un considerable número de jóvenes optó por la utilización de las armas para pelear contra el gobierno de Rómulo Betancourt, a los que estaban clandestinos se les consideraba en el argot revolucionario: “cerrados”. Esos jóvenes abandonaban sus hogares y se guarecían en lugares que denominaban “conchas”. Se cobijaban ante un seudónimo y sus movimientos dependían de las acciones que las líneas de mando les instruyesen o “bajasen” como se solía decir también en su lenguaje. Se trataba de informaciones estrictamente confidenciales que sólo manejaban las instancias establecidas para esos efectos. De manera que bajo ningún respecto podían ser reveladas.

Por mucho tiempo los vecinos de doña Josefina no supieron las causas por las cuales ella se mantenía triste y llorosa. Ni siquiera sus amigos cercanos llegaron a saber lo que consideraban un enigma que producía las más variadas conjeturas. Hasta que una madrugada vino ese 23 de enero glorioso de 1958, cuando el dictador Marcos Pérez Jiménez abandonó el país. Sus opositores salieron de las cárceles, entre ellos, el hijo de doña Josefina, Luís José, quien purgaba prisión por comunista en la terrorífica isla de Guasina, campo de concentración que mantenía el dictador en el Delta del Orinoco para doblegar a los políticos opositores. Así esta buena mujer recobró la alegría y dejó de llorar.

Caso patético, aunque en otras circunstancias, le tocó vivir a Raúl Zurita Lara, quien se topó con dos de sus hermanos formando parte del mismo frente guerrillero. Los tres eran militantes comunistas y formaban parte de los movimientos políticos contra el régimen de Betancourt, pero no se plantearon irse todos a la guerrilla en las montañas de los Humocaros que comandaba Argimiro Gabaldón.

En una guardia nocturna, Raúl fue sorprendido por la presencia de su hermano Pavel (Pavel Rondón). Ocurre la coincidencia además de que allí estaba también su otro hermano, Iván, de quien sí se sabía que andaba en la montaña pero no en qué sitio.

Iván muere luego en una emboscada del ejército. Raúl, hermano mayor de Pavel e Iván, mantiene presentes esos hechos en su memoria:

Yo estuve en la montaña poco tiempo. Mi actividad se concentró fundamentalmente en la ciudad, lo que se conocía como guerrilla urbana. Mi

hermano Iván pierde la vida de manera heroica el 23 de enero de 1966 en una emboscada del ejército en Las Adjuntas, cerca de Sanare, estado Lara. Él y sus compañeros respondieron al ataque pero la superioridad numérica y el poder de fuego del ejército hizo imposible la resistencia. Allí muere también Paramaconi Laya, hijo de la combatiente Argelia Laya. Hay un sobreviviente, Rufino.

De Argimiro Gabaldón, el Comandante Carache, puedo decir que era una persona de gran fuerza interna, un ser espectacular por su trayectoria personal. Sus actividades en pro de la revolución venezolana hablan de un Argimiro con una voluntad férrea por la transformación social de la Venezuela de entonces.

Él viene de una formación revolucionaria que tuvo probablemente sus inicios en lo que representaba su padre, el General José Rafael Gabaldón, caudillo andino de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Una figura descollante en la resistencia a la dictadura de Juan Vicente Gómez. Así como de la formación política de sus hermanos que fueron, desde el punto de vista intelectual, luminarias en el siglo pasado.

Yo fui formado como comunista y hablar con Argimiro representaba para los de mi generación una especial satisfacción. Él era un poeta, un profesor de literatura y artes plásticas, fue director de un liceo en Portuguesa. Podría caracterizarlo como uno de los hombres más importantes que haya tenido el movimiento revolucionario venezolano del siglo pasado, uno de los hombres más interesantes de la vida cultural larense y símbolo emblemático de la guerrilla en Venezuela.

Argimiro es admirado por el campesino. La toma de Humocaró que él comandó el 3 de abril del año 1962 representa una gesta importante en la agenda de la lucha armada en esa zona. Yo creo que la gente lo admira como admira también a todos los que participaron en esa operación. Anualmente se hace una reunión en ese sitio, en Humocaró, para recordar ese acontecimiento.

Mi formación comunista en El Tocuyo tuvo como orientación la de hombres que venían de una tradición de lucha bien sedimentada. Recuerdo la figura del doctor José Rafael Cortés “Cheché Cortés”, Secretario General del Partido Comunista, quien había sido brutalmente torturado y salió de la cárcel quizá porque era médico. Recuerdo a Rafael Guerra Ramos, a Lino Pérez Loyo, quien había estado preso en Guasina. Así había unos cuantos más que tenían

una gran autoridad moral, técnica y política por sus antecedentes revolucionarios.

Nosotros tenemos una conducta marcada por la forma como se maneja esta sociedad, pero personas como esas que yo considero triunfadoras desde que vinieron al mundo tenían una cualidad ejemplar, la del desprendimiento. Lo de ellos no les pertenecía a ellos, era de la revolución y de quien lo necesitara.

En una oportunidad teníamos una operación, como se llamaban las actividades políticas de las guerrillas urbanas y Argimiro nos pasó un jeep. Con ese jeep se hizo una operación en Cerro Claro, después varios camaradas cayeron presos y creo que el jeep también cayó preso.

En ese momento las actividades eran fuertes, los camaradas se separaban para protegerse y de repente se perdía la comunicación sobre lo que estaba pasando en el lugar que habías dejado. Porque te ibas a Mérida por ejemplo y la conexión con el lugar de donde procedías también desaparecía, eran formas de proteger la vida.

En la vida el hombre sin utopía realmente es incompleto. Hay que tener una carga de ese componente para realmente dar muchas cosas, sacrificar muchas cosas y lograr también satisfacciones y compensaciones. Esto para mí, estar hablando de Argimiro, lo considero una compensación, una satisfacción, porque no siempre es fácil hablar de él. Pero en esta ocasión tengo la oportunidad y eso es importante en la vida de un revolucionario.

De toda esa sociedad nueva que nos proponíamos, yo podría decir que a la distancia, se conservan algunas ideas. Por ejemplo: lo que están haciendo los Consejos Comunales, la forma de comuna socialista como la que ha sido concebida por la Fundación Argimiro Gabaldón para los campesinos de Guapa la Cruz, aquí en el estado Lara, a través de los planes de desarrollo endógeno, son parte de lo que nosotros pensábamos.

Nosotros éramos universitarios y podíamos graduarnos y solucionar nuestros problemas, pero el pueblo no. Había necesidad de trabajar por el país y ahora eso es lo que estamos viendo.

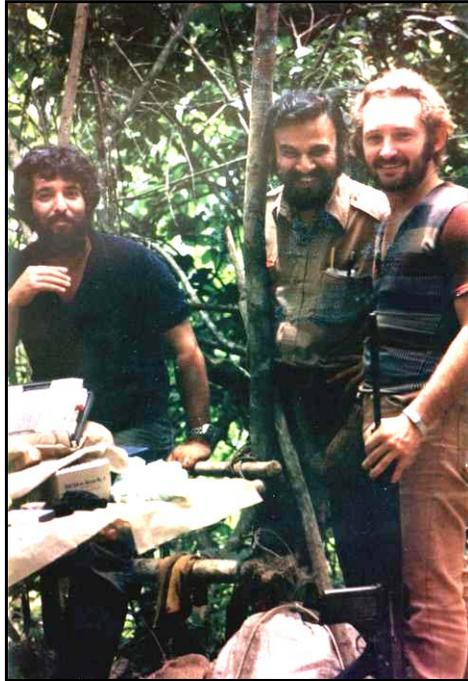
Yo recuerdo que hablando hace cincuenta años con un profesor, Héctor Mujica, sobre el tren y sus bondades él me decía: “Raúl, tienes mucha razón pero yo creo que tú nunca vas a ver el tren. Ese proyecto es tan bueno que no lo

vas a ver”. Y ahora lo estoy viendo. Ya está llegando a Charallave y llegará pronto a Caracas...

Aún guardo muchos recuerdos anecdóticos de mi paso por la guerrilla urbana. Una vez estábamos en una manifestación en Valencia y casi nos sorprende la policía, yo andaba con otro compañero, un conocido dirigente, no hallábamos qué hacer, dónde escondernos y se nos ocurrió meternos en un autocine. El portero al tomar los tickets nos confundió con una parejita de homosexuales e hizo un gesto de burla. Dijo: “¡Ay, papá!”.

Somos un país que cambia muy rápido, la gente dentro de diez años, cuando muchos de nosotros no estemos, perderá esa memoria si no se deja testimonio escrito de ella. Pero hay que hacerlo bien, con transparencia, con ética, porque de lo contrario se cometen daños irreparables a la historia. Yo estoy proponiendo que se establezca una especie de contraloría social a las publicaciones referidas al tema de la lucha armada de los años sesenta y que se evite que personas comercien con el dolor de los familiares de quienes desaparecieron en aquella época.

Es el caso por ejemplo de personas de la zona, tocuyanos que a lo mejor tienen buena inquietud, pero no están bien ubicadas en cuanto a la seriedad y principios éticos que deben normar cualquier publicación sobre este tema... Personas con astucias que han publicado libros con irrealidades y esos libros han sido declarados textos de estudios en la Universidad Bolivariana.



La imagen testimonia la alegría de los combatientes Alberto Tirso Meléndez, Alí Rodríguez Araque y Edgar Rodríguez Larralde en un campamento montañoso en los años sesenta por la liberación nacional y el socialismo



Cuando la escasez de sal quebró la moral y una fruta, parecida a una mora, provocó alucinación y muerte a la guerrilla.

En la lucha armada, igual que en toda actividad del hombre, sus integrantes se comportan como cualquier ser humano, pero después que te colocas el uniforme militar el espectador te idealiza a su manera: te convierte en un héroe de película o en objeto de su ajedrez imaginario.

Es por eso que determinadas actitudes parecieran inverosímiles a la luz del que se entera a través de la prensa. Por ejemplo, la cobardía se censura de manera implacable, como también ciertos comportamientos que sólo parecieran permitirse a otros seres humanos, a los que se dedican al ejercicio de sus profesiones en la ciudad, rodeados de comodidades y de esa parafernalia cosmetológica de la vida citadina. O, más sencillo, aún, a esas personas que prefieren pasar horas y horas haciendo negocios o hablando pendejadas en la barra de un bar.

En la guerrilla, entonces, ocurren en pequeño muchas cosas que pasan en la gran ciudad, de donde por lo general se procede. La guerrilla en Venezuela en la década de los años sesenta, aún cuando contaba con el apoyo substancial y presencia campesina activa, estaba mayoritariamente conformada por jóvenes universitarios y profesionales que procedían de la ciudad. Fueron ellos quienes optaron por irse a la montaña y desde allí tomar el poder con un ejército insurreccional, que ideológicamente se nutría del marxismo leninismo y de los ideales del Libertador Simón Bolívar, de quien se asumió su nombre como bandera: “Frente Guerrillero Simón Bolívar”.

Los hombres que van a la guerrilla son como nosotros, sólo que un ideal noble los ha llevado al extremo de arriesgarlo todo, hasta su vida, por cambiar la sociedad en la que viven, por otra diferente, fundamentada en principios de igualdad y justicia.

En la guerrilla se escribe poesía, se ama, también se siente soledad y se añora a los seres queridos. Se siente miedo, sobre todo cuando se participa en un combate, donde al más berraco le tiemblan las piernas, porque es la vida la que está en juego y ese traqueteo de plomo es demasiado fuerte en el oído de un mortal. En la guerrilla todo se sensibiliza de una manera especial. Allí los valores de la solidaridad adquieren una dimensión suprema. Al camarada se le quiere como a un hermano y, sin exagerar, a veces, hasta más que a un hermano, cuando uno llega, incluso, a exponer la vida por salvar la de un compañero.

Hoy, a casi cincuenta años, se le quiebra la voz a cualesquiera de aquellos hombres valerosos, cuando recuerda esos momentos heroicos que los hizo cambiar las comodidades citadinas por irse a la montaña a luchar en forma desigual contra un gobierno de cuatro fuerzas militares

profesionalmente equipadas y asesoradas por el imperio más poderoso del mundo.

Edgar Rodríguez Larralde estaba por concluir su carrera universitaria para graduarse de arquitecto. Él fue uno de aquellos tantos jóvenes que, morral al hombro, algunos libros, un diario en blanco y acaso una muda de ropa, que opta por tomar el sendero de la guerrilla para sumarse a un ejército insurreccional contra el gobierno de entonces. El “Catire”, como le dicen sus camaradas, había realizado los estudios de bachillerato en Canadá, no carecía de recursos económicos porque su núcleo familiar los poseía, una familia caraqueña conformada por profesionales universitarios, profesores en universidades nacionales y extranjeras. La fuerza de sus ideales revolucionarios de militante comunista, unida a una edad en la que están a flor de piel los sueños e ilusiones, lo llevaron a empuñar las armas en las montañas larenses, para luchar contra un gobierno aberrante e injusto.

De la relación con Argimiro Gabaldón:

Mis padres, como los de Juan Carlos Parisca, pertenecían más o menos al mismo medio. Ellos compartían inquietudes juveniles de estudiantes universitarios, cuando Caracas era una aldea y permitía que todos se conocieran. Había un fermento de ideas renovadoras a raíz de la muerte de Gómez, que les permitió a muchos de ellos intercambiar ideas y amistades. La familia Gabaldón, representada por los hijos del General José Rafael Gabaldón, pertenecía a esa corriente rebelde antigomecista, a la cual mis padres y mis tíos también estaban vinculados a través de la universidad.

Mi papá, a pesar de ser muy joven, estuvo preso por más de un año porque participó en las protestas del año veintiocho. Seguramente en esa época tuvo contactos con muchos de los que después fueron dirigentes políticos, entre los cuales estaba Joaquín Gabaldón Márquez, hermano mayor de Argimiro Gabaldón.

Posteriormente, en el exilio, un tío mío muy querido, William Larralde, hermano de mi mamá, convivió con Argimiro en Bueno Aires. Mi tío estudió Veterinaria y en esa época conoció y se hizo muy amigo de Ernesto Sábato, a quien después veía aquí en Caracas, cuando el escritor venía de visita.

De los hijos del General, el más destacado en política fue Joaquín, con su hijo José Gregorio Gabaldón Anzola. Juan Carlos Parisca y yo hicimos

juntos los estudios de primaria. Después Juan Carlos y él continuaron el bachillerato. Desde allí se fraguó una amistad entrañable que duró hasta hace muy poco tiempo, con la muerte de José. Después de una reunión que tuvimos antiguos compañeros de estudio que fue muy conmovedora, Juan Carlos, José y yo estuvimos hablando por largo rato, los tres solos, aparte del resto de los amigos. Esa conversación giró bastante alrededor de Argimiro a quien él admiró mucho y por quien siempre tuvo un cariño muy especial.

José nos contó que Argimiro, en el año 1961, lo llamó a una conversación privada en la que le dijo: “José, vengo a convidarte para que te alces conmigo y te vengas a la guerrilla, que nosotros vamos a insurgir en poco tiempo”. Y José, que era un hombre de pensamiento liberal pero no revolucionario, le dijo con mucho respeto que él no compartía esos criterios.

Argimiro le respondió: “Está bien, tú tienes tus ideas”.

Podría decirse que eso es un poco el trasfondo de lo que era la Venezuela de mis padres, contemporáneos de Argimiro, aún cuando Argimiro era un poco más joven. Y los vínculos que de alguna forma hubo, a pesar de que no eran amigos íntimos, entre los Gabaldones, los Rodríguez Giragineras, mi papá y mi madre Raquel Larralde, cuyas hermanas se casaron con jóvenes dirigentes bastantes radicales para la época como Humberto García Arocha y Luís Lander, quienes participaron en el primer gobierno de Acción Democrática después del golpe ocurrido el año 1945.

Ambos fueron exiliados. Yo viví con ellos. Primero estuve en México y luego en Montreal, Canadá, donde realicé mis estudios de bachillerato. Mi tío Humberto fue profesor de fisiología en la Universidad de McGill y mi tío Luís estuvo poco tiempo allá, después se trasladó a Boston. Era una familia muy unida y con marcadas posiciones críticas respecto a las actuaciones imperialistas de los Estados Unidos frente a América Latina. Durante toda la dictadura de Marcos Pérez Jiménez mis tíos fueron perseguidos políticos. De modo que eso fue fomento en el cual yo me crié.

Cuando retorné a Venezuela, en el año 1958, a un mes de haber sido derrocado Pérez Jiménez, me inscribí en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Central. Allí el movimiento estudiantil conformado por comunistas y miristas era radical. Se acababa de dividir Acción Democrática, al poco tiempo de haber ganado las elecciones presidenciales Rómulo Betancourt,

en 1958, y surgió de esa escisión el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR).

En aquel momento había un movimiento revolucionario muy fuerte, entonces se produce el Tercer Congreso del Partido Comunista el año 1961 y el Partido comunista se declara en armas. Yo para ese entonces estaba ya de tercero para cuarto año. No. Había pasado para cuarto año. Pero la emoción revolucionaria y la visión romántica de la Juventud Comunista en particular, en la universidad, eran muy fuertes y decidimos irnos a la guerrilla. Freddy Carqués, que era nuestro jefe, fue el que se encargó de reclutarnos.

En principio se habló de una escuela de cuadros para aprender técnicas guerrilleras, no se nos dijo el lugar donde íbamos sino que deberíamos estar listos para tal día. Y efectivamente una mañana del mes de febrero en la Plaza Venezuela, en el edificio Polar, estaba yo a la hora convenida esperando con mi mochila al hombro y los implementos necesarios que me habían pautado llevar.

De ahí nos fuimos a Barquisimeto. Había otros compañeros universitarios y en Barquisimeto estuvimos en una casa de la urbanización Bararida, que creo era la casa de Argimiro. Yo no lo conocía personalmente todavía, lo había visto de lejos en el Tercer Congreso. Recuerdo que entre quienes intervinieron con una posición muy firme defendiendo la lucha armada, estaba él.

En Barquisimeto estuvimos un día. En horas de la madrugada del día siguiente de haber llegado nos vinieron a buscar. Salimos rumbo hacia Occidente pero sin saber el destino. Recuerdo que nos vendaron los ojos y que Lino Díaz era el chofer. Él todavía vive, pertenece a una familia acaudalada barquisimetana. Después de llevarnos Lino se incorporó a la guerrilla y estuvo con nosotros todo el tiempo que la guerrilla se mantuvo activa, después fue perseguido y permaneció clandestino durante un tiempo.

En la madrugada, transcurridas dos o tres horas de viaje, hubo un cambio de luces en pleno monte. Alguien con una linterna hizo señas y el vehículo se detuvo, nos bajamos rápido cada quien con su “Cachachá”. Caminamos de la carretera hacia un lado y atravesamos una quebrada que luego supimos que era el Río Tocuyo. Empezamos a ascender en una marcha que resultó ser larga y fuerte para quienes no estaban acostumbrados. Había algunos que teníamos la experiencia de hacer excursiones, pero otros no. Entonces

comenzaron a preguntar cuánto faltaba y esas cosas, producto del tedio y de la incertidumbre.

Éste no era un grupo grande, lo integrábamos cuatro o cinco personas.

Ya al amanecer, después de mucho caminar, llegamos a un campamento que parecía una casa campesina abandonada. En lo alto. El paisaje cambió de una vegetación xerófila a una vegetación más tupida y más verde, había cambures y árboles de sombra. Allí estaban los camaradas acampados, los despertaron. El grupo aumenta su número y entre todos sumaríamos unas quince o veinte personas.

El jefe que nos recibió fue Gregorio Lunar Márquez, aún vive, está muy lúcido. Es mayor que yo y poseedor de una memoria abundante en información sobre esa parte de nuestra historia reciente. A los pocos días llegó de una exploración Belisario, su asistente. Ése era el seudónimo que utilizaba Ramoncito París. Llegó con dos compañeros, uno era un campesino que fue muy conocido en la zona, se llamaba Wenceslao Fernández, “Chelao”, de quien hay muchas anécdotas que podrían salir en la conversa.

A los pocos días llegó Argimiro. La persona que me había recibido en Barquisimeto, un hombre de unos cuarenta años, pelo gris, corto, muy fibroso de cuerpo y de contextura ágil. Se llamaba Ulises, el seudónimo que utilizó durante ese tiempo. Él y Lunar Márquez compartían la dirección.

Ahí pasamos varios días, aumentó el grupo con unos camaradas que llegaron después. Nos mudamos a otro campamento más arriba. Por las mañanas hacíamos ejercicios y ciertas prácticas militares básicas, había alguien con esos conocimientos que impartía las instrucciones. Otras de las tareas se circunscribían a la lectura de textos de marxismo, historia y discusión de sus contenidos. También se cumplían labores fundamentales como cocina, limpieza y orden en los espacios comunes. Nos acostábamos temprano y había que hacer guardia, que se rotaba cada hora.

La verdad es que no sé por qué se decidió que subiéramos todavía más alto. Más lejos. A un campamento que estaba ubicado en un verdadero páramo larense que es la montaña de “El Diablito”. Yo creo que esta es la montaña más elevada en toda la región de los Humocaros y Guarico, yendo hacia Guaitó.

Es una montaña que además de alta es muy fría. Allí se produjeron las primeras manifestaciones de desmoralización por parte de algunos compañeros,

porque además de esas condiciones relativamente inhóspitas se nos acabó la sal.

Hay la anécdota de que la gente no quería comer caraotas sin sal, entonces Argimiro se puso muy bravo y dijo que acaso eso era el restaurant “La Montaña”. Que eso era una guerrilla, que dieran gracias a Dios que había comida y bastante, que si no había sal por el momento más tarde llegaría.

A los que se desmoralizaron la dirección decidió sacarlos. Otros los habrían fusilado. En nuestro caso no, consideramos que fue una medida acertada despacharlos de nuevo a la ciudad.

Posteriormente nos mudamos de ahí y se recibieron órdenes de Caracas de que nos preparáramos para reventar la nueva etapa de la lucha guerrillera, que en adelante iba a ser armada con la toma de una población. Se escogió a la población de Humocar Alto. En ese momento la tropa no supimos de qué se trataba pero vimos que estábamos en plan de preparativos.

Bajamos a la zona donde el Partido Comunista tenía trabajo campesino, algunos caseríos que posteriormente supimos que se llamaban El Cercado, El Molino, poblados que quedan más hacia el Río Tocuyo. En cualquier caso se sentía ya el apoyo directo de los campesinos.

Bajando del cerro El Diablito, que había sido una experiencia tan traumática para algunos por lo retirado, lo frío, la falta de aliños para comer con gusto, fue una bendición que nos recibieran una noche en El Cercado, con “ñemas” frescas, caraotas tiernas y bastante sal. Una frugal cena que moralizó de nuevo a quienes estaban más golpeados.

Evidentemente había algo en el ambiente y luego llegamos a un sitio de carretera de tierra donde nos esperaba un camión. Nos montamos. Allí se nos informó que íbamos a tomar el pueblo de Humocar Alto. Hasta ahora no se habían manifestado nombres precisos relativos a las poblaciones de la región, sino que todo era más o menos misterioso, pero como siempre suele ocurrir en esos casos, se iban colando las informaciones y nos fuimos ubicando sobre el terreno. Sabíamos que estábamos cerca de El Tocuyo.

Una tarde recuerdo que fui con Jonás Castellanos en una exploración a la parte más alta y no recuerdo si fue con nosotros Argimiro o Lunar Márquez. Eso fue antes de bajar de El Diablito, nos encaramamos en un árbol muy alto y desde allí se podía divisar un paisaje muy bello que antes no habíamos visto. Sí, fue Lunar. Él nos señaló los bucares en flor, la zona cafetalera, y se veía a lo

lejos una carreterita. Lunar nos dijo: “Esa es la carretera que viene de El Tocuyo, Guarico, y se enrumba hacia el Paraíso de Chabasquén y Biscucuy, hacia el estado Portuguesa”.

Por primera vez nos dio algunas señas de donde estábamos, ya teníamos juntos un mes y se había establecido una relación más o menos de confianza.

Bueno. Se produce la toma de Humocaró Alto, pero antes tomamos un puesto cercano que pertenecía al Ministerio de Obras Públicas (MOP), se tomaron algunas armas, hubo un muerto que yo diría que fue accidental. Y un hombre nuestro, Rafael Rondón Rivas, recibió el impacto de una bala 22, que afortunadamente no le hizo ningún daño, salimos de esa primera incursión con unas escopetas.

De ahí a Humocaró, cosa de minutos. Tomamos el pueblo: tomamos el puesto de policía, se tomaron unas armas también. Ellos no querían abrir las puertas entonces hubo muchos disparos. Recuerdo que la orden era disparar como *bautismo de fuego* para darle a la gente el sentido de que estábamos en guerra. A mi me pareció que fue un despilfarro de proyectiles. No guardo un recuerdo muy emocionado de lo que fue la toma de Humocaró, pero evidentemente se trataba de una operación propagandística.

El jefe militar del Partido Comunista era Guillermo García Ponce y hubo comunicación, por una radioemisora que llevábamos entre Argimiro y Lunar Márquez con Guillermo, quien se encontraba en Caracas, fue el que dio la orden de abrir operaciones.

Inmediatamente de la toma de Humocaró, donde no hubo bajas y recabamos algunas armas, recuerdo que un policía se lanzó por el patio de la policía y creo que se fracturó una pierna, algo de eso, pero allí no hubo muertos. Nosotros seguimos en nuestro camión hasta que se acabó la carretera, rumbo a la montaña, hacia el sur, hacia Guaitó, y de ahí en adelante continuamos a pie, con el agravante de llevar un equipo de comunicaciones sumamente pesado, que lo teníamos que transportar entre cuatro personas en parihuela. La marcha fue muy lenta, hubo un espíritu bastante festivo sobre nuestro entrenamiento como guerrilleros y una gran subestimación de la capacidad de respuesta del ejército y de la DIGEPOL.

Efectivamente, a las horas después del medio día hubo un encuentro armado. En cuanto al momento preciso en el cual se produjo habría que cotejarlo con otros camaradas que formaban parte del grupo como Jonás

Castellanos, Alwinson Querales, y varios otros con quienes es conveniente hablar para ventilar estos recuerdos. La escuadra de retaguardia, unos cinco combatientes dirigidos por Alwinson Querales, se enfrenta y hace resistencia. Nosotros nos enteramos del combate y nos retiramos. Esa unidad se dispersó y todos cayeron presos.

Nosotros pasamos toda la noche dando vueltas en círculo, en una marcha de retirada totalmente absurda, de pesadilla, hasta que se decidió esperar el alba para tener, con la claridad, una idea del lugar donde nos encontrábamos. Amanece y seguimos nuestro camino rumbo al Páramo de El Jabón.

Los únicos que sabían dónde estábamos eran Argimiro, los baquianos y Jonás Castellanos que era de la zona. Él había estado en Colombia con Marulanda, una historia que debe ser rescatada, también.

Esa historia de la primera guerrilla larense, del Frente Simón Bolívar en sus inicios, para mí, esos dos meses representan una síntesis de lo que fue la lucha armada en el futuro, porque sucedieron momentos de euforia y momentos trágicos, como fue la fuga hacia el páramo de El Jabón. Los que caminaban más rápido fueron desprendiéndose del grueso del cuerpo de guerrilleros, que en ese momento seríamos entre treinta o cuarenta combatientes. Argimiro ya no podía más, sufría de hemorroides, entonces, entre “Chelao” Fernández y otro campesino, El Guajirito, lo sacaron hasta la zona de alivios. Salió sin ningún inconveniente, afortunadamente, porque había un cerco inmediatamente después de nuestra operación y, entonces, quedamos bajo la conducción de Lunar y de Ramoncito París, que por edad y veteranía era el tercer hombre al mando de esta guerrilla.

Como venía contando, la orientación era cruzar el páramo, para tratar de pasar de Lara a Trujillo, hacia la zona de Carache, atravesando el páramo de El Jabón. En la subida por aquella quebrada, habiendo pasado mucha hambre, porque se nos acabaron los abastecimientos y ya habíamos roto el contacto con la base social, entramos realmente en momentos muy críticos desde el punto de vista de la resistencia física, por falta de alimentación.

En la subida por la quebrada había unas frutillas parecidas a las moras, las íbamos arrancando y nos las íbamos comiendo. No sé si fue por exceso de alimento en estómagos muy vacíos o porque se trataba de una planta semialucinógena con algo de veneno, pero recuerdo como una película cómo

fuimos cayendo en crisis de vómito y pérdida de la memoria, primero uno, después otros y así sucesivamente hasta que caímos todos.

Cuando nos recuperábamos había casos de amnesia, en algunos con menor grado y otros con proporciones más intensas, gente que no sabía quien era, dónde estaba, cómo se llamaba.

El caso más dramático fue el de Otto Castejón, estudiante de medicina que nunca llegó a recuperarse, cuando comenzó a comunicarse con nosotros estaba delirando y murió literalmente de envenenamiento, de debilidad y de hambre. Recuerdo que murió cantando el Himno Nacional.

Lo enterramos precariamente.

Los compañeros que iban adelante dirigidos por Lunar, que se llamaba en ese momento el Comandante Cruz, se regresaron a buscarnos. Nos encontraron en un deplorable estado físico y decidieron que no había condiciones para seguir. Los más débiles no podían cargar sus armas, y no tenía sentido continuar porque estaban inutilizados por la fragilidad física que presentaban. Habían sido varias semanas de mala alimentación y estaban desorientados por el ataque sorpresivo en el que murieron sus primeros compañeros. Cuando Alwinson Querales quedó separado, después de la toma de Humocaró, se produjeron nuevos choques en los que murieron varios guerrilleros.

Entonces se decide regresar y establecer contactos con la base campesina conocida: recoger los pasos dados hasta ahora, romper el cerco y llegar a la base campesina. Se decide esconder algunas armas. Los que estábamos en mejores condiciones, entre otros, quienes me acompañaban y yo, seguíamos con nuestras armas. La mía era un fal, uno de los fales viejos de la primera camada, un arma mejor que la de la mayoría de los combatientes. Casi todos los compañeros siguieron con las suyas sólo los más débiles las tuvieron que enterrar.

Regresamos. Ramoncito París estaba con nosotros, estaba bastante golpeado físicamente. Nos dispersamos de nuevo, me tocó como compañero Ramón Tovar. Ya llegando a la zona plana vemos dos cadáveres en el suelo, identificamos a uno, que era “Cheche” Ríos, economista, un camarada muy competente. Era oriental, de una familia de comunistas de Carúpano.

Nos llamó la atención que se le veía un brazo como cortado por un machete, no sé si sería que le dieron un machetazo después de muerto o si una

ráfaga, porque tenía varias, le cercenó el brazo, como si hubiera sido con un arma blanca. Los medio enterramos y seguimos el rumbo que teníamos. El rumbo contrario al que llevábamos entonces, nos regresamos vía Humocaró. Lo que teníamos que hacer era desplazarnos con mucho cuidado, que no nos divisaran, sobre todo porque había habido combates recientes. Eran cadáveres recientes.

Yo continué con Ramón Tovar. Esperamos que caiga la noche y vamos caminando con mucha precaución, logramos llegar hasta las proximidades de Humocaró. Nos damos cuenta que estamos pasando cerca del pueblo, logramos pasar con nuestras armas sin ser notados, y atravesamos el Río Tocuyo hacia El Cercado.

Después de mucho caminar y volver a ascender del otro lado del río donde habíamos estado acampados antes de las operaciones, la zona de reserva social, estábamos una noche escondidos en un mogote y, entonces, sentimos que muy cautelosamente se nos acerca alguien. Por la manera como se acercó se veía que era amigo y efectivamente se trataba de la persona que nos había recibido cuando bajamos de El Diablito y donde tuvimos aquella cena fabulosa con huevos frescos, un caldo de gallina bien sabroso. Ramón y yo nos sentimos muy contentos, muy aliviados, porque habíamos hecho contactos con la base social.

Ahí estuvimos un tiempo recuperándonos, siempre en contacto, y con el apoyo del partido logramos regresar, guardar las armas en casa de un camarada ya anciano, que va por los cien años, Bernabé Quintero “El Cosaco”. En su casa en El Cercado él tenía una caleta, un depósito debajo de unas láminas de zinc cubiertas por tierra. Ahí dejamos los fales, yo dejé también un diario que llevaba donde relataba todo lo que iba ocurriendo. Argelia Laya, tiempo después, lo descubrió, no sé si se conserva todavía. Contaba todas las peripecias de esa aventura que no fue otra cosa, una aventura dramática con pérdidas humanas, que no logró otro objetivo que el propagandístico: anunciar que comenzaba la lucha armada en Venezuela.

Mis recuerdos son de esos dos breves y precipitados meses que duró esa primera experiencia guerrillera, porque yo después me estuve cuatro años más en la guerrilla, a raíz de que caí preso y unos camaradas me rescataron. Yo estaba en “La Planta”, los policías me golpearon brutalmente en un oído que casi me lo lesionan de por vida, afortunadamente se recuperó. El caso fue que

el oído me estaba supurando y tuvieron que llevarme a una clínica en San Bernardino. Los camaradas compañeros de Livia Gouvernneur, ya fallecida, organizaron mi fuga. De ahí salí al exterior. Estuve en Corea y varios meses en Vietnam. Regresé al país y me incorporé a la guerrilla.

El recuerdo de Argimiro.

Estamos reunidos en uno de esos campamentos antes de Humocaro y entonces Ulises (Argimiro) dice: “Aquí no tenemos que estar imitando a nadie. Esa manía que yo veo de estarse dejando la barba, no. Aquí lo que nosotros tenemos que hacer es rasurarnos todos y cortarnos el pelo “coco pelón” y entonces que nos llamen los ‘pelones’. Si los cubanos se dejaron crecer el pelo y la barba y los llamaban los barbudos, bueno, allá ellos, esa es su revolución. Nosotros muy bien podemos ser los “pelones” u otra cosa, pero no tenemos que buscar parecemos a nadie, debemos ser originales y auténticos”.

Mis memorias vienen siempre acompañadas de un dinamismo impresionante. Él era un hombre ya de cuarenta años al que recuerdo desplazándose en las marchas de la retaguardia a la vanguardia con su morral al hombro y su arma, como un atleta acostumbrado a esas lides.

No hay que olvidar que Argimiro se crió en la Hacienda Santo Cristo y desde muchacho, aparte de los viajes que hacía porque su papá fue embajador en muchos países, pasaba bastante tiempo en el campo. Era un atleta real. Juan Carlos Parisca cuenta cómo algunas veces en las vegas de los ríos se ponían a hacer ejercicios de habilidades gimnásticas y Argimiro daba un salto mortal en el aire y caía de pie con una habilidad magistral.

A mí no me tocó verlo en esas competencias, recuerdo que era una persona muy ocurrente y buen conversador.

Recuerdo su cariño por el general, su cariño por la familia, pero sin detalles. Recuerdo su calidez humana por un lado y también su catadura de jefe, un jefe que no tenía que estar diciendo que él era el jefe, sencillamente exudaba jefatura. Y un dinamismo físico que lo hacía un hombre muy ágil...

Teníamos oportunidad él y yo de sentarnos a conversar tomando en cuenta lo que señalaba al principio, que había existido algún tipo de parentesco, de proximidad familiar. Hablábamos de su experiencia en Argentina, sus conocimientos de mi tío William, yo le contaba de José, su sobrino, que fue para mí un hermano. Había toda una trama de relaciones familiares y políticas que facilitaban la conversación.

De esta manera resumo mis recuerdos sobre Argimiro Gabaldón. Fueron dos meses muy intensos, momentos de auge y momentos trágicos. Entre nosotros hubo una relación estrecha, aleccionadora y grabada en mi memoria.

No era que fuéramos amigos. Yo era un muchacho y algunas cosas habré olvidado. Sé, recuerdo, que teníamos momentos en los que estábamos los dos solos hablando “pendejadas”, que él las llamaba “pajitas constructivas”.

La genuina esencia de un pueblo está en sus seres
anónimos.

Todo a cambio de sentimientos libres.

Libres con un libro
adentraron al camino,
un camino largo, muy largo,
un camino duro, muy duro,
pero era el camino.

Lúgubres montañas se iluminaban
con su corazón de luz.

Nelson Rodríguez
2007

La trashumancia de Argimiro...

La figura de Argimiro Gabaldón se mantiene viva entre los símbolos que conforman los referentes históricos del campesino montañés. Calles y organizaciones de desarrollo económico y reivindicación social llevan su nombre en distintos lugares del país. No es extraño encontrar su imagen en espacios sagrados de familias campesinas, donde le prenden velas y le rezan o escuchan por la radio que en algún pueblo larense se realiza una competencia ciclística que lleva su nombre.

Los obreros y campesinos que lo conocieron e intelectuales también se refieren a este comandante de la guerrilla venezolana de los años sesenta con tal naturalidad, como si hubiesen estado conversando con él en días pasados. Los entrevistados para este libro de relatos lo mencionan sin establecer diferencias entre la vida y la muerte.

La de Argimiro Gabaldón es una presencia activa que permanece inexorable en la imaginación de un pueblo en busca de horizontes que le permitan “La Vida Buena”. Meta de su propuesta revolucionaria. La cual encaja en los anhelos de los anónimos, de los vilipendiados que se expresan a través de un mismo lenguaje, como el apuntara en uno de sus textos poético:

Habla tu lengua / !la lengua del pueblo! / te entenderán en todas partes /!claro te entenderán los pueblo! Todos tenemos una misma gramática, / se escribe con dolor, / con sangre. Con miseria... / todos hablan de una esperanza, / de un mundo distinto.

Sobre esos postulados sus camaradas, los campesinos que lo acompañaron en las montañas y en la ciudad, cultivan otro sueño:

La Comuna Socialista Argimiro Gabaldón, semillero que germina en asentamientos campesinos en, Guapa - La Cruz, Saño, Escalera, Sanare, Tintinal, Miracuy, El Placer, La Mayela, en el Municipio A.E.B. en el Estado Lara



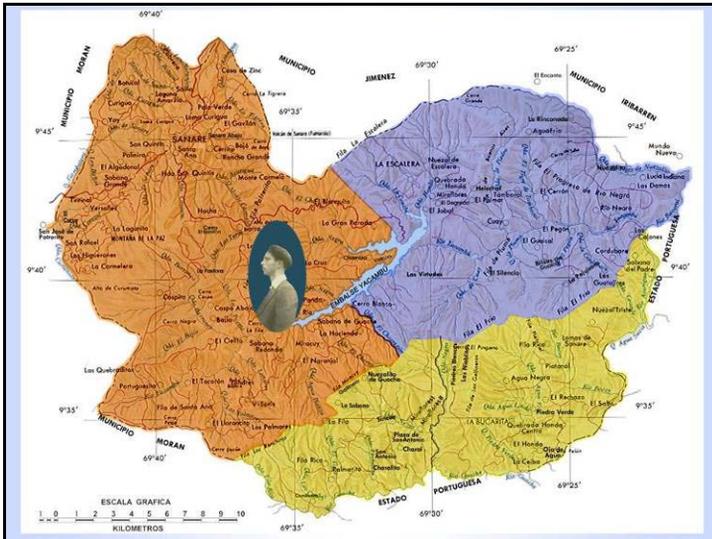
Argimiro Gabaldón
Memoria visual y literaria

... "Hablo, hablo siempre para que mis palabras hallen por mí dignos que meen..."

... "Mucho deseo tener los reconocimientos que se requieren para poder seguir a la revolución, pero por ninguna razón me apartaré ahora de mi pueblo. El día tal vez siempre al que me acordaré de sus conductas, él me cambiará a seguiré..."

Gobierno Bolivariano de Venezuela

LA COMUNA SOCIALISTA, comparte con todos sus miembros los modestos logros que hemos cosechado en la gestión revolucionaria en el 2007, signada por el espíritu popular combatiente, del legado histórico de nuestro comandante "CARACHE". Compartamos nuestros logros en el corazón de nuestra Montaña Mágica, solidaria con todos nuestros semejantes.





Tomado de Aló Presidente / Bocono, 2006 / Presidente Hugo Chávez F. y Tatiana Gabaldón



Asamblea de Comuneros / Guapa, 2007



Guapa, 2007



Asamblea en Guapa, 2007



Firma Convenio con FONENDOGENO, 2007

Las Reuniones Continúan



Sala de Arte de la Casa de la Cultura “José Nemesio Godoy”
Reunión Asamblea Comuna “A. G.”



Cartelera Informativa sobre el Plan Integral Municipal
“Argimiro Gabaldón”



Levantamiento Topográfico en sector La Cruz
Proyecto: Granjas Integrales



Reportero en acción del Periódico Siembra con voceros de la Comuna A. G.



Levantamiento Topográfico. Sector Cerro Negro, La Escalera



Reunión Ordinaria de la Comuna A. G.



Exposición "Testimonios" La Cruz de Mayo.



Mesas de Trabajo Comuna A. G.



Homenaje al Sabio Sanareño Francisco Tamayo
Jornadas Cambio Climático (ANROS)
Invitada Especial: Ana Lisa Osorio



Jornada Cambio Climático
Circo Ecológico de Barquisimeto
Sanare, 2008



Jornada Cambio Climático
Circo Ecológico de Barquisimeto
Sanare, 2008



Visita de Comuneros con Representantes de PDVSA Agrícola
a la finca aportada por la Alcaldía del Municipio para la
fundación de la Escuela de Formación en la Comunidad de Guapa



Miembros Comuneros con representantes de PDVSA Agrícola



Visita al sector Guapa Abajo. Terreno instalación Granjas Integrales PDVSA – COMUNA A.G.



Reunión balance de jornada PDVSA – COMUNA A. G.



Salida del atolladero en vía Caspo Abajo



Visita terrenos Granja Integral en el sector La Mayela



Asamblea de Comuneros y Comunidad
del sector Caspo Abajo



Exposición de Vitral del Artista Teddy Villamediana
en Casa de la Cultura "José Nemesio Godoy"



Final II Festival del Violín Popular Nacional
Sanare, 2007



Visita del Presidente de PDVSA Agrícola Egli Ramírez
y el asesor Gilfredo Escobar

Vitral del Artista Teddy Villamediana



